GONZALO DRAGO

# EL PURGATORIO

NASCI-
MENTO

GONZALO DRAGO

# El Purgatorio

NOVELA PREMIADA EN
EL CONCURSO DE LA
SOCIEDAD DE ESCRITORES
DE CHILE

NASCIMENTO
SANTIAGO 1951 CHILE

Es propiedad
Inscripción N.° 14185

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

N.° 2527

Visitación de Imp. y Bibl.
2-OCT 1951
Depósito Legal

Impreso en los talleres de la Editorial Nascimento — San Antonio 240 — Santiago de Chile, 1951

# PRIMERA PARTE

## LOS MUROS ROJOS

La ancha verja del cuartel, semejante a la boca de un monstruo mudo e impasible, va tragando al nuevo contingente. Frente a la Enfermería, ubicada en un rincón del amplio patio, esperamos turno para ser examinados. Nos miramos a las caras, ocultando nuestros temores con un pudor de varones de veinte años y nos movemos con torpeza, girando dentro de un círculo imaginario, vigilados por un cabo canijo, armado de un fusil, que no puede ocultar su aburrimiento.

Un sargento alto, de nariz curva y mejillas encarnadas, resguarda la entrada de la Enfermería, orgulloso de su labor. Sus ademanes son altaneros y su gesto amenazante. Nos mira con visible desprecio. En sus labios delgados hay una sonrisa permanente, invariable, fija, repulsiva, que me desconcierta. Y en sus ojos duros y fríos hay una ame-

naza turbia, que se vuelca sobre los rostros del rebaño silencioso.

Esperamos pacientemente. Desde el mar llega un viento helado y húmedo que se cuela por la ropa y nos hace encogernos y hundir las manos en los bolsillos. La tarde avanza mientras el otoño barre las hojas secas que cubren la tierra del bosque cercano, impregnando el ambiente con fragancia de eucaliptos. El cielo, poco a poco, se ha ido tornando hosco y agresivo. Algunas nubes negras, cargadas de agua, con los bordes incendiados de sol, avanzan lentamente hacia el sur, rodando en silencio, impulsadas por el otoño. Gruesas gotas de agua helada nos mojan los rostros anhelantes, estriándonos las mejillas de lágrimas prematuras. Luego, pasa la nube y el cielo se ilumina.

Somos un conjunto abigarrado. Algunos flacos, imberbes, pálidos, parecen escolares. Otros, altos, robustos, de barba cerrada, semejan hombres de treinta años. En la indumentaria la diferencia es mayor: las hay de todas clases. El vestón irreprochable hace

brusco contraste con la blusa obrera o la chaqueta campesina. Algunos pantalones plagados de remiendos, tiznados por el carbón y el aceite del taller, soportan la compañía del flamante pantalón de un oficinista. Charlamos en voz baja. Se forman pequeños grupos, diferenciados por clases. Los harapos con los harapos. Los trapos nuevos con los trapos nuevos. Otros permanecen aislados, taciturnos, recelosos.

En el umbral de esta existencia inédita, pero rudamente presentida, me siento como un animal cogido en una trampa. En todas partes se advierte disciplina, jerarquías y respeto hacia el grado superior. Mientras esperamos, pasa un teniente bajo, cuadrado, moreno, con rostro de mapuche. Nos mira sonriendo enigmáticamente y masculla algo que interpretamos por saludo. Los más próximos contestan. Algunos campesinos se quitan el sombrero con el mismo gesto que si estuvieran frente al patrón. Se les adivina deslumbrados, temerosos, cohibidos. Con sus sombreros de anchas alas, sus chaquetillas que

apenas les cubren la espalda, son el blanco de miradas hirientes y burlonas del hombre de la ciudad. Obedeciendo a un instinto defensivo y gregario, se han reunido formando un apretado montón de carne proletaria. Al mirarlos, me parece verlos ágiles, firmes sobre los veloces lomos de sus caballos, galopando por los caminos, vadeando ríos o domando potros. Pero sobre mis pensamientos pasa una vaga impresión de niebla cerebral, que capto como una antena, y al girar la cabeza me encuentro con las pupilas duras del sargento que me mira fijamente y observo con repugnancia su sonrisa fría, inalterable, inmóvil sobre sus labios.

Para calmar mi inquietud, ocupo el tiempo en observar lo que me rodea. El cuartel es enorme. Evidentemente, sobra espacio. Detrás de nosotros, ocupando una pendiente del terreno, se alza un bosque de eucaliptos. Más allá están las pesebreras, desde donde emigra un acre olor de estiércol fresco y orines podridos. Por encima de la tapia de ladrillos rojos que circunda al cuartel, desde

la colina en que está edificado, puede verse el barrio del puerto, los muelles alargando su espigón hacia el horizonte, los barcos atracados a los malecones, las lanchas cargadas de mercaderías y los remolcadores dejando una estela movible y manchando la pureza del cielo con el negro vómito de sus chimeneas.

—Otros cuatro—repite el sargento con voz afectada, a medida que van saliendo los examinados. El grupo de los que esperamos disminuye paulatinamente. Uno de los examinados en el último grupo, un muchacho pálido y anguloso, se enjuga los ojos con el dorso de la mano y en vez de alejarse se queda entre nosotros, como si esperara turno. Le han dicho que está tuberculoso y se niega a creerlo. Se ve que sufre.

—La vida de cuartel le haría mal. Han hecho bien en rechazarlo—le digo sin convicción, por decir algo, para que no advierta la total indiferencia hacia su angustia.

Me mira en silencio. Después masculla algunas frases:

—No sabía que estaba enfermo. Me sentía cansado, pero pensaba que era el trabajo en las linotipias. Tal vez aquí sanaría. El ejercicio y el aire...

El ejercicio y el aire. No, compañero. Aquí reventarías. Las madrugadas, y el duro trabajo te matarían. Es preferible que te pudras frente a la voracidad de las linotipias. La vida no perdona.

* * *

Por fin llega mi turno.

—Otros cuatro—ordena el sargento. Uno de esos cuatro soy yo. Los otros son un campesino de amplias espaldas, un muchacho lampiño de aspecto afeminado y enfermizo y uno moreno sin rasgos notables. Nos hacen pasar a una pieza desmantelada. Sólo hay dos perchas en las paredes.

—Desnudarse.

Obedecemos la orden en silencio. Nos quitamos las prendas una por una y en pocos momentos estamos desnudos el moreno y yo.

El campesino se desviste morosamente, mientras nos observa de soslayo, ruborizado como una colegiala. El muchacho lampiño ha escogido un rincón para desnudarse y ahí permanece dándonos las espaldas. Tiene el cuerpo blanco, extrañamente blanco, como si jamás hubiera recibido un rayo de sol. El sargento se impacienta por la tardanza del campesino y lo increpa con sarcásticas palabras:

—¿Qué le pasa a la señorita que no se saca las polleras?

El muchacho se decide a quitarse los calzoncillos, prolongando la escena hasta el último momento. De la percha, cuelgan sus ropas humildes, parchadas, olor a tierra y a sudor.

—¡Rápido, a la otra pieza!

Pasamos a la estancia vecina. En ella hay cinco personas: el cirujano, un mayor, un ayudante, un furriel y un soldado. Torpes, conscientes de nuestra desnudez, somos agrupados frente a los examinadores. El muchacho lampiño está a mi lado. Rojo de ver-

güenza, se cubre el sexo con las manos. El cirujano observa su actitud y emite un gruñido:

—¡Quítate las manos de ahí, idiota!

El muchacho se resiste. Gira la cabeza azorado y se encuentra con los ojos burlones del mayor y la mirada perversa del soldado que lo acompaña.

—¿No oyes lo que te digo? ¡Qué asco! ¿Pueden hacerse soldados de estas mujerzuelas degeneradas?

El muchacho deja caer los brazos y permanece así, con la cabeza gacha, el miembro colgante y el pubis sombreado por la pelambre de la pubertad. De pie en mitad de la sala, parece la estatua de la vergüenza.

* * *

Los encontrados aptos para el servicio somos destinados a las diversas compañías del regimiento. Me ha correspondido la cuarta compañía de ametralladoras. La designación me desagrada. Tengo referencias de esa ar-

ma pesada: hay mulas que limpiar, forrajear y conducir, además del servicio y de la instrucción corriente. Esto no tiene remedio. No podemos escoger el arma que nos agrada o que nos desagrada menos.

El sargento nos entrega el uniforme, los útiles y mantas. Desde el interior del almacén nos va arrojando las ropas, cogidas al azar del montón que tiene delante.

—Un jarro, un plato, una servilleta—va enumerando mientras nos entrega nuestro equipo.

En la cuadra cambiamos nuestro traje civil por el burdo uniforme militar. Me miro y me avergüenzo de mí mismo. El uniforme me cae mal. Mi sastre no ha sido muy prolijo. Al Estado poco le importa la presencia del individuo: lo que le interesa es aumentar el número de hombres que sepan cargar armas y hacer uso de ellas en el momento oportuno.

Miro a Tudela, mi compañero de reparto. Está completamente transformado. A su flamante terno gris lo ha substituído el burdo

uniforme de loneta blanca. La gorra, demasiado grande, se le escurre hasta la nuca. La blusa casi le alcanza las rodillas. Las bocamangas le ocultan las manos. Sale al patio, se dirige al sargento, y lo increpa con visible mal humor.

—La ropa me queda demasiado grande, mi sargento.

—¿Se imagina usted que esto es una sastrería? He dicho "usted" por equivocación. ¿Te imaginas que debo tomarte las medidas para darte ropa a tu gusto? ¡Lárgate, recluta indecente!

Tudela no responde. Permanece mudo, indeciso, y después me mira con gesto decepcionado. Al observar su facha, no puedo dominar la risa. Río a mi pesar. Con alegría, con rabia y con pena. Tudela, sin mirarme, hosco, se sienta en un montículo del terreno. Ahí se queda largo rato, haciendo rayitas en el suelo y jugando con piedrecillas. Creo que lo he ofendido con mi risa estúpida. Se lo digo, y me perdona con una amplia sonrisa. Se mira, se examina la indu-

mentaria, y ahora también ríe con los labios temblorosos.

—A ver, ustedes—nos llama el sargento—. ¡A la peluquería!

Al aire libre, un soldado nos monda la cabeza al rape. Sufrimos una nueva transformación. Ahora ya parecemos soldados. A Tudela, la gorra se le ha hundido hasta las orejas y la visera le molesta la visión. Tiene que quitársela. Es demasiado grande para su cabeza de melón tierno. Se nos acercan nuevos compañeros. Hay algunos que llevan quince días de cuartel y ya se sienten veteranos al lado de nosotros. Se complacen en darnos detalles de la vida que iniciamos y nos participan los nombres de los suboficiales. Al teniente y al capitán de la compañía no los conoce nadie. No se dejan ver. Los reclutas están en manos de los sargentos y los cabos. Ellos son ahora los amos. Nosotros, apenas un número.

* * *

Ahora ya conozco los nombres de mis camaradas. Y también sus apodos. Aquel, desmesuradamente largo, delgado, con una cabecita que parece colocada por equivocación sobre su alto esqueleto, es "Pampanito", de una sobriedad británica en sus palabras, de acuerdo con su físico. El "Loco Tudela" es aquel bullicioso que canta y bromea todo el día. Hijo de un comerciante español, desgrana su vitalidad excesiva en saltos, carreras sin objeto y discusiones sin consecuencias. "El pato" es un muchacho sonriente, con la cabeza siempre echada hacia atrás. Pero, ¿para qué nombrarlos a todos? No hace falta. Y, además, somos muchos. Pronto se completará nuestra compañía y se dará comienzo al período de instrucción, de acuerdo con las "directivas". Esta palabra es la primera que hemos escuchado al ingresar al cuartel y ya no se despegará de nuestros oídos en el resto del año. La "directiva" ordena esto,

aquello y lo demás, y cada movimiento tiene que estar de acuerdo con ella. Y si algo se nos olvida, ahí está el sargento Neira, chato, macizo, negro, para recordarlo brutalmente. El sargento comienza a ser nuestra pesadilla. Nos observa, espía nuestros movimientos, escucha nuestras conversaciones y cada vez que puede incrusta una frase hiriente en contra de los "paisanos". Especialmente a los que han llegado con vestuario decente, los mira con visible rencor. Tengo miedo de caer en sus manos.

* * *

Cada nuevo día aumenta la dotación del regimiento. Se acerca el plazo fijado por la ley para reconocer cuartel, y en la última semana la afluencia ha sido extraordinaria. El patio semeja un hormiguero. Por todas partes se ven reclutas enfundados en sus blancos uniformes, con la cabeza rapada, tendidos al sol, sentados en las piedras o jugando como niños.

Los suboficiales, ociosos, se distraen en el casino, vagan por los corredores o charlan en las cuadras. Oficiales y jefes casi no vemos, salvo los de servicio. Deseo ardientemente tener un libro para matar las horas libres. Indago, pido. Me ofrecen algunos. Uno hediondo, pornográfico. Otro, de técnica militar, y el último, una novela cursi, escrita para damas, caballeros pulcros y seminaristas.

Para disipar la monotonía, hemos encontrado una diversión: cada nuevo recluta destinado a nuestra compañía es recibido con un alegre y cálido griterío. Hoy han llegado dos. Uno, de aspecto extraño, harapiento, con cara de hambre. El rostro enérgico, la barba poblada y su despreocupación le dan aspecto de hombre maduro. Y es, como nosotros, un muchacho de veinte años. El otro es blanco, de ojos azules. Alguien que lo conoce nos dice su nombre. Se llama Máximo Keller. Es hijo de un relojero alemán y se ve que el uniforme no le disgusta. Desde el primer momento toma en serio su nueva si-

tuación. Seguramente el padre lo ha sermoneado antes de que se presente al cuartel, recomendándole el cumplimiento del deber y el respeto al superior jerárquico.

Román, el vagabundo barbudo, se ha transformado con el uniforme. Está feliz con su camisa limpia, sus calzoncillos largos y sus gruesos zapatos claveteados. Hace un paquete de su ropa civil, se dirige al bosque y le enciende fuego. Ha quemado todo lo que poseía en el mundo. Algunos comentan:

—¿Has visto qué bruto, quemando su ropa?

—¿Por qué no quemaría el uniforme, mejor?

—Déjenlo. Cada uno sabe lo que hace.

Y allá, en un ángulo del bosque, una débil columna de humo azul, se eleva sin premura, mientras la tarde va cayendo lentamente.

* * *

—¡A formar la Cuarta!

Los reclutas acuden con lentitud de bueyes. Algunos, tendidos de espaldas a la tierra, se levantan con desgano. El sargento observa los movimientos con sonrisa maligna. Nos formamos en desorden, sin fijarnos en la estatura del vecino. "Pampanito" ha quedado codo a codo con el chico Moena. Debemos presentar un aspecto ridículo. A Marín le ha tocado una blusa tan larga que casi le toca las rodillas. Algunos pantalones no llegan a los tobillos. Las cabezas rapadas tienen una aparente uniformidad, pero observadas día a día se descubre en ellas una infinita variedad de formas y rasgos especiales. Las hay alargadas, redondas, obtusas, cuadradas, irregulares, deformes, abolladas, y algunas ostentan cicatrices como remiendos, recuerdos de caídas o pendencias.

—Juntar los talones—ordena el sargento. Aun no sentimos el trallazo de la disciplina.

No hay voces de mando para los reclutas. Luego, el sargento lee la "Orden del Día" a tropezones, equivocando las palabras, como un colegial que recita su lección. Nos da a conocer lo que ha dispuesto el comando. Se prohibe llevar la gorra dentro del cuartel, usar ropa interior que no sea la suministrada por el ejército, introducir visitas a las cuadras y arrojar papeles y desperdicios en el bosque. En seguida nos ordena retirarnos.

Marín, el charlatán que conocí en la Enfermería el día de nuestro ingreso, me pregunta irritado:

—¿Por qué prohibirán andar con gorra dentro del cuartel? Además, ¿por qué nos cortan el pelo al cero?

—Es una comodidad—contesto—. Nos ahorramos tiempo y peineta.

No se conforma con mi explicación.

—¿Y el decoro personal de cada uno? ¿Te ríes de lo que digo?—protesta, mirándome con fijeza, como si yo fuera culpable de que lo hayan rapado.

—A ti te preocupa tu cabellera y protes-

tas porque no te dejan la gorra sobre la cabeza cuando te plazca. Eso no tiene importancia. Lo importante es que tenemos que estar un año en el cuartel.

—Sí. He pensado en eso. No me agrada la idea de tener que pasar un año en este ambiente, pero por eso no me voy a echar a llorar. No, señor. Trataré de pasarlo lo mejor que pueda. Tal vez consiga permiso para ir a dormir a casa. Mi familia tiene influencias. Un año es un plazo muy largo para soportarlo así, sin comodidades, sin distracciones y sin poder salir cuando uno lo desea.

—Es verdad. Es un plazo demasiado largo. Para matar a otro no hay necesidad de un aprendizaje tan prolongado.

—¿Para matar a otro? Yo no he venido aquí para aprender a matar.

—¿Y para qué crees que te han traído aquí, entonces? ¿Para aprender a matar gorriones?

Marín me mira extrañado. Busca una réplica oportuna y no la encuentra. Contraria-

do, hurga en sus pensamientos, se rasca la oreja izquierda y permanece en silencio. Después me dice a media voz:

—Es cierto. No había pensado en eso. Figúrate, ¿qué diría mi madre si yo le dijera que estoy aprendiendo a matar hombres? Pensaría que me había vuelto loco. Ella siempre ha creído, estoy seguro, que los soldados son para que desfilen en las revistas y en las fiestas nacionales.

Marín está desconcertado. Ha bastado una palabra para hacerlo consciente de su papel: matar. Esa palabra, que siempre va unida a la idea del crimen y de su correspondiente castigo, lo ha humanizado y ha sido como un balde de agua helada para su entusiasmo por la vida de cuartel.

Desde el bosque cercano llegan lastimeros aullidos de los perros de la Sección Comunicaciones, amarrados a sus casetas, haciendo esfuerzos por escapar a su prisión. Marín, indicando con un movimiento de su cabeza hacia el bosque, me interroga con tono de reproche:

—¿No les darán de comer, hombre? Son un atado de huesos pegados al cuero.

—Así es—confirmo, mientras el llanto de los perros me taladra el corazón.

* * *

Domingo. Día de visitas. A las dos de la tarde empiezan a llegar los parientes de los reclutas, con paquetes de golosinas y cigarrillos. En el patio, frente al cuerpo de guardia, los conscriptos fuman mirando hacia la amplia verja de entrada, aguardando a los que vendrán a visitarlos. Otros, los que no tienen a nadie que se interese por ellos, miran en silencio. Gana, el misántropo, no tiene parientes en la ciudad, pero acecha hacia la puerta como si esperara a alguien.

—¿A quién esperas?—lo interroga Keller.

—A nadie—contesta Gana, enrojeciendo visiblemente, y se va a sentar a la orilla del muro que mira hacia la calle, con el gesto de un hombre que aguarda lo imprevisto.

A medida que avanza la hora, el bosque

se va llenando de visitas. Los reclutas se sienten de nuevo entre los suyos y saborean el pan blanco o el dulce preparado por las rugosas manos de la madre. Algunos conversan con sus novias y se muestran cohibidos y avergonzados de su facha ridícula y sus cabezas rapadas, pero las muchachas parecen divertidas y se complacen en examinar las indumentarias. Yo, miro en silencio. Vago por entre los grupos y cuando ya lo he visto todo, me siento en la tierra, apoyando la espalda en un grueso tronco de eucalipto. No tengo parientes ni relaciones que puedan visitarme. Tampoco tengo novia.

Bajo la protección de un árbol cercano al que me encuentro, Negri conversa con una viejecita apergaminada y flaca y una muchacha joven y hermosa que lo mira complacida, mientras él traga sin descanso. De la conversación se desprende que las mujeres son su madre y su hermana.

—Estás más delgado—observa la madre—. ¿Trabajas mucho?

—Desde que uno se levanta no lo dejan

en paz. Hay que barrer, lavar platos y fuentes, además de la instrucción militar. No puedo dormir en el colchón de paja húmeda. Eso es terrible, madre. Además, la comida es mala. Cuando pienso que tengo que estar un año encerrado en esta pocilga, me dan deseos de arrancar.

La madre, alarmada, lo calma buscando palabras convincentes que se le escapan de la memoria.

—Hay que tener paciencia... paciencia... El primer tiempo es lo peor. Después podrás ir más seguido a casa. ¿Cuándo es la primera salida?

—A fines de mayo, me parece. Eso sólo lo saben los "galoneados". Será cuando ellos quieran.

La muchacha le da detalles de la casa, de los amigos, de la vecina que siempre pregunta por él. Al hablar mueve las manos nerviosas o juega con piedrecillas que recoge del suelo. De pronto me descubre y me mira a los ojos. Yo fumo tranquilamente. Al recibir el choque de su mirada me desconcierto. Sa-

cudo la ceniza de mi cigarrillo y finjo estar absorto en esa sencilla tarea. Negri, tal vez advertido de mi presencia, vuelve la cara hacia donde me encuentro y me llama:

—Mario, ven.

Comprendo que no puedo esquivar la invitación. Me levanto y me agrego al grupo. La señora me obsequia pan, dulces y cigarrillos. Me dice que debe ser triste no tener a nadie que me venga a ver. Me pregunta dónde he nacido. Si me acostumbro en el cuartel. Si recibo correspondencia. Yo le respondo con torpeza, sintiendo las miradas impertinentes de la muchacha. Me disgusta que me examine. Me siento ridículo con este uniforme demasiado ancho para mi esqueleto en pleno desarrollo. La muchacha se llama Elba. Me habla de su hermano, de su aburrimiento y su pesimismo. Me pide que lo ayude y acompañe. Se lo prometo. Negri me mira sonriente, con una mirada difícil de interpretar. La presencia de la muchacha me cohibe. Soy realmente feo con la cabeza mondada y mis ojos tristes. Me ruborizo cuando

me hace bromas por mi cabellera perdida. Negri da detalles sobre mi persona.

—Este está más aburrido que yo. Protesta por todo. Varias veces lo hemos sorprendido merodeando por las murallas que dan hacia la calle. Parece que tiene deseos de escaparse. Ah, y también es poeta.

No comprendo por qué Negri ha agregado "y también es poeta", pero no me torturo por buscar el verdadero significado de la frase. ¿Será porque me sorprendió leyendo un libro de poemas? De todos modos, es una estupidez lo que ha dicho. Su hermana se ha echado a reír, mirándome por entre las pestañas, con los ojos casi cerrados de risa.

—¡Qué cómico, mamá! Un poeta sin melena. ¡Ja, ja, ja!

Enrojezco de vergüenza y tartaleo algo que ni yo mismo comprendo. Elba quiere obligarme a que escriba o recite un poema. Me niego. Me resisto. Estoy a punto de explotar. En este momento la odio y me siento pesaroso de hacerle compañía. La anciana viene en mi ayuda.

—No seas imprudente, niña. Déjalo tranquilo.

El tiempo parece deslizarse por un violento tobogán para llegar inevitablemente al minuto de las despedidas. El bosque va quedando desierto y a la hora de rancho no queda ningún civil dentro del recinto del cuartel.

* * *

—¿Vamos a la cantina?

La invitación es de Negri.

—Vamos.

En las horas libres, la cantina se llena de reclutas. Cuesta trabajo conseguir la venta de un trago de café o un trozo de pan. Algunos conscriptos, para estar más cómodos, se trepan a los cajones y a las barricas amontonadas, formando racimos gesticulantes. El cantinero, un barrigón adusto, contagiado por el ambiente militar, no tolera desórdenes ni insultos dentro de su negocio. Con una mano, ancha como pala de zapadores, alarga el jarro de café y con la otra recibe

la moneda, con justificado gesto de desconfianza.

—Café y cigarrillos—pide Negri.

Sorbemos el líquido golosamente, casi sin despegar los labios del borde oxidado del jarro. A nuestro lado disputan dos conscriptos. Uno, violento, sacude a su adversario mientras vomita blasfemias.

—¡Afuera! ¡Afuera, carajo!—ruge el cantinero—. ¡Afuera, que no aprenden a gente!

—¡Afuera, que no aprenden a gente!

La armonía vuelve ante la amenaza de ser expulsados del recinto sin haber paladeado el café adulterado de la cantina. La voz de Negri me sobresalta. Me ha sorprendido pensando en su hermana.

—¿En qué piensas?

—En nada—respondo, encendiendo un cigarrillo.

Evoco los gestos, la voz y el olor de la muchacha. Siempre me sucede esto, pero sin la intensidad emanada de este encuentro. Cuando me acerco a una mujer hermosa, quedo lleno de su vida, de sus gestos, de sus

encantos y de sus silencios y retorno a ella por el camino siempre abierto de mis pensamientos, para aromar mi soledad.

—Tu madre—digo—se mostró preocupada por lo que le dijiste. Mejor es que no le hables de lo que piensas sobre la milicia.

—Tienes razón, Mario.

Y de pronto cesan las conversaciones. Abandonamos la cantina apresuradamente. Algunos reclutas corren, nerviosos. Es la retreta que nos llama con su violencia metálica, llenando con sus notas la amplitud del cuartel.

* * *

Nuestra compañía ya está completa. Somos treinta y dos hombres de todos los tamaños, todas las contexturas y todas las clases sociales. Uniformados, tenemos un aspecto semejante. Cada recluta ha recibido un número de orden junto con su equipo, al momento de ingresar. Me ha correspondido el 437. Desde ahora, este número tendrá más



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

valor que mi nombre dentro del cuartel. El regimiento ha tenido este año su dotación completa, y aquí estamos cumpliendo órdenes superiores. El Estado, ese ser abstracto pero cuya presencia se advierte en todas partes, nos ha dicho: "Aquí os quedáis". Y nos hemos quedado.

Esta mañana vimos por primera vez al capitán y al teniente de la compañía. El sargento nos hizo formar por riguroso orden de estatura. Después de prolongada espera, apareció el capitán Pineda marchando marcialmente. Es un hombre rojo, grueso, de modales bruscos, que parece estar siempre irritado y dispuesto a entablar pendencia.

—Cuarta compañía, mi capitán—se presentó el sargento.

El capitán levantó su mano derecha hasta el borde de la visera y saludó dirigiéndose a nosotros con una voz tan potente que se creería que estábamos a una cuadra de distancia.

—¡Buenos días, compañía!

—¡Buenos días, mi capitán!

Y en seguida nos revistó de a uno por uno.

Hizo algunas preguntas: dónde trabajábamos antes de reconocer cuartel, si estábamos contentos de hacer el servicio, si habíamos pertenecido a algún club deportivo o si frecuentábamos los cursos de tiro al blanco. Cuando revistó a Negri, esperé las respuestas con ansiedad.

—¿Está satisfecho de cumplir con su servicio militar?

—Sí, mi capitán—respondió débilmente.

Temí que Negri cometiera una torpeza. Si hubiera sido sincero, habría tenido que arrepentirse pronto. Todos mentimos cobardemente ante la certeza de que la verdad nos habría sido fatal. Frente a Román, el interrogatorio fué un poco más largo.

—¿Dónde trabajabas antes de llegar al cuartel?

—En ninguna parte, mi capitán.

—¿Eras estudiante, entonces?

—No, mi capitán.

—¿Vives con tus padres o parientes?

—No, mi capitán.

—¿Cuál es tu domicilio?

—No tengo domicilio.

—Agrégale "mi capitán".

—No tengo domicilio, mi capitán.

—¿Dónde diablos vivías entonces, recluta?

—En la calle, mi capitán.

—De modo que vivías en la calle. Buena pieza debes de ser entonces. Aquí te vamos a quitar las malas costumbres. Tome nota, sargento. Si algo desaparece en su compañía, no pierda su tiempo en investigar el robo. Ya sabe quién será el responsable.

—No soy ladrón, mi capitán.

—¡Silencio, carajo! ¿Te he preguntado algo, vamos a ver? ¿Te he interrogado si eres o no ladrón? No necesito tu consentimiento para saber qué clase de pájaro eres. Pediré tus antecedentes a Investigaciones. Déjame ver tu carnet de identidad.

—Se me extravió, mi capitán.

—Ah. No tienes documentos. Sargento: a este individuo me lo lleva hoy mismo para que lo identifiquen. Aquí te vamos a enseñar a ser honrado y buen ciudadano.

Después, nuestro capitán nos habló pater-

nalmente, exhortándonos al cumplimiento del deber, solicitando nuestra cooperación para aprender a ser buenos ciudadanos, capacitados para defender la patria. Además, nos advirtió que cualquier falta de disciplina, negligencia o simple mala voluntad para acatar las órdenes, serían castigadas con severidad. A medida que se prolongaba la arenga, iba perdiendo su tono paternal y se exaltaba enrojeciendo por el esfuerzo, al mismo tiempo que las venas del cuello se le hinchaban prodigiosamente. Terminó con un bramido:

—¡Quiero convertiros en soldados, cueste lo que cueste!

A la izquierda de la compañía, el sargento y tres cabos escuchaban en silencio, cuadrados e inmóviles como estatuas. En seguida el capitán procedió a nombrar los instructores para cada escuadra.

—Cabo Duarte, instructor de la primera pieza. Cabo Jara, instructor de la segunda. Sargento Neira, instructor de la tercera. Cabo Cohan, instructor de la cuarta.

Los suboficiales, al ser designados, se colocaban frente a su escuadra, haciendo sonar los talones con fuerza innecesaria.

—Maldita suerte—pensé malhumorado—. Me ha correspondido con el sargento Neira, el tirano del regimiento, cuyo nombre y negra fama circula en todos los corrillos de reclutas. Veremos qué nos espera. Después, el capitán se alejó haciendo sonar el pavimento duro del patio, seguido del teniente que había escuchado mudo la escena anterior.

Los reclutas quedamos desde ahora en manos de los cabos y sargentos hasta la revista de eficiencia. Cada pieza de ametralladora tiene ocho sirvientes. En la tercera están, entre otros, Keller, Román, Gana y yo. Román, guardando la estatura, queda a mi izquierda. Keller, a mi derecha. Durante todo el año—nos advierte el sargento—el orden en las filas será el mismo de hoy. Nadie puede cambiar de lugar. Ahora, a trabajar.

Y nos lleva al picadero, donde la tierra removida dificulta la marcha.

—¡Altooo! Les voy a hacer una pequeña

advertencia. En mi escuadra no necesito maricones. Necesito hombres, ¿entendido?

—Sí, mi sargento—respondemos en coro.

Román me da con el codo. Interpreto su muda alusión como certidumbre de lo que nos espera. Ya estamos cogidos en la trampa.

—Voy a despabilarlos un poco—nos participa el sargento—. Vamos a ver. ¡A la muralla, carrera marrrr! ¡Media vuelta, tenderse, levantarse, tenderse, arrastrarse!

Las carreras sobre la tierra suelta nos agotan en cortos minutos. Negri jadea lastimosamente. Keller semeja una jaiba cocida. Empezamos a transpirar.

—¡Altooo! ¿Están cansados?

—Sí, mi sargento—nos apresuramos a responder, esperando un merecido descanso.

—Muy bien, señores. Se cansan con muy poco. Volveremos a empezar.

Y nos ordena correr, saltar y arrastrarnos. Comprendemos que hemos caído en el garlito: es una de sus tretas. Tenemos que conocerlo poco a poco.

—¡Altooo! ¿Están cansados?

—No, mi sargento—respondemos, ahogados por la falta de respiración. Estamos agotados, pero debemos negarlo. Así lo quiere nuestro amo, y hay que acatar sus órdenes.

—¡Andar a gatas!

Y henos aquí convertidos en cuadrúpedos mediante un simple bramido del sargento. Me desprecio a mí mismo. Debería erguirme sobre mis pies y negarme a obedecer esta orden estúpida y sin fundamento. Pero soy cobarde. Repugnantemente cobarde. Me conformo con mascullar blasfemias y continúo andando a gatas, bajo la mirada satisfecha del sargento.

Toda la mañana nos arrastramos por la tierra. La transpiración y el polvo forman hilillos de barro que se nos escurren desde la frente hasta el cuello, y en todos los rostros se advierten el cansancio y la angustia de la impotencia. Esto, según el sargento, es nada más que para despabilarnos. Creo que es demasiado. Parece que existe el propósito de hacernos sentir desde el primer día de instrucción el peso de la disciplina. Corre-

mos como autómatas, dóciles a la voz de mando y sacamos fuerzas inesperadas para soportarlo todo.

Ahora, con los músculos adoloridos, agotados, esperamos el toque de retreta para echarnos en el jergón de paja y dormir, descansar, lejos de la mirada hosca del sargento. Bruscamente, se nos ha secado la alegría, matando nuestro optimismo. Empezamos a comprender en toda su intensidad la amarga dureza de la vida que iniciamos y añoramos la calle, la tertulia familiar, el lecho blando y la libertad.

—No puedo andar—se queja Negri—. Maldita la hora en que me vine a meter a esto.

Para disipar el cansancio, fumo sin descanso. Estoy de espaldas, cara al cielo, y contemplo la maravillosa diafanidad nocturna. Las estrellas tienen hoy para mí una nueva belleza. Las miro con ojos nuevos, limpios, lavados. Tal vez será mi estado de ánimo y este cansancio físico que abre las ventanas

de mi espíritu. Así me sorprende el toque de retreta.

—¡Formar la cuarta!

Nos formamos en silencio y en seguida nos dirigimos a tomar colocación en el lugar que nos corresponde. En la sombra, la compañía es una masa ondulante que hace sonar acompasadamente las botas sobre la tierra endurecida. De todos los ángulos del cuartel avanzan las diversas compañías que se encaminan para formar el cuadro frente a la guardia. El oficial de servicio recibe los partes y después grita desde el centro del patio:

—¡Buenas noches, regimiento!

Y le responden seiscientas voces que se elevan jóvenes, altas y agrias hacia la noche.

* * *

Regresamos a nuestra cuadra. Cada recluta se coloca frente a su catre, esperando la orden de acostarse. El sargento consulta su reloj, se trepa sobre un baúl y da la voz de mando:

—¡Acostarse en un minuto!

Es una nueva sorpresa para nosotros. Nos quitamos el capote, la blusa, los pantalones y las botas, con el máximo posible de celeridad. Nos detiene la voz de ¡alto! Algunos, muy pocos, han alcanzado a meterse en el lecho. Otros, la mayoría, están a medio vestir. Debemos vestirnos nuevamente para repetir la operación. Por no haber cumplido la orden en el minuto de plazo, debo repetir la tarea dos veces más, junto con varios compañeros. Pero "Pampanito" sufre más que nosotros. Se viste y se desnuda. El sargento lo controla reloj en mano y apenas ha cumplido el minuto, lo detiene con un gruñido.

—Volver a empezar.

Desde nuestros lechos miramos la escena. Parece que "Pampanito" se enredara en sus largos brazos y en sus piernas inverosímiles. No logra desnudarse en un minuto. El sargento, violento, le ordena acostarse. Luego apaga la luz y la cuadra queda en la penumbra, mitigada por la débil claridad que lle-

ga desde la estancia vecina, donde están los lavatorios y la letrina. El toque de silencio llega hasta nosotros debilitado por la distancia, teñido de suave tristeza. Allá en la guardia, hay hombres que sólo duermen a ratos. Pienso en ellos sin compasión. Estoy demasiado cansado para ocuparme de los demás.

El sueño me cierra los párpados vacilantes y me hunde en la inconsciencia. Antes de dormirme, aún escucho la voz del sargento que pregunta por algo que se le ha extraviado. Pero es algo tan lejano, tan vago, que ya no me pertenece.

* * *

El toque de diana nos sorprende profundamente dormidos. En el otoño que avanza, las mañanas son frías y opacas y en el aire hay un perceptible olor a tierra humedecida. La voz agria del sargento nos vuelve a la realidad:

—¡Levantarse!

Medio dormidos aún, sin tiempo para desperezarnos, nos vestimos apresurados para

asaltar los lavatorios en la pieza vecina. Se oyen carreras, blasfemias y juramentos a media voz.

—¿Quién me robó el jabón?—grita Tudela, gesticulando como si fuera a estrangular a alguien.

Nadie le hace caso. Cada uno quiere ser el primero en salir de la cuadra, presionados por la voz del sargento.

—¡Afuera todo el mundo, apurarse! ¡El último lava la fuente!

Este es el argumento de mayor peso. Lavar la fuente es una tarea sucia y molesta que deben hacer por turno los reclutas de servicio, pero que se aplica como castigo a los más lerdos.

"Pampanito" se pasea sin conseguir un lugar para lavarse. Apenas se desocupa uno, alguien más listo que él lo aprovecha para su uso. Mientras tanto, Tudela sigue blasfemando:

—Parece mentira. Ladrones, sinvergüenzas. Me roban un jabón nuevo. ¡Se les va a convertir en mierda!

Estas escenas de reclamos por pérdidas son casi diarias. Es inútil reclamar a los suboficiales. Se recibe por respuesta una frase irónica sobre la conveniencia de cerrar la boca y abrir más los ojos. El sargento, que ha escuchado sin intervenir, increpa a Tudela:

—¿Por qué chillas tanto? ¿Qué bicho te ha picado, vamos a ver?

—Me han robado el jabón, mi sargento

—Ah. Te han robado el jabón. ¿Y para qué tienes los ojos entonces, animal? A los imbéciles siempre se les pierde algo.

Y como el recluta permanece en silencio, mirándolo sorprendido y con visible rencor, el sargento repite su ofensa:

—Digo que a los imbéciles y a los idiotas siempre se les pierde algo. ¿Comprendes ahora?

—Sí, mi sargento.

Negri, con los suspensores colgantes, se pasea esperando su turno.

—¡Negri!—le grito—. Aquí tienes lavatorio.

—Ah, ya.

Es una felicidad no tener que peinarse, aunque la cabeza rapada sea un atentado contra el decoro personal, según la frase de Marín. Cuando apenas hay tiempo para sacarse la mugre de la cara, no se echa de menos una cabellera que peinar. "Pampanito" parece resignado a ser el último. Ha encendido un cigarrillo y contempla la escena filosóficamente. Es un fumador empedernido. Arroja las volutas de humo lentamente, con su gesto característico, apoyado en un rincón de la sala para no ser pisoteado.

—¿Qué haces tú, recluta? ¿No sabes que es prohibido fumar en la cuadra?

—No, mi sargento.

—Bueno. Para que no se te olvide, lavarás la fuente durante el resto de la semana.

—A su orden, mi sargento.

En la escasa luz del amanecer lechoso y frío, sólo nos conocemos por la costumbre de vernos todo el día. Cerca de mí está Keller, enfundado en su largo capote que casi le llega a los tobillos, bebiendo su café a grandes sorbos, con gestos de satisfacción. Más allá,

en la sombra, apartado de todos, está Gana, el misántropo. Es un muchacho raro. Habla muy poco y enrojece fácilmente cuando le hacen alguna broma. Si un superior lo insulta, le tiembla la barbilla y parece que va a estallar en sollozos. Come lentamente, mirando su pan después de cada dentellada, como si calculara cuánto le durará. Me inspira simpatía mezclada con lástima. Deseo acercarme a él para acompañarlo, pero desisto por respeto a su silencio. Román traga sin descanso. Parece que quisiera desquitartarse de su hambre pretérita. Cuando alguien rechaza el pan, lo coge y lo guarda en sus bolsillos para devorarlo más tarde.

—Aquí estoy bien—me confiesa—. Casa, ropa y comida. ¿Qué más puedo pedir? Afuera tenía que trabajar duro para tener un plato diario de comida y un rincón en que dormir. Y a veces el trabajo escasea, cuando no falta por completo. Entonces sí que la vida es dura, compañero, sobre todo en invierno. Muchas veces tuve que alojar en los kioskos de la plaza sin haber llena-

do la tripa. Y los días sin comer son peores que una mala noche. ¿No has tenido nunca verdadera hambre?

—No. Nunca.

—Entonces no puedes darte cuenta de lo que significa eso. No es muy agradable, sobre todo después del segundo día de ayuno. Dan ganas de pegarle al primer prójimo que uno encuentre en su camino, si va elegante y bien comido. Nos parece que todos tienen culpa de nuestra hambre. Y ahí está lo malo. Pero un hombre con hambre no se detiene a filosofar. El estómago no acepta excusas.

A la escasa luz del amanecer, la voz de mi camarada va cayendo como una lenta lluvia de su corazón.

—Aquí—continúa con su tono opaco—se acabaron las privaciones. Tengo de todo a cambio de hacer todo lo que me ordenen. No creas que esto es falta de dignidad. Comprendo que soy un autómata, un títere, que me muevo, marcho, canto y hablo cuando alguien me lo ordena, pero afuera también es parecido. Nadie te da un pan si no lo



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

consigues con tu propio esfuerzo. Hay que trabajar, obedecer y sufrir humillaciones para comer medianamente. Aquí te dan ropa limpia. Si tú cambias tu camisa de popelina por una de tocuyo, claro que te sientes molesto. Yo, por mi parte, tenía unos inmensos deseos de cambiar mi camisa cuando entré al servicio, ¿te acuerdas? Lo quemé todo. Si en este momento me dijeran: Conscripto Román, lo damos de baja por inservible, o me dijeran simplemente: Márchese a su casa, no tendría qué ponerme. Adán caminando por la calle Condell. ¿Te das cuenta? ¡Ja, ja, ja!

—¿Qué piensas hacer cuando te licencien?

—Bah. De los quince pesos de sueldo voy a economizar para comprarme un terno de casimir inglés y un sombrero Borsalino. Y como me sobrarán algunos pesos, los puedo aprovechar para comprarme un Ford de último modelo. Mira, no me pueden echar desnudo a la calle. Sería una inmoralidad. El Estado estará obligado a mantenerme y

darme alojamiento hasta que me consiga ropa de paisano, ¿no es cierto?

—¡A formar la cuarta!—grita el cabo Duarte.

Los reclutas corren, acuden de diferentes ángulos y se forman con nerviosa rapidez. Sabemos que cualquier tardanza en el cumplimiento de las órdenes se traduce en carreras, flexiones y castigos. Y el temor es nuestro consejero.

* * *

Cada día que pasa la disciplina es más severa. Aun aquellos instructores que al comienzo eran amables y tolerantes, se van transformando en seres exigentes y ofensivos. En las horas de instrucción se oyen gritos y blasfemias por todos los rincones del cuartel. Los reclutas nos miramos en silencio. Empezamos a comprender el rigor de la vida militar, copia del militarismo prusiano. El sargento Neira es nuestra pesadilla. Emplea recursos vedados y legales para

transformar en soldados a los muchachos que le han entregado para su instrucción.

—¡Atención, firrr!

Nos cuadramos como si nos hubieran tirado un resorte oculto y permanecemos rígidos, con los ojos clavados hacia adelante, los de la fila de atrás "mirando la nuca de su compañero", como se nos tiene ordenado.

—¡Malo, carajo! ¡Atención, firrr!—repite el sargento, esta vez con más energía, alargando las erres finales, como si quisiera inyectar rapidez a la escuadra.

—¡Malo, pésimo—aulla colérico—. Ah. ¿Conque no queremos trabajar? Bien, señores. Vamos a ver ahora.

Se repite la misma escena. Nos esforzamos en hacerlo bien, pero el sargento lo encuentra todo malo. No sabemos qué desea de nosotros. Somos sus víctimas. Se venga en nosotros de sus humillaciones, de sus discordias domésticas y de la persecución de sus acreedores. Somos el receptáculo de su mal humor. Eso es todo. Y hay que soportarlo. Es una jineta amarilla, cosida a la bocaman-

ga de su guerrera, la que le da esa superioridad sobre nosotros. No importa que sea un zafio y un tunante.

—¡Yo les enseñaré a ser hombres, carajo! —vocifera enrojecido, mordiendo las palabras. Parece un perro rabioso, dispuesto a morder.

—¡A la muralla, carrera marrrr!

La escuadra se desbanda, se abre como un abanico, corriendo velozmente hacia el punto indicado.

—¡Atrás, carrera marrrr!

Los hombres, dóciles a la voz de mando, se detienen bruscamente y vuelven a todo escape. Se siente el resoplido de las respiraciones. Los pechos jadean y los rostros empiezan a enrojecer. Pensamos que con esto basta como castigo, pero nos equivocamos. La voz del sargento sigue golpeando en nuestros oídos con odiosa insistencia.

—Tenderse, levantarse, tenderse, levantarse—ordena con calma estudiada. Visiblemente, se nota que goza con nuestro cansancio. Es un gozo sádico y repugnante que

se le refleja en el rostro contraído. El agotamiento debilita las piernas. Las sienes palpitan con violencia. Negri corre a mi lado, sudoroso, sucio, con aspecto de cansancio que inspira compasión.

—Bestia, canalla—reniega contra el sargento con voz velada y tartajeante.

La escena se prolonga demasiado. Algunos reclutas apenas se mueven cuando se les ordena correr y sólo pueden iniciar un trotecito absurdo, moviendo los hombros para dar la impresión de que corren. No podemos más. Parecemos peces fuera de su elemento, aspirando el aire angustiosamente, con las mandíbulas casi desencajadas.

La cabeza me da vueltas. El corazón patalea dentro del pecho y me siento desfallecer. Hago un último esfuerzo. Pienso con rabia mortal.

—No doy un paso más. Me tiro a tierra ahora mismo.

Pero sigo corriendo. Soy un muñeco como todos. Por fin suena la voz de alto. La escuadra está dispersa, agotada, y en todos

los rostros hay una mueca horrible de agotamiento, mezclada con el dolor de la impotencia.

—Respirar. Tiempo uno... dos... uno... dos...

Para respirar, ese acto tan sencillo y tan individual, también hay que hacerlo a voz de mando, elevando los brazos por el costado con las palmas vueltas hacia abajo. La ordenanza militar y las directivas lo ordenan así. ¡Al diablo con las directivas! Respiro a todo pulmón, con ansias infinitas, levantando los brazos como un cóndor joven que ensayara su primer vuelo. Si no lo hiciera así, desataría la furia inagotable del cancerbero indio que nos vigila.

—Basta, señores. Ahora, a trabajar.

Y seguimos haciendo sonar los talones con energía, temerosos de que se repita el castigo. Así, hasta que el sol, como una hostia roja, es tragado lentamente por la lejanía verde y azul del horizonte.

* * *

Gana parece esperar siempre una reprensión. Cualquiera palabra dura agolpa la sangre en sus mejillas descarnadas y pone un leve estremecimiento en los nervios de su barbilla. El sargento Neira ha observado esta debilidad y se complace en molestarlo con un sadismo de mulato vengativo. Las clases nocturnas de canto se han convertido en una tortura para el conscripto Gana y en una diversión para el sargento Neira. Frente a la barraca que nos sirve de cuadra, la compañía forma una herradura. Después de un coro vibrante, violento, bajo un cielo que amenaza lluvia y sacudidos por un recio viento otoñal, el sargento ordena:

—Conscripto Gana, un paso al frente. Media vuelta.

Nuestro compañero obedece las órdenes mecánicamente, presintiendo su tortura.

—Cante.

Gana permanece en silencio, girando los

ojos azorados, buscando una ayuda imaginaria, inmóvil la cabeza disciplinada.

—¡Canta, he ordenado!—repite el sargento.

El recluta titubea, enrojece hasta los cabellos, traga saliva y emite un sonido gutural, inarmónico, incomprensible. Algunas risas sofocadas salen desde las filas compactas. La cara del sargento se descompone con un gesto agrio y homicida.

—¡Silencio!—ordena a la tropa—. Continúe—gruñe, dirigiéndose al muchacho.

Gana sufre visiblemente. Tartamudea una frase destemplada:

*Tambores y clarines*
*me obligan a marchar...*

—¡Más fuerte!—brama el sargento, gozando frente al espectáculo de su crueldad.

El muchacho hace un esfuerzo y alza la voz tartajeando otra frase:

*Y de mi amada patria*
*me voy a separar...*

Se detiene. Frente al grupo, con las palmas de las manos pegadas a la costura del pantalón, rígido, soporta sobre su vida el latigazo de la disciplina. Le arden las mejillas y las pupilas húmedas parece que van a deshacérseles en agua.

—¡Canta, marmaja!

En el silencio nocturno, la voz de mando resuena arbitraria, dura, fría. Un nuevo esfuerzo del muchacho prolonga la escena. La vergüenza, la comprensión de su escarnio, la inutilidad de su rebelión, las escenas humillantes, acuden a su memoria danzando vertiginosamente. Olvida la estrofa. Su amnesia nerviosa le impide continuar. De los ojos acuosos se desprende una lágrima grande, enorme, que le cae sobre el pecho como una cruz de hierro para su dolor. Los reclutas ya no ríen. Serios, mudos, observan la escena conmovidos.

—¡Canta, animal!—ruge el sargento, dándole un revés.

Gana intenta una frase:

*Por eso yo no...*

Pero el canto se le quiebra en un sollozo.

* * *

En la atmósfera turbia de la cuadra, iluminada apenas por una ampolleta opaca encendida en el cuarto contiguo, los reclutas duermen con resoplidos de satisfacción inconsciente. No he podido conciliar el sueño. Después del toque de silencio ha cesado todo trajín, lo que hace que se sienta con más fuerza el viento norte que azota los árboles del bosque y se cuela por los agujeros de las tablas de nuestra cuadra.

La habitación en que dormimos es un barracón largo, helado, sin cielo raso y tan bajo que, desde el sitio en que me encuentro, puedo tocar el techo de calamina en su parte más baja. Duermo en la litera superior de la ocupada por Román, y cada movimiento suyo se transmite a la mía, ligadas ambas

por su estructura de una sola pieza. Pero Román poco se mueve. Duerme sin sobresaltos y escucho sus ronquidos apenas acomoda su cabeza en la almohada. Ahí, en su jergón de paja y hojas de maíz, debe estar inmensamente más cómodo que en el helado atrio de una iglesia.

No puedo dormir. El viento arrecia y la lluvia martillea en las calaminas. El temporal que amenazaba desde la tarde se ha desencadenado en este momento. El viento, como un potro arisco, ha cortado sus amarras y corre, salta, brinca y relincha, remeciendo los árboles, golpeando las casas, sacudiendo los barcos, jugando con las olas cuyo sordo rumor llega hasta mí confundido con los rugidos del temporal. El puerto, acostumbrado a estos violentos temporales, resiste, lucha, enciende sus fanales, balizas, reflectores y faros, hasta que, agotado, se desangra por los desagües del Almendral.

El faro de Punta de Angeles aúlla desde su soledad, como un perro abandonado. Un barco hace sonar su sirena ronca, profunda,

semejante a un alarido de angustia y desesperación. Avisa su salida del puerto para capear el temporal desencadenado. Presiento su lucha con el mar agrio, violento y agresivo, en las sombras de la bahía. Si es un barco de pasajeros, las mujeres y los niños sollozarán, cobijados en sus camarotes, mientras los tripulantes obedecen con presteza las órdenes del piloto y del capitán. Basta que el mar se agite para que el hombre tiemble. Si la tierra se estremece, estalla el pánico. El miedo. Siempre el miedo. Lo llevamos en la sangre, en las pupilas, en las entrañas, pegado al corazón. Las escenas desfilan en mi cerebro con tanta nitidez como si en este preciso momento fuera un mudo e impotente espectador de una tragedia marítima. No puedo escapar a esta monomanía de tejer una historia alrededor de cualquier cosa. Por eso el sueño tarda en llegar.

Llueve torrencialmente. Me extraña que todos duerman en una noche como ésta. Levanto la cabeza y observo hacia ambos lados. En el extremo izquierdo, "Pampanito" duer-

me seráficamente, con la boca abierta, suspendiendo en el aire una invisible pompa de jabón. Román ronca tan fuerte que me causa malestar. Me dan ganas de despertarlo con cualquier pretexto para que cese en sus ronquidos, pero pienso que no tengo derecho a perturbar su descanso.

Siento una voz apagada, extraña, que murmura palabras incoherentes. ¿Quién será?, me pregunto intrigado. Salgo de la duda al instante: es Tudela que sueña. Debe tener una pesadilla atroz, porque se revuelve en el lecho como si fuera uno de los siete hermanos Macabeos. Todos duermen. Sólo yo estoy velando, haciendo girar el molino de mis recuerdos, escuchando el bramar del viento y el repiqueteo de la lluvia.

En la pieza vecina siento toser al cabo Cohan. Lo compadezco en una noche como ésta. Es un hombre pálido, delgado, frágil. En puntillas, haciendo crujir las tablas, avanza por la cuadra. Hace su servicio de imaginaria. Cierro los ojos, como si durmiera. Lo escucho pasar y desandar su camino

silenciosamente. Su presencia me ha hecho olvidar el temporal. Oigo que se frota las manos, que se pasea sobre el asfalto de la pieza vecina y ahoga sus accesos de tos. Parece siempre preocupado y sus ojos están teñidos de una suave tristeza.

Un formidable golpe de viento corta mis ideas. El choque ha sido tan recio que percibo el crujir de los tabiques. Pienso que el techo va a volar. Me incorporo y escucho con los nervios tensos. La noche se ha poblado de ruidos extraños, sirenas de barcos, aullidos del faro, árboles que caen, objetos que ruedan arrastrados por la fuerza del viento. Es la demoníaca sinfonía del aguacero y del vendaval, en la que gigantescos oboes y melodiosos violines confunden sus notas bajo la negra batuta de la noche.

Los perros de la Sección Comunicaciones aullan lastimeramente. El viento arrastra sus aullidos y los disuelve en el vórtice del temporal. Para ellos no hay piedad. Amarrados durante el día y la noche, a ración de hambre, tímidos, resignados, viven en sus casetas

sucias y malolientes. Una intensa piedad me punza el corazón. Desvío mis pensamientos hacia otras cosas, pero no puedo dejar de pensar en ellos.

No sé cuánto tiempo permanezco así, con los ojos abiertos en la penumbra, los nervios en tensión, escuchando la tempestad desencadenada. La sirena de un barco horada la noche desesperadamente. Debe de estar en peligro. Todo se puede esperar en una noche como ésta. Los naufragios no son una gran novedad en las cercanías del puerto o en la bahía misma, desamparada y abierta a la furia de todos los vientos.

Una gotera empieza a caer en un rincón de la cuadra. Es un sonido apagado, monótono, regular, que absorbe mi atención. Lo oigo distintamente, a pesar de la violencia del viento que silba entre las tablas y se cuela por los orificios. Y, de improviso, sin saberlo, me duermo arrullado por la gotera.

* * *

Esta mañana no he sentido la diana. Es la voz del cabo Cohan la que me despierta, mientras repite a todo pulmón:

—¡Levantarse, arriba todos, levantarse!

Abro los ojos cansados por la vigilia y tardo en tomar conciencia de la realidad. Parece que recién me he metido entre las mantas y creo que es imposible que ya sean las cinco de la mañana. No cabe duda: he pasado despierto casi todo la noche. La maldita tempestad ha tenido la culpa. No. No es verdad. El único culpable he sido yo, que me he dado a pensar en cosas descabelladas, sin sentido, tejiendo historias, escuchando la lluvia y el bramar del viento. Me visto con torpeza. La avalancha de reclutas me arrastra hacia la pieza vecina. Frescos, ágiles, los muchachos se disputan los lavatorios. Se repiten las escenas de todos los días. Algunos discuten, se insultan y terminan por olvidarlo todo apenas tienen a su alcance un lavatorio donde meter la cabeza.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Veo a "Pampanito" pasearse lentamente entre los grupos, mirando a su alrededor sin inquietarse. Esta mañana parece más alto que de ordinario. Negri se frota la cabeza rapada, como si quisiera sacarle lustre. Alguien, cuya voz no reconozco, grita desde la puerta:

—¿Quién me robó el jabón? Ah, ¿quién fué, carajo?

Repite su pregunta con insistencia, como un desahogo para su irritación, mientras agita los brazos amenazadores. El que grita es Peralta, de la segunda escuadra, un muchacho robusto y colorado. Lo veo venir hacia mí, con el gesto colérico, repitiendo su pregunta:

—¿Quién fué el ladrón, vamos a ver? A mí no me vienen con payasadas. De mí no se ríe ningún desgraciado.

Mientras habla mira con avidez los jabones ajenos, tratando de reconocer el suyo, pero su tentativa es vana. Todos los jabones son iguales, de la misma marca. Los venden en la cantina, pero a veces es mucho más có-

modo y barato no comprarlos, aprovechando el descuido de algún compañero. Claro que esto no es honrado, pero es una costumbre que se mantiene por imitación y por desquite.

—¡Cállate, animal!—le grita Tudela, chorreante de agua y espuma el torso desnudo.

—¿Ah? ¿Qué, qué es lo que dices?—tartamudea Peralta, arrojándose sobre su rival con los ojos violentos y los puños en alto.

Tudela recibe un puñetazo en pleno rostro. Desconcertado, se lleva la mano a la parte adolorida y al ver sangre en ella se revuelve como un tigre, echando espuma rojiza por la boca.

—¡Maricón, aprende a hombre ahora!

Se golpean mutuamente. Para nosotros, esto es una diversión, un inesperado paréntesis en la tediosa tarea de lavarse todos los días, apresurados y esperando turno. El cabo Cohan entra a la cuadra y presencia el pugilato.

—¡Alto! ¿Qué es esto? ¡Eh! ¿Que no oyen, carajo?

Los combatientes no lo oyen, o hacen caso omiso de sus gritos, demasiado preocupados en machucarse con ferocidad insospechada. El cabo, sintiendo quebrantada su autoridad jerárquica ante toda la compañía, toma una violenta decisión y de pronto coge a Peralta de ambos brazos y lo estrella con fuerza contra la pared. Los reclutas vuelven en sí. Ambos están chorreando sangre.

—¿Qué es esto, carajo? ¿Se imaginan que están en un corral? Voy a dar cuenta a mi capitán para que los meta al calabozo. Parece mentira que sean como animales. Sí. Como animales—confirma, sin que nadie le discuta su opinión.

Con la cólera, el cabo Cohan se ha puesto intensamente pálido. Nunca lo habíamos visto irritado. Le tiemblan las manos y la boca se le tuerce con un gesto nervioso. Nosotros miramos la escena, algunos a medio lavar, otros con la cara enjabonada o con los rostros mojados. Marcoleta, con los pantalones abiertos, exhibe la rizada pelambre de su sexo mientras se rasca las costillas con irritan-

te insistencia. Tememos por la suerte de nuestros compañeros y nos alarma la violenta cólera del cabo Cohan. Pero éste, poco a poco se va serenando, hasta lograr el dominio de sus nervios. Tudela y Peralta, rígidos, oyen la amonestación con aire sumiso. No atinan a disculparse. Están desconcertados, reintegrados a la realidad y conscientes de su falta. De la nariz de Tudela chorrea un hilillo de sangre que le mancha el pecho y se le escurre por la barriga, mientras trata de evitarlo sin éxito, sorbiendo con fuerza el líquido rojo y espeso, dando la impresión de que solloza.

El cabo murmura algunas frases mezcladas con blasfemias, pero poco a poco se humaniza y termina con una breve advertencia:

—Bueno. Por esta vez no daré cuenta, pero mucho cuidado con repetir la pendencia. ¿Entendido?

—Sí, mi cabo—responden los reclutas al unísono, con voz fuerte y segura, como lo ordenan las directivas.

—Bien. Ahora, a lavarse.

Ambos se dirigen a los lavatorios. Peralta, al lavarse, vuelve a echar de menos su jabón, y alargando la mano sigilosa como un anzuelo, coge el que tiene más cercano.

—¡Quién me lo robaría, caramba!—rezonga a media voz, como una excusa para su violencia o una última descarga de su disgusto.

* * *

El rancho es invariable: cazuela y frejoles. Tarde y noche lo mismo. Durante todo el año. Y, además, muchas veces no están bien guisados. A pesar del ejercicio violento que abre el apetito, no hemos perdido el gusto. Hoy, por ejemplo, los frejoles estaban detestables. Tenían un color rojo sucio y huellas innegables de que las ratas habían saboreado los frejoles crudos. Además, hedían. La grasa, por cierto, no es de primera calidad. Nos negamos a comer. Tres o cuatro, los más glotones, probaron algunos bocados,

pero terminaron por imitar a la mayoría, inmovilizando las cucharas. Román, siempre tan tragón, permaneció mirando su plato en silencio, casi sin tocarlo, mordiendo su disgusto. El cabo Jara dió cuenta de lo ocurrido al oficial de servicio. El teniente Barreto se impuso del reclamo, probó un plato de frejoles y ahogó una mueca de disgusto.

—Está bien—dijo—. Esto se arreglará.

La fuente quedó llena. Román fué el único que no se decidió a botar su ración. Poco a poco, cucharada por cucharada, comió sus frejoles.

—Peor es pasar hambre—me dijo a manera de explicación.

Yo me conformo con morder mi pan lentamente para que no se me termine muy pronto. Y, en seguida, con las tripas vacías, el cabo de servicio nos lleva a lavar el plato a las únicas tres llaves destinadas al objeto. Y todo el regimiento acude a ese sitio. Cuesta trabajo conseguir un poco de agua para asear el plato de estaño. Alrededor de las llaves se ha formado un lodo acuoso y de los

fondos cercanos, donde se arroja la bazofia, emigra un olor nauseabundo que revuelve el estómago. Esto es repugnante. Algunos, los que tienen dinero, prefieren pagar a un compañero para que les lave el plato. Otros, ofrecen comestibles o cesión de objetos de utilidad práctica. Román lava tres platos ajenos y en cambio recibe dos pesos al mes por cada uno y tres panes cada mañana. Pienso que si le lava los platos a todo el regimiento podrá comprarse una docena de ternos a fin de año. Se lo digo, y él, cerrando los ojos con su gesto habitual, me da un recio manotón en el hombro, mientras ríe con toda el alma.

—Oye—me dice—. Si quieres te lavo el tuyo. No te cobro nada. Por pura amistad no más.

No acepto su ofrecimiento. Yo también puedo hacerlo. No temo engrasarme las manos, aunque esto me sea desagradable y, además, siento satisfacción de hacer lo que me corresponde. ¿Para qué descargar sobre otro las propias obligaciones? Cada cual a lo su-

yo. Pero aquí, como en todas partes, el que dispone de algunos pesos, somete al que nada tiene. Así es la vida.

* * *

Hace cuatro días que llueve con breves descansos. Cae el agua monótona, pegajosa, molesta. Ya no podemos corretear por el bosque, tendernos en la tierra y respirar con libertad. Aquí estamos inmóviles y malhumorados, cobijados en la cuadra. A medida que avanza el invierno se nos hacen más insoportables estos encierros, por la frecuencia de las lluvias. Los ejercicios debemos hacerlos bajo los pabellones en construcción. Ahí se reunen la mayor parte de las compañías del regimiento y apenas podemos movernos. Las carreras se cambian por flexiones de piernas y de brazos. En esto no sacamos ventaja. Pero apenas cesa la lluvia, debemos salir al patio y chapotear en el lodo blando y pegajoso. Y eso sí que es una tortura. Algunos reclutas reclaman de que se les han roto las

suelas de sus botas, pero nadie obtiene una respuesta favorable. Por el contrario, Marín se ha ganado algunos insultos por su insistencia.

Ahora cae una lluvia fina, vertical. No hay viento. Estamos en la cuadra, sentados en los baúles o afirmados en los muros, como rebaño en su corral. Es prohibido fumar en el interior de la cuadra. Y a todos nos gusta echar humo. Los que al ingresar no tenían el hábito, aquí lo han adquirido. "Pampanito" masculla su desesperación con gesto taciturno. Es un fumador empedernido y su ración diaria de tabaco le es tan necesaria como el alimento o el agua cotidiana.

—Maldita lluvia—murmura, enfundado en su largo capote gris, mientras escruta el cielo a través de la ventanilla que mira hacia el patio, con la esperanza de que cese el mal tiempo.

Tudela empieza a cantar. Algunas voces lo acompañan y la cuadra se llena de una vibrante melodía guerrera. Abandono el libro que tengo entre las manos: imposible

leer. Cierro los ojos y me retrepo en la muralla. Así permanezco largo rato, sin pensar en nada. Después me levanto y me encamino hacia la ventanilla donde permanece "Pampanito" escrutando el cielo, como si se le hubiera perdido algo allá arriba. Malhumorado, con la frente arrugada, me examina con gesto agrio, gruñendo contra el aguacero.

—¿Por qué diablos lloverá tanto?—me pregunta a quemarropa.

Y, bruscamente decidido, abandona la cuadra y sale al patio enfangado. Adivino a donde se dirige. Corro torpemente, impedido por el fango, y lo alcanzo. A un costado de nosotros se alza una pendiente de cinco metros, por la que se desliza el agua turbia en pequeños arroyos que se escurren y se juntan hasta llegar a la acequia, inundando el pedazo plano por donde marchamos. El barro salpica los pantalones y la lluvia se nos cuela por el pescuezo. Caminamos hasta alcanzar la muralla lateral de nuestra cuadra, donde podemos cobijarnos bajo el

menguado alero. Ahí, apretados contra el muro para evitar la lluvia, encendemos nuestros cigarrillos. Permanecemos en silencio. Aspiro el humo hasta el fondo de mis pulmones y lo vomito lentamente, en fragantes bocanadas azules que se disgregan bajo la lluvia. "Pampanito" parece fumar con rabia. Chupa el cigarrillo casi sin interrupción y arroja el humo como una locomotora. Poco a poco se calma y se le va soltando la lengua.

—¿Has visto que estupidez? ¡Prohibir fumar en la cuadra! ¿Dónde quieren que fumemos, entonces? ¿En las letrinas? Como ellos tienen casino y salón de fumar, no les importa dictar órdenes tan estúpidas como ésa.

—No sé—digo por no contradecirlo, pero pienso que si autorizaran fumar dentro de la cuadra, aquello sería insoportable. Además de la hedentina de treinta y dos cuerpos mal lavados, dentro de un espacio reducido, habría que agregar el humo de un número igual de cigarrillos.

Desde aquí podemos ver el mar. Aquel barco grande, de chimenea amarilla, va a partir pronto. Un remolcador se apresta para ayudarlo a separarse del muelle donde está atracado. El mar tiene un aspecto tranquilo, color estaño. Todo lo vemos a través de un tembloroso cortinaje de aguas. La lluvia no cesa. Desde la altura en que nos encontramos se domina una parte del panorama del puerto, con sus muelles y espigones. En los días de sol es fácil distinguir a la tripulación de la "Baquedano", haciendo gimnasia en las cubiertas o trepando como gatos a los mástiles, aferrados a las jarcias. Siempre me ha atraído el mar, me ha gustado aspirar el inconfundible y acre olor de la brea, oír el chirriar de las grúas del puerto, admirar el lento vuelo de las gaviotas y contemplar su inquieta superficie. Por eso, siempre que puedo, vengo a mirarlo desde este sitio.

—Mira—me advierte "Pampanito", indicando con su largo brazo hacia el mar.

Sigo la dirección de su mano y veo un bar-

co de pasajeros que va entrando a la bahía, y la pequeña lancha del práctico que sale a su encuentro, tartamudeando por el trasero con las explosiones del motor. El barco es enorme, de alta y humeante chimenea roja. Luego, llega hasta nosotros el ronco bramido de la sirena.

—Me gusta el mar. Cuando termine el servicio voy a conseguirme algún puesto a bordo—digo monologando en voz alta, sin dirigirme a "Pampanito".

—¿Crees que es fácil conseguir eso?

—¿Por qué no puedo conseguirlo?

—Claro que puedes hacerlo, pero no es fácil.

Me enfrasco con "Pampanito" en una discusión inútil, sin calor, sosteniendo ambos nuestros puntos de vista sin tratar de convencer al otro. Creo que lo hacemos por conversar algo, por satisfacer a la lengua. Nos sentimos bien con nuestro cigarrillo en los labios, y esta satisfacción es la que nos hace discutir amigablemente. Estoy seguro de que si esta diferencia de apreciaciones sobre las

posibilidades de ocuparme a bordo se hubiera suscitado en el interior de la cuadra, donde nos sentíamos oprimidos y molestos, habríamos estallado en insultos groseros y habría habido escándalo.

—Tengo ganas de ver la calle—me dice "Pampanito", cambiando de tema sin transición, como si hubiera estado pensando únicamente en eso.

—¿Cuándo tendremos la primera salida?

—A fines de mayo—dicen algunos.

Todos ardemos en deseos de salir a la calle. Para nosotros, esto es una cárcel. Más aún, es el purgatorio. Esperamos con ansias el día que tarda en llegar para nuestra impaciencia.

Encendemos un cigarrillo. El viento helado nos está entumeciendo los miembros y la humedad se nos cuela a través del capote; pero estamos tan bien aquí, mirando el mar y la lluvia, con el cigarrillo humeante entre los labios, que no pensamos en abandonar nuestro refugio.

—¡A formar la Cuarta, afuera todo el

mundo! ¡A formar la Cuarta!—truena la voz del sargento Neira.

Damos una última chupada al cigarrillo antes de arrojarlo. "Pampanito" protesta con palabrotas de grueso calibre. Por mi parte, enfurruñado, mascullo injurias contra el sargento. El lodo está resbaladizo y apenas podemos trotar, patinando y haciendo esfuerzos por mantener el equilibrio sobre un suelo de jabón.

—¡¡A FORMAR LA CUARTAAAA!!

* * *

Ahora se nos está enseñando a saludar militarmente, lo que nos sugiere que dentro de poco saldremos a la calle. El sargento Neira se ha erguido a un costado de la compañía, y debemos pasar frente a él y hacer el saludo reglamentario, llevándonos la mano a la visera cinco pasos antes del sitio en que se encuentra. Hacemos los movimientos con energía y desenvoltura, como se nos ha ordenado. Pero el sargento lo encuentra todo

malo. Repetimos el saludo hasta el cansancio.

—Atrás—repite, desaprobando el saludo de los reclutas que pasan frente a él, con paso desenvuelto y marcial.

—Soldados de juguete, marmajas que han caído por casualidad dentro del uniforme. ¿Van a salir así a la calle, saludando como si se espantaran una mosca que les pica la oreja? ¡Atrás todos! ¡Carrera marrrr, tenderse, levantarse, tenderse, levantarse!

Con la lluvia reciente el patio está convertido en un lodazal y hay que tenderse donde nos encuentra la voz de mando. Para no enfangarnos flexionamos los brazos, tratando de no tocar el suelo, pero este esfuerzo nos agota. Nos levantamos con las palmas de las manos embadurnadas de barro y manchas negras en las rodillas. Negri ha tenido poca suerte. Ha resbalado y su uniforme de loneta blanca está manchado desde la barriga hasta el pecho.

—Vamos a ver ahora, reclutas. Creo que esta vez lo haremos mejor.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Y repetimos el saludo durante una hora, hasta que los músculos del hombro nos causan daño. A mí me encuentra todo malo. Me reprocha la posición de la mano, el movimiento de la cabeza y la distancia mal calculada. Por último, me dice con sorna que cuando camino parece que voy bailando una polca. Repito la lección hasta el cansancio, hasta la exasperación, pero mi instructor lo encuentra siempre malo. Me dan deseos de echarlo a la mierda. Allá estaría bien, en su elemento, el chancho endemoniado.

En seguida, sin darnos tregua, nos conduce a la instrucción de armas pesadas. Cuatro reclutas traen una ametralladora y la colocan cuidadosamente sobre la tierra. La miramos con auténtica curiosidad, como a un bicho raro que sólo ahora nos es posible admirar a corta distancia.

—Formar un círculo—ordena el sargento.

Obedecemos y ahora todos podemos examinar el arma a la que hemos sido destinados. El sargento, en medio del círculo y al lado de la ametralladora, nos explica con to-

no de alta superioridad, delatando en todas sus palabras el íntimo desprecio que siente hacia nuestra ignorancia civil:

—Esta es una ametralladora Hockiss, modelo alemán, reformada por los japoneses. Dispara trescientos cincuenta proyectiles por minuto. Es necesario que se den cuenta de lo que significa esto. Es decir, que una sola ametralladora hace el servicio de dos compañías de fusileros completas. El calentamiento del cañón se retarda por medio del aire que circula por los radiadores. En la última guerra europea esta arma dió espléndidos resultados, superando todas las expectativas. Hubo casos en que una sola ametralladora bien ubicada pudo detener a un batallón en avance descubierto. ¿Hay alguna objeción que hacer o alguna pregunta que formular?

—Buena ametralladora para matar gorriones—comenta Román, en voz baja, como si hablara consigo mismo.

—¿Qué dices tú, recluta? Repite lo que has dicho. ¡Repite, he ordenado!

—Dije que es una buena ametralladora para matar gorriones, mi sargento.

—¿Eso has dicho, animal? ¿Quieres ir a parar al calabozo por insubordinación? ¿Quién te ha autorizado para hablar en las filas sin que se te interrogue? ¿Y si yo te dijera que con una de estas mismas ametralladoras he cazado subversivos en "La Coruña"?

—Yo no sé nada de eso, mi sargento.

—¡Silencio, animal! ¿Te he preguntado algo?

—No, mi sargento.

—¿Por qué hablas, entonces? Vamos a ver, responde. ¿Por qué hablas cuando nadie te ha interrogado, idiota? El recluta escucha y calla. Sólo habla cuando se le pregunta algo o cuando se le autoriza para hacerlo. ¿Entendido?

—Entendido.

—¿Qué has dicho, recluta? Esto es el colmo. ¿No te han enseñado cómo debes de responder a un superior jerárquico o te estás insubordinando premeditamente?

—Fué un olvido, mi sargento.

—Bueno. Para refrescarte la memoria vas a tener dos horas de castigo, con equipo completo y vas a lavar la fuente durante el resto de la semana.

Y luego continúa, con un cómico aire de suficiencia, la monótona instrucción teórica y práctica de la ametralladora, que permanece al centro del círculo que forma la compañía, semejante a un extraño monstruo de acero, negro e inofensivo mientras no lo agita la mano del hombre. Observo el arma con atención y pienso que con ese mismo acero pudo haberse fabricado un magnífico arado para roturar los campos de Chile, los campos de mi tierra colchagüina, donde he visto a los campesinos y sus arados de madera, arrastrados por la dulce mansedumbre de los bueyes.

* * *

Marcoleta, de la primera escuadra, salta de alegría. Ha recibido un regalo de su casa, con una carta de su madre. Corre hacia

la cuadra y abre el paquete con impaciencia, rodeado de un grupo de curiosos que desean participar del festín del afortunado. Marcoleta, mientras desata nudos y rompe la tela, nos participa que su madre vive en Cunaco, al cuidado de un hermano menor.

—¿Dónde queda Cunaco?—pregunta un recluta moreno, con aspecto despectivo, orgulloso de ser porteño.

—¿Qué dónde queda Cunaco? ¿No has estudiado nunca geografía, entonces?

—Sí. Claro que he estudiado, pero a Cunaco no lo han tomado en cuenta en los mapas. Me parece que no es la capital de Chile, ¿no es cierto?

—No, seguramente no es la capital de Chile, pero eso no importa. En mi tierra hay de todo en abundancia y si tomaras un potrillo de chicha cruda de Colchagua, se te hincha la jeta para toda la vida. Y los vinos, ¡ayayay, compañerito!, parecen miados de ángeles.

—¡Ja, ja, ja!

A medida que Marcoleta extrae trapos y

papeles, se va sintiendo una hedentina putrefacta que hiere el olfato, y luego aparece una caja de lata a medio cerrar. La abre por completo. Dentro hay un ave podrida, verdosa, repugnante. Los cigarrillos, el dulce de membrillo y un kilo de azúcar, se han manchado con la inmundicia. Marcoleta está desconcertado y las pupilas se le empañan a pesar de sus esfuerzos por serenarse.

—Qué lástima—murmura—. ¡Cuánto le habrá costado todo esto a la pobre vieja!

Toda la ternura de la madre ausente ha llegado con aquel mensaje del sur. Permanecemos en silencio, nos miramos a las caras y hacemos ademán de alejarnos. Marcoleta nos llama con voz trémula.

—¡Eh, tomen!

Y nos regala cigarrillos, salvados de la catástrofe. Y entonces todos tenemos un gesto espontáneo. Hacemos bromas a nuestro compañero y para que olvide su congoja lo llevamos a la cantina para festejarlo con un jarro de café. Mientras atravesamos el patio, Román comenta el incidente a su manera.

—Esa gallina no se puede perder. Hay que aprovecharla. Se la regalaremos al sargento Neira con nuestros respetos. ¿No les parece que le debemos manifestar nuestros agradecimientos en alguna forma digna de su persona? Propongo que lo hagamos esta misma tarde.

—¡Qué idea más macanuda, hombre! Pero, vamos a ver una cosa, un pequeño detalle, ¿quién se encargará de entregarle el regalo a nombre de los reclutas de la tercera escuadra? ¿Lo harías tú, Román?

—Claro que lo haría en homenaje a ustedes, aunque la misión no es muy agradable. No me gusta mirarle la cara a ese orangután uniformado. Les aseguro que va a estar muy agradecido por el regalo, porque debe de alimentarse de cosas parecidas ¿Y se fijan en el tonito doctoral cuando habla de la ametralladora? Ja, ja, ja. Me gustaría saber cuántos años le ha costado aprenderse de memoria las diferentes piezas de la ametralladora.

—¿Y qué me dicen cuando habla de la balística?

—¿Qué le habrán hecho los obreros a ese imbécil para que los haya ametrallado en "La Coruña"?

—¿Pero tú crees todas esas mentiras? Ese no ha disparado nunca un tiro contra nadie. Es valiente con nosotros, pero le llega a tiritar la barba cuando lo reta el capitán.

Siguen los chistes y las bromas y las carcajadas saltan hacia la amplitud del patio inundado de sol, en el que vagan algunos reclutas silenciosos, cohibidos, que nos miran sonrientes, extrañados de nuestra alegría ruidosa. Hasta Marcoleta, que marcha taciturno a nuestro lado, ha decidido desprenderse de su angustia y ríe con toda su alma, olvidado por completo de la gallina. Y eso era lo que nosotros deseábamos.

* * *

Ahora nos corresponde aseo y costura, de acuerdo con la directiva, y aquí estamos al abrigo de la cuadra, bajo la vigilancia del cabo Cohan, pinchándonos los dedos torpes con la aguja.

—Un soldado debe saber hacerlo todo, desde matar a un hombre hasta pegar un botón—nos advierte el cabo Cohan.

Nos es permitido conversar. El tema es casi siempre el mismo: la próxima salida, cuya fecha ya sabemos que será el último día de mayo. El más entusiasmado parece ser Montaner, un recluta de la segunda escuadra, que hace proyectos para el primer día de salida, desde el momento que pise la calle hasta el retorno al cuartel.

—De aquí me voy derecho a la casa, de la casa a la Academia de Billares, de ahí al "Bar Marino", después a las "Torpederas", almuerzo en "El Castillo", bailo en los baños de "El Parque", tomo once en la Pastelería "Colón" y como donde me dé la gana. Como todavía me sobrarán algunas horas, me voy a encatrar donde la ñata Inés, me sacudo bien sacudido para desquitarme del encierro y aquí me tienen de vuelta en el cuartel con más ganas de salir que antes.

—Este está loco. Está delirando. ¿De dónde vas a sacar plata para los gastos, vamos a

ver? Y en algunas partes no admiten "congrios". Sólo reciben oficiales.

—¿De dónde voy a sacar plata? ¿Entonces tú crees que sólo dispongo de los quince pesos de sueldo? Me agrada tu preguntita, pero no quiero darte detalles de adonde saco el dinero para mis gastos. Lo que puedo decirte es que iré a todos los sitios que me dé la gana visitar.

—Y yo también puedo decirte que puedes ir adonde te dé la gana, pero recibirás también una buena ración de patadas en el culo. Así tratan a los "congrios" farsantes que se meten donde no los llaman.

El cabo Cohan levanta la cabeza de su libro de anotaciones, arruga el entrecejo y gruñe una frase sin convicción:

—Menos charla y más trabajo

—A su orden, mi cabo.

"Pampanito" hace vanos esfuerzos para enhebrar la aguja. Con los ojos entrecerrados, la sostiene con una mano como si sostuviera una viga y trata inútilmente de pasar

el hilo por la estrecha abertura. Le tiembla el pulso y termina por impacientarse.

—No hay derecho para obligarme a esto. Yo nunca he sido costurera.

Román cose lentamente con el ceño fruncido y permanece mirando por largo rato el trabajo que tiene entre sus manos. A todos nos han repartido uniformes usados por el contingente anterior y, naturalmente, hay bastante que remendar. A Román parece que le ha tocado lo peor. Duda, piensa, y vuelve a coser. Para él, vagabundo innato, los remiendos no significan nada nuevo. Mientras tanto, "Pampanito" sigue haciendo esfuerzos por enhebrar su aguja. La paciencia se le agota. Se levanta de su asiento, desdobla sus dos metros de longitud y se increpa a sí mismo:

—¡Enhebra la aguja, chascón!

Algunos ríen, pero el humor de "Pampanito" no está para bromas. Con el gesto avinagrado continúa empeñado en su tarea, sin conseguir su objeto. En cambio, Keller cose como una modista. Se diría que en su vida

no ha hecho otra cosa. Es un muchacho adaptable, tiene un alto espíritu militar, facilidad de asimilación, es respetuoso y buen compañero. Un hombre de cuartel, en suma.

El toque de retreta nos libera de esta tarde tediosa y ha sorprendido a "Pampanito" con la aguja en la mano. Nosotros, a pesar de nuestra voluntad, no lo hemos ayudado en su tarea porque nos está prohibido hacerlo. Me levanto con desgano, tomo colocación en el lugar que me corresponde en las filas y aguardo las voces de mando del cabo Cohan sin impaciencia, como algo que ya ha perdido su prestigio a fuerza de escucharlo a cada instante. Lo hago todo con movimientos reflejos, como un animal amaestrado. Siento el cuerpo laxo. Hay algo en mi organismo que no marcha bien. Quizás si una enfermedad repentina signifique mi liberación.

* * *

La diana me sorprende despierto. Apenas si he pegado los ojos durante la noche. Cuan-

do lograba dormir, tenía pesadillas atroces, mitológicas. Veía un enorme pájaro de alas negras que se cernía sobre mi cabeza en grandes círculos, descendiendo perceptiblemente. Yo estaba arrodillado en una colina, inmovilizado por cadenas invisibles. A medida que se acercaba el enorme pájaro, distinguía sus rasgos: la cabeza era una calavera humana, horrible, roja, y las garras encorvadas destilaban sangre. Descendió hasta tocarme. Sentí el roce de sus alas sobre mi cabeza. Grité con todas mis fuerzas, llamé desesperadamente a Román, pero mi voz se perdía en la distancia y no brotaba de mi garganta enronquecida.

El pájaro negro y repugnante se echó sobre mí. Quedé en una obscuridad pegajosa, desconcertante. Después, era el sargento Neira que me perseguía con el yatagán desenvainado, blandiéndolo sobre mi cabeza para asesinarme. Así, toda la noche. Temía dormirme. Para distraerme miraba los rostros de mis compañeros dormidos, contaba las vigas del techo o seguía con la vista las sinuosas

líneas obscuras de la pared encalada. La tos del cabo Cohan me acompañaba en el silencio. No lo veía, pero estaba ahí, en la pieza vecina, velando como yo. Tiene un color amarillo, casi verdoso, y estas noches heladas tienen que hacerle mal. Al amanecer, Negri se levantó medio dormido, como un sonámbulo, y se encaminó a la letrina. En la penumbra parecía un fantasma, avanzando con cuidado, silenciosamente.

—Negri—lo llamé con voz apagada.

Deseaba pedirle un poco de agua. No me oyó. Me duele la cabeza y la fiebre me abrasa. Al amanecer, la voz del cabo Cohan recorre la sala como un látigo invisible:

—¡Arriba todo el mundo, arriba todo el mundo!

"Todo el mundo" somos nosotros y hay que obedecer. Hago un poderoso esfuerzo y me levanto. La cabeza me da vueltas y soy incapaz de correr hacia los lavatorios. Me echo el capote sobre los hombros y quedo a la expectativa, con la toalla enrollada al cuello como una bufanda y las manos hundidas

en los bolsillos del pantalón. El cabo repara en mí.

—¿Qué le pasa, conscripto Medina? ¿Está enfermo?

—Sí, mi cabo—respondo, cuadrándome, desvirtuando mi estado de ánimo con la rapidez del movimiento inconsciente, regulado por la mágica fórmula de la voz de mando que significa la pregunta de un superior.

—¿Qué es lo que siente?

Explico mi malestar en pocas palabras.

—Bueno—murmura el cabo— Daré cuenta a mi capitán para que pase a la Enfermería. Por ahora quédese en la cuadra, pero en pie. Cuidado con acostarse—me previene—. Está prohibido hacerlo.

Ya mis compañeros se han lavado y vuelven presurosos para hacer sus camas. La noticia de que he amanecido enfermo se difunde con rapidez, pero nadie tiene tiempo de interrogarme, urgidos por la voz del cabo Cohan, que repite mecánicamente:

—¡Afuera todo el mundo, afuera todo el mundo! ¡Apurarse!

Algunos compañeros me miran con envidia. Envidian mi enfermedad, que me permitirá descansar algunos días en la Enfermería, liberado de los ejercicios diarios, de las carreras y de la presencia del sargento Neira. No me lo dicen, pero lo comprendo. Y quizás tengan razón. En su lugar, creo que yo haría lo mismo.

Quedo solo en la cuadra. Un intenso malestar me inmoviliza y cierro los ojos procurando dormir, retrepado sobre el muro en el rincón donde me encuentro. Hasta mí llegan los gritos de los instructores, como en un sueño: Tenderse, levantarse, tenderse, levantarse. Doy un suspiro de alivio, de egoísta satisfacción. Lo que es a mí, no me harán arrastrarme hasta una semana más, por lo menos. Pienso en mis compañeros y los veo en mi imaginación arrastrándose, sudorosos y agotados. Pero no los compadezco. No se me ocurre hacerlo. Me siento bien aquí, en la soledad de la cuadra, a pesar de mis dolencias, y mi egoísmo humano sólo me per-



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

mite en este caso ser un mudo espectador que trata de solucionar su propio problema.

—Un, dos, tres cuatro. Un, dos, tres, cuatro.

Distintamente llegan hasta mí las voces de mis compañeros.

—Están formando escuadras—pienso, y mentalmente los veo evolucionar nerviosos, apresurados, temerosos de un insulto o de un castigo.

—Un, dos, tres, cuatro. Un, dos, tres, cuatro.

Se me pega la cantinela en los oídos. La repito como una distracción. Mi cabeza es una enorme campana y mis pensamientos hechos jirones son un montón de hojas secas ascendiendo en un remolino de fiebre y de vigilia.

—Un, dos, tres, cuatro. Un, dos, tres, cuatro.

* * *

Ahora estoy de espaldas en una blanca cama de la Enfermería, con fundas y sábanas

limpias. Esto es mucho mejor que el duro jergón de la cuadra. Siento placer en volver a reposar en un lecho decente y limpio. La atención no es esmerada, pero a mí no me hace falta. Al soldado enfermero no le interesa el estado de salud de los reclutas, y sólo se acerca a los enfermos cuando se manifiesta en ellos alguna imperiosa necesidad. En la mañana estuvo el mayor cirujano y examinó a los nuevos ingresados.

—¿Qué tienes?—me interrogó con tono duro y autoritario, como si considerara un delito el haberme enfermado.

—Fiebre y dolor de cabeza, mi mayor.

—Salicilato y purgante—recetó sin mirarme, dirigiéndose al sargento que lo acompañaba. Oí que repetía esta misma receta a varios compañeros. A mi derecha hay un muchacho extremadamente flaco, perteneciente a la primera compañía. Tiene gripe y se queja de dolor de estómago. Escupe, tose y se revuelve, oculta la cara debajo de las sábanas y solloza en silencio. Esto no tiene nada de divertido. No me agradan estas esce-

nas porque nunca encuentro palabras para atenuar el dolor ajeno. Lo miro en silencio y me atrevo a llamarlo:

—Compañero. ¡Compañero!

No obtengo respuesta. Por los movimientos convulsivos de su cuerpo comprendo que llora. Ahora veo que no es tan agradable caer en la Enfermería. Aquí, al igual que en las filas, también se sufre. Pero ahora no puedo pensar con claridad. La fiebre desbanda mis pensamientos, semejantes a pájaros asustados y trato en vano de atraparlos, de volverlos a la realidad que me circunda. Cierro los ojos y veo que se cierne de nuevo sobre mí el enorme y grotesco pajarraco de alas negras para cobijarme bajo su cuerpo, aplastándome el corazón. Sueño cosas disparatadas. Grito y pido socorro, pero mi esperanza es vana. Nadie viene en mi auxilio. Estoy solo, absolutamente solo, de rodillas sobre la colina.

* * *

Me despierta el enfermero de turno. Un sueño espeso se pega tenazmente a mis párpados y enturbia mi cerebro cansado. Me cuesta volver a la realidad. Miro con curiosidad al hombre que me habla cosas que no oigo o no entiendo, y poco a poco, trabajosamente, luchando con la maraña de mis pensamientos, logro darme cuenta donde estoy. Comprendo lo que me ofrece el hombre de aspecto malhumorado: es el purgante de aceite de castor. Lo cojo y lo bebo. ¡Qué diablos! Hay que resignarse. Es inútil luchar contra este tiranuelo vestido de gris. ¿Y si me rebelara y le arrojara el purgante por la cabeza? ¿Qué pasaría? ¿Me llevarían ante un consejo de guerra por esa insignificancia? Siento vivos deseos de hacer la experiencia, pero de pronto me doy cuenta de que ya me he bebido el contenido íntegro del vaso.

Es la maldita fiebre la que me hace pensar cosas disparatadas. Este hombre me está

ofreciendo un remedio recetado por el cirujano y debo agradecérselo, aunque su aspecto no sea agradable y tenga cara de imbécil. Abatido, caigo en una especie de somnolencia que no me impide escuchar los ruidos que hay a mi alrededor. Escucho la tos de mi vecino. Un, dos, tres, cuatro. Sí. Eso es. Veo en mi imaginación las escuadras formadas, marchando a un mismo compás. Divago, vuelvo a la realidad, asciendo por las espirales del delirio y retorno a mi lecho, junto a la tos de mi compañero. Todo el día así. A pesar de mi dolencia, me doy cuenta de mi situación. De buenas ganas cambiaría mi lugar por cualquiera de los compañeros que envidiaban mi enfermedad. Esto yo no lo esperaba. La fiebre me abrasa y creo que lo voy a pasar mal. Un, dos, tres, cuatro. Prefiero estar sano, aunque tenga que arrastrarme desde la diana hasta la retreta Sí, mi capitán. Lo prefiero. Un, dos, tres, cuatro.

* * *

Hoy amanecí un poco mejor. El cirujano me ha tomado el pulso con indiferencia, sorbió una gota de líquido espeso que se le escurría por la nariz y permaneció en silencio. Pero me siento mejor. La temperatura ha descendido y tengo un poco de apetito. El síntoma más palpable de mi mejoría es el interés que demuestro por la realidad que me circunda. El muchacho de la derecha, tan pálido como las sábanas de su lecho, tose intermitentemente y sigue quejándose del estómago. Ahora vomita todo lo que traga. Pienso que deberían avisar a los padres de este muchacho. Aquí no se preocupan de él ni de nadie. El enfermero lo mira, le da a beber una pócima amarga que el recluta traga haciendo visajes, y nada más. Creo que reventará pronto. Es un esqueleto. Me decido a interrogarlo.

—¿Desde cuándo está aquí, compañero?

—Hace cerca de un mes. Me enfermé en los primeros días del ingreso.

—¿No ha venido a verlo su familia?

—No. Mi familia es del sur, de Santa Juana.

El recuerdo del hogar le da tema para la charla. Me habla de sus padres, de una hermana casada con un colono alemán, propietario de una quinta, de sus correrías por Temuco y su cerro Ñielol, por Concepción y el Caracol, por Lota y su Parque legendario. Ha trabajado en las minas de carbón de Máfil. Allá se enfermó del pulmón derecho. Los médicos lo mandaron a Quilpué. Y ahora está aquí, al lado mío, convertido en un esqueleto parlante.

—Quiero irme a mi casa. Aquí me voy a morir—repite con insistencia.

Tiene crisis nerviosas que estallan en llanto o permanece sumergido en largos marasmos que me inquietan Está realmente mal. En cambio, mi vecino de la izquierda parece que estuviera en el mejor de los mundos. Ríe, charla, hace bromas, se levanta a escondidas y manotea como un poseído. La pizarra, colgada al respaldo de su catre, tiene un

número de orden y una leyenda explicativa: "Prostatitis".

Afuera ha empezado a llover. A través de los ventanales veo caer la lluvia gruesa y compacta. Pienso en mis compañeros. Estarán bajo los pabellones del edificio en construcción o encerrados en la cuadra como rebaño en un corral. Y el sargento Neira estará ensañado con los reclutas de la tercera escuadra. Evoco los rostros de "Pampanito", Negri, Tudela y Gana. Los rostros de todos. Les paso revista, uno por uno. Esta es una manera de ocupar mi imaginación. Me lo obliga mi monomanía pensativa. Recuerdo las miradas de envidia de mis compañeros cuando quedé en la cuadra y ellos se marcharon a los ejercicios diarios. Una envidia franca, justificada, sin recelos.

* * *

Por la noche la lluvia arrecia. Escucho el viento que viene desde el mar y que pasa aullando por los eucaliptos que se doblan su-

misos, haciendo reverencias a la distancia. En el silencio de la noche los ruidos se agigantan. La tos de Barreto, mi vecino, suena hueca, alarmante. Pero las crisis nerviosas no se han repetido. Ha conversado tranquilamente y me ha dicho que si lo dan de baja por inútil regresará a su tierra, aunque se pudra en la humedad. Lo escucho en silencio. Todos sus pensamientos están conectados con la casa lejana, con el hogar tibio y acogedor. Es un nostálgico enfermizo. Me confiesa que le gusta la música y la buena lectura. Aquí tiene que olvidarse de todo eso. En el regimiento no hay más música que las órdenes de los cornetas y las marchas que ensaya la banda instrumental para los futuros desfiles. No es una música selecta, por cierto. La sensibilidad hiperestesiada de mi compañero, se evidencia en las violentas crisis nerviosas que lo sacuden a menudo. Parece que exagerara su mal, pero no premeditadamente para inspirar compasión, sino por una especie de sádica crueldad consigo mismo, como si quisiera expiar el pecado de

haber huído de su hogar. No es muy fácil adivinarlo. Mi compañero tiene un temperamento complejo. Ahora parece que duerme. A la escasa luz de las ampolletas veo sus ojos cerrados, su nariz afilada y sus mejillas hundidas. Respira tranquilamente. Como he dormido en el día, no puedo conciliar el sueño. Esto es desesperante.

—Duérmete, canalla, estúpido, idiota—me insulto a mí mismo.

Pero el sueño no viene. Es un pequeño duende juguetón que se escapa de mis manos, haciendo cabriolas para burlarse de mi desamparo. Recuerdo que alguien me ha dicho que el mejor remedio contra el insomnio es contar hasta cien y ensayo el procedimiento. Pero todo es inútil. Logro llegar a cincuenta y de improviso me encuentro pensando cosas disparatadas. ¿Qué hacerle?

La lluvia y el viento han cesado del todo. Ahora las respiraciones se escuchan más acompasadamente en el silencio de la sala. El enfermero de turno, con su largo capote y calzado con sigilosas alpargatas, atraviesa

la sala con gesto cansado y soñoliento. Es un soldado joven, rubio, algo brusco y desconfiado. Le cuesta creer en la enfermedad de los reclutas. Piensa que todos llegan a la Enfermería huyendo de los ejercicios y de la vida en las filas. A Barreto, a pesar de su estado, le ha reprendido con severidad para calmar sus crisis nerviosas.

—Hay que hacerse a hombre, jovencito. La milicia es la milicia. Aquí no hay regalones. No crea que va a conseguir algo con sus lloriqueos. Los maricones son los que lo pasan peor.

Ahora lo veo pasar delante de mi cama, con los ojos bajos, mirándose la punta de los zapatos. Al amanecer, vuelvo a escuchar el rumor de la lluvia que azota los cristales, y luego, llega hasta mis oídos, debilitado por la distancia, un vigoroso concierto de relinchos.

Esta monotonía me comienza a cansar. Todo el día echado en el lecho sin sentir ninguna dolencia. Sólo una ligera fiebre es lo que me obliga a guardar cama. El termóme-

tro marca insistentemente treinta y siete y medio grados y en las tardes la rayita de mercurio se alarga hasta alcanzar el número treinta y ocho. Ahí se detiene indecisa, sin poder avanzar. El cirujano me mira un instante durante sus breves visitas y arruga el entrecejo con gesto de disgusto, pero no receta ni dice una palabra. Examina la tabla de alteraciones de la temperatura y sigue a la cama vecina. A Barreto lo examina con más detención, lo hace contar mientras pega la oreja a su espalda, le toca el vientre, le formula algunas preguntas y se marcha. Ahora tengo la certeza de que nada podemos esperar de este hombre huraño y desconfiado. Sólo podemos confiar en las reacciones naturales de nuestros organismos o en las aspirinas que nos conseguimos de contrabando.

Los días largos, tediosos, se hacen más tristes por el mal tiempo persistente. No hay un rayo de sol que se cuele por los ventanales para iluminar el túnel de nuestras almas. A través de los vidrios, veo el cielo gris, gotean-

te, lagrimoso. Barreto continúa huraño y taciturno. Casi no habla. En cinco días hemos agotado todos los temas de conversación y ahora permanecemos con las miradas perdidas y las lenguas inmóviles. Para disipar el hastío, ocupo mi tiempo en mascullar pensamientos y en rumiar proyectos durante el día y la noche. Un insomnio sin fundamento me obliga a permanecer despierto mientras los demás duermen con gruñidos de satisfacción.

* * *

Hoy la Enfermería ha tomado un nuevo aspecto. Es domingo, día de visitas. Después de almuerzo han llegado los primeros visitantes: una anciana acompañada de una muchacha que cojea un poco al andar. Al penetrar a la sala se han sentido desorientadas y escrutan las caras de los enfermos para ubicar al que buscan. La madre demuestra ansiedad en sus arrugas, pero no se atreve a interrogar a los reclutas. Mira y observa. Nada más.

—¡Aquí estoy, mamita!

El grito ha salido desde un rincón de la sala y ambas mujeres se precipitan hacia allá. Se abrazan. Luego conversan en voz baja, con pudor de hembras entre un rebaño de hombres que agotan su curiosidad dirigiendo sus ojos hacia ellas, por haber sido las primeras visitas que suavizan con su presencia la monotonía del ambiente de hospital, saturado de un fuerte olor a yodoformo.

Después han llegado tantos visitantes que casi todas las camas se ven acompañadas. Llegan con paquetes y pequeñas cestas que abren encima de las camas, conversan, traen noticias de la calle y de los amigos ausentes. Se escuchan algunas risas sofocadas o sollozos disimulados. Cerca de mi lecho, una mujer conversa con su hijo. Su voz es opaca. Habla con visible temor, sin detenerse, como si rezara. En sus mejillas descarnadas y en sus andrajos delata su miseria.

—Te traje pan amasado. Eso te gusta, Chano.

—Sí, claro. Me ha gustado siempre. Pero, ¿para qué trajo tanto?

—Para que guardes para el resto de la semana. También te traje unos huevitos duros. Son de la gallina negra.

—No, no. Lléveselos. Yo tengo de todo aquí. A usted le hacen más falta que a mí.

La madre insiste en tono quejumbroso. El recluta coge el paquete, lo abre y empieza a comer con verdadera furia. Con la boca llena, tartamudea algunas frases:

—Cuídeme mucho las herramientas. Que no me las use nadie. No se las vaya a prestar a ningún vecino, pero si le falta plata para comer, llévelas a la agencia no más.

La madre lo tranquiliza mientras el muchacho continúa comiendo furiosamente, con los ojos mongólicos casi cerrados en un mudo gesto de satisfacción. La voz de la madre sigue rezando con tono opaco, avergonzada por la presencia de la gente que la circunda.

—Te hemos echado mucho de menos, Chano. Hace mucha falta tu ayuda en la casa. Los pobres no deberían venir a los cuar-

teles. He tenido que tomar más lavados para poder pagar el arriendo de la pieza, pero de todas maneras no me alcanza.

El muchacho la escucha en silencio. Su rostro es severo, decidido. Piensa y come, sin encontrar solución a su problema. Y la voz de la mujer continúa cayendo con la monótona eufonía de una plegaria.

—Oye, Chano, me he llevado pensando que podría hablar con el señor comandante del regimiento para que te dieran de baja... Me han dicho que a algunos los eximen por enfermos y a otros por pobreza. Tal vez pudiera conseguir algo.

—Esas son mentiras, señora. A los pobres no nos hacen caso. Déjeme aquí no más. Aguante hasta que salga y entonces ya quedaré libre para siempre.

—Dicen que el señor comandante es muy bueno. Yo no pierdo la esperanza. Con hablar no se pierde nada.

—Haga lo que quiera. A los pobres no nos hacen caso.

—Así es, hijo. Los pobres no conseguimos

nada. Pero de todas maneras hablaré. Aquí deberían venir los hijos de los ricos. Ellos no tienen nada que perder.

—¿Y el Pedro no la ayuda?

—Algunas veces. Casi no lo veo en la casa. Es tan joven todavía. No lo reciben en ninguna fábrica. Pero algo gana como "cortero".

La voz de la mujer se humedece, se adelgaza y se quiebra en un llanto silencioso. El muchacho la mira mudo, con un profundo surco de reflexión en la frente, mientras hurga en su cabeza alguna palabra de consuelo. Pero no se le ocurre nada. La vida lo ha cogido de sorpresa y ahí está, inmóvil, encadenado a su destino, impotente frente a la angustia de su madre harapienta.

Hay algunas camas donde no se ha acercado nadie. Son los que no tienen parientes en la ciudad. Entre éstos, estamos Barreto y yo. Miramos sin comentar. Barreto, para dominar el panorama, se ha retrepado sobre las barras del catre. Así, de perfil, se ve extremadamente flaco. Algunas mujeres lo miran con

insistencia y murmuran palabras de compasión. Barreto parece no darse cuenta de su aspecto. Con la barba crecida sombreándole el rostro, los ojos dolorosos y mansos y las manos exangües cruzadas sobre el lecho, da la impresión de que está en sus últimos momentos.

Se escuchan risas femeninas y me persigue un olor a polvos, un inconfundible olor a mujer. Esto me excita. Finjo dormir y mi imaginación se puebla de mujeres desnudas que danzan y huyen provocativamente, haciendo temblar sus nalgas opulentas. Y para calmarme un poco, me prometo a mí mismo satisfacerme en la primera salida que haga a la calle.

A medida que se acerca la hora fijada por los reglamentos, los visitantes empiezan a abandonar la sala. Algunas madres esperan hasta el último minuto. Una viejecita con rostro de nuez, temblorosa, es la última en retirarse. El soldado enfermero la requiere con brusquedad:

—Ya se ha pasado la hora, señora. Hasta las seis, no más.

La anciana lo mira confusa y sonriente, y aun permanece un corto instante al lado de su hijo. Después lo besa en la cara y se retira lentamente, caminando con dificultad. Ya en la puerta, se detiene y vuelve la cabeza por última vez, enjugándose los ojos con el dorso de la mano.

La sigo con la vista hasta que desaparece su silueta frágil en la puerta de salida. Le ha dejado al muchacho algunas golosinas sobre la cama, pero el enfermero se acerca y lo recoge todo.

—No puede comer esas cosas. Prohibición de mi mayor-cirujano—explica autoritariamente.

El recluta está enfermo de la barriga y hace dos días que no prueba bocado. Observa en silencio los movimientos del enfermero y lo crucifica con la vista cuando se aleja con las golosinas, murmurando algunas palabras de protesta que bien podría habérselas ahorrado, pues de nada le sirven ni le servirán

mientras permanezca en el recinto del cuartel. Y ahora que se han ido los visitantes, sentimos con más fuerza la soledad y la nostalgia de los que nos pertenecen.

* * *

Hoy me han dado de alta. Abandono el lecho, pero debo permancer un día más en la Enfermería, antes de volver a las filas. Barreto no abandona su mutismo, aunque está mucho mejor. Me observa en silencio mientras me levanto y creo interpretar una justificada envidia en su mirada. Llegué después que él y que muchos otros y no tardo en salir casi tan vigoroso como antes.

Estoy feliz de sentirme sano nuevamente y deseo reunirme pronto con mis compañeros de la compañía. He permanecido diez días distanciado de sus voces. Quiero estar con ellos, sufrir y reírnos juntos, preparar café en el bosque, respirando el acre olor de la tierra húmeda y hacer proyectos para nuestro primer día de salida a la calle.

* * *

Escribo con el alma rota. Toda la alegría del retorno se me ha trocado en desaliento. Por la mañana, el primer abrazo fué de Román. La compañía estaba desayunándose en la penumbra del amanecer. A través del relente me era difícil distinguir a mis compañeros, algunos con el cuello del capote alzado para protegerse del cortante frío de la madrugada.

El sargento Neira estaba de servicio. Me recibió fríamente, con manifiesta hostilidad, como si hubiera cometido un delito al enfermarme. Pero, a pesar de eso, me sentía alegre de encontrarme de nuevo entre mis compañeros, y ellos mostrábanse contentos por mi retorno. Y de pronto vino el derrumbe de mi alegría.

—¡A formar!—ordena el sargento. Me sorprende la rapidez de movimientos de mis compañeros. Agiles, sin vacilaciones, toman colocación en las columnas por hileras. Yo

titubeo un poco. No recuerdo exactamente mi lugar en las filas, pero Román y Keller me dejan un hueco y me llaman con un gesto significativo.

—¡Atención, firrrrr! ¡Aline...aarrrr! Vista al frenttt. A la de...rréeee. De frente... marrr.

Las voces de mando rápidas, enérgicas, me desconciertan, pero mis compañeros las cumplen con presteza, como si no hubieran hecho otra cosa durante toda su vida. Es el progreso de diez días de intenso trabajo. Lo noto en el ritmo desenvuelto de la marcha, en el bracéar airoso y en el compás inalterable. Todo esto me ha pillado tan de sorpresa que aumenta mi desconcierto. Sin quererlo, pierdo el compás de la marcha.

—¡Medina! ¡Conscripto Medina, tome el compás! Kerrr, dos, tres, cuatro. Kerrr, dos, tres, cuatro—grita el sargento, morado de indignación.

Presuroso, hago pasos de vals para tomar el compás de la compañía, pero luego, por una torpe nerviosidad, me sorprendo nueva-

mente con el paso cambiado, mientras Keller me pisa los talones.

—¡Toma el paso, animal!—ruge el instructor con un gesto feroz.

—Este es el jovencito enfermizo. Yo te voy a enseñar a marchar, boquiabierto. En mi escuadra no quiero maricas que se deshacen con el agua tibia.

Y a continuación ordena una serie de movimientos y despliegues de la escuadra, emitiendo órdenes que escucho por primera vez. El sargento me hace su víctima. Estoy indefenso en sus manos.

—¿Qué estás haciendo ahí, imbécil? ¡Toma tu colocación, idiota!

Claro, por mi culpa, todos los ejercicios salen malos y el sargento, como castigo, nos hace tendernos, levantarnos y arrastrarnos durante cinco minutos.

Mis compañeros me miran furiosos. En realidad, soy culpable de todo, pero nadie sufre más que yo. Ellos están endurecidos por el ejercicio diario y, en cambio, yo he saltado de la cama a las filas, del reposo al

ejercicio violento y me son más penosas las carreras y flexiones. Pero muerdo mi cansancio. No quiero que el sargento goce con mi sufrimiento. Apreto las mandíbulas y respiro con fuerza, con verdadera furia, para dominar mi agotamiento.

—¡Kerrr, dos, tres, cuatro! ¡Kerrr, dos, tres, cuatro! Medina, con el paso cambiado. ¡A ti te digo, idiota, cambia el paso! ¡La cabeza alta, el pecho afuera, barrigón!

Toda la mañana es un suplicio. Cuando me enfermé, hubo compañeros que me miraron con envidia. Ahora los invidio yo. Estoy pagando caro mi descanso forzoso y estimo que lo seguiré pagando varios días, hasta que logre asimilar la instrucción impartida a mis camaradas y hasta que mi organismo se acostumbre al esfuerzo exigido.

Ahora estoy deshecho. Me duele todo el cuerpo. Sólo tengo un deseo: escuchar el toque de retreta para cobijarme en mi lecho de paja. Aun me parece escuchar la eterna cantinela del sargento, marcándome el com-

pás: Kerrr, dos, tres, cuatro. ¡Eh, conscripto Medina, toma el compás de marcha! Kerrr, dos, tres, cuatro. Así, hasta en el sueño.

* * *

Hoy amaneció un día claro y hermoso. Después de varias semanas de mal tiempo, esto es una verdadera fiesta de luz y de color. De la tierra húmeda se levanta una ligera gasa vaporosa que se diluye en el aire. El mar azul, suavemente rizado, ha perdido su aspecto agresivo. Las embarcaciones lo cruzan en el radio de los muelles y los grandes barcos anclados en la bahía fuman filosóficamente sus pipas negras, amarillas y rojas, vomitando espesas columnas de humo que se elevan, se agrandan y son arrastradas por el viento hacia los cerros.

Román me muestra su refugio. En una depresión del terreno que nos protege del viento helado que sopla desde el mar, en un ángulo del bosque, apartado de las miradas curiosas o investigadoras de los suboficiales,

ha construído una pequeña cocina con la ayuda de algunos ladrillos y dos trozos de fierros. Un tarro vacío de conservas le sirve de tetera.

—Yo mismo me hago el café ahora—me participa con entusiasmo—. No quiero seguir engordando al chancho de la cantina.

Encendemos fuego con hojas secas y trozos de ramas que recogemos en el bosque y en seguida, nos sentamos a charlar.

—Oye, Mario, ¿qué te parece que hagamos una sociedad? Yo pongo el café y tú pones el azúcar y así tendremos café barato y bueno. En la cantina no creas que te venden café legítimo. Lo que vende ese cretino es carbón molido revuelto con café usado.

Acepto gustoso. En seguida me habla de lo que ha sucedido en la compañía durante mi ausencia. Me pone al corriente de una nueva treta del sargento. Cuando quiere castigar a un recluta y no encuentra pretexto para hacerlo, en la noche, mientras todos duermen, le corta un botón a la blusa o al capote de la futura víctima y al día siguien-

te pasa revista después de diana para no darle tiempo de reparar el daño. Entonces se impone el castigo. Me explica que Montaner lo ha visto hacer la operación durante la noche, jurando que es verdad. Yo lo pongo en duda. Montaner es capaz de jurar que ha visto al diablo.

También me cuenta que a Rore lo sorprendió el cabo Jara en prácticas onanistas y que desde entonces nuestro compañero es el blanco de las bromas de sus camaradas y de la sádica crueldad del sargento para recordarle con cualquier pretexto su pecado.

—No deberían mortificarlo. Bastante tiene con lo del sargento—digo a Román.

—No deberían, pero lo hacen Lo hacemos, mejor dicho. No sería honrado que lo negara. Pero es que Rore se lo merece por mariconcito. ¿Te acuerdas cuando denunció a la pieza de servicio porque no había barrido los comedores? ¿Se imaginaría que con eso se iba a ganar la voluntad del sargento? El otro día, alguien le amarró una laucha a la cabecera de la cama. Calcula el alboroto

que formaría cuando se fué a acostar y la laucha le saltaba por la cabeza. Llamaba a gritos al cabo de servicio, pero Marcoleta le dió un soplamocos para que se estuviera callado. Total, no hubo denuncia. Estamos todos de acuerdo que entre nosotros no aceptamos soplones.

La sirena de un barco brama sordamente y el eco le responde detrás de nosotros, golpeándose contra el cerro. Mientras tanto, miramos las lenguas rojas y oscilantes del fuego, esperando que hierva el agua. El humus despide un suave olor a humedad y a fermentación de hojas podridas. Y ese olor—lazarillo evocador de recuerdos—me conduce a la infancia lejana. Y me veo a mí mismo, vagando por un bosque austral en compañía de otros muchachos, hundiendo nuestros pies en la hojarasca blanda y pegajosa, respirando a pleno pulmón el ácido olor de los troncos quemados, negros y retorcidos, y comiendo dihueñes que brotaban en las axilas de los altos troncos de los robles. Pero aquel lejano olor austral, era libre y hermo-

so. Desde ahora en adelante, el aroma de tierra húmeda y hojas podridas tendrá para mí una nueva evocación y sugerencia: encierro, cansancio y terrible disciplina.

* * *

En los rostros hay alegría joven y sana que aborta en risotadas, golpes y carreras. Hay en los gestos y en las actitudes una animalidad robusta y sin complicaciones, que fluye sin esfuerzo, amplia y gratuita. "Pampanito" corre como un colegial en día de asueto, persiguiendo a Montaner que ladra de alegría. Se enlazan, forcejean y ruedan por el suelo en amistosa lucha. "Pampanito", al caer, es un campanario que se desploma. Y toda esta alegría obedece a una simple razón: hoy es día de pago.

Lo que nos alegra no es la promesa de recibir nuestro mísero salario, sino la certidumbre de que el pago nos significa una tarde de descanso absoluto, un paréntesis en las rudas tareas del aprendizaje militar. Por eso corre-

mos y saltamos, nos damos de trompadas y trepamos como monos por la empinada pendiente que tenemos frente a nuestra cuadra.

El corneta toca cambio de guardia. El aire se llena de notas altas y graves, rápidas y sostenidas, voces de bronce que saltan desde la colina del cuartel, siguen más allá del muro de ladrillos rojos y de los tejados, hasta caer al mar, como pájaros heridos.

—¡Formar la cuarta compañía!

Bajo el mando del sargento nos encaminamos a las oficinas del contador del regimiento. Algunas compañías se han pagado y los reclutas retozan en el patio o se dirigen lentamente a la cantina. En el patio, frente a la Contaduría, debemos esperar largo rato. La tercera compañía se está pagando. A la primera ojeada dan la impresión de ser todos iguales. El uniforme y la edad nos convierten en hombres-series, cortados con el mismo molde, fundidos en el mismo crisol disciplinario. Por eso, cuando el espectador mira pasar un regimiento sólo ve piernas, brazos y cascos que se mueven rítmicamen-

te, al compás de la banda militar. El soldado, vivo o muerto, es siempre desconocido. Apenas un simple número. Nada más. Ni nada menos.

La inmovilidad y la prolongada espera comienzan a irritarnos En todas las lenguas hay blasfemias mudas que pugnan por liberarse y se asoman a las pupilas para evadirse de su prisión.

—¡Cuarta compañía!

Por fin nos toca el turno. Avanzamos de a uno en fondo, hasta que la cabeza de la compañía alcanza la ventanilla de pago. A medida que nos van llamando, nos cuadramos frente a la ventana. El teniente contador mira la lista, traza una raya al lado del sueldo devengado por el recluta y entrega el dinero.

—Amador Tudela.

—Presente, mi teniente.

—Cincuenta centavos—dice el contador, arrojando tres monedas sobre el alféizar de la ventana.

Tudela coge las monedas, las examina un

instante y hace un gesto cómico que hace reír a los conscriptos.

—Más orden, más orden. Este no es corral, caramba—grita el sargento.

La columna avanza lentamente. Por fin escucho mi nombre:

—Mario Medina.

—Presente, mi teniente.

—Ochenta centavos.

No es mucho lo que obtenemos. Nos pagan quince pesos mensuales y nos descuentan lavado, peluquería, cuota para pagar lavatorios, una fuente adquirida para el servicio de la compañía y el seguro de vida. Además, nos descuentan los vales que nos suministran durante el mes para adquirir café y útiles de aseo en la cantina. El día de mi ingreso al cuartel sólo tenía un billete de a cinco pesos en el bolsillo de mi pantalón. Era todo lo que poseía en el mundo. Pero ahora, esto es mucho peor. Gano quince pesos mensuales y debo correr desde el alba hasta la noche bajo la férula de un sargento que ha pasado a ser mi amo y al que debo obe-

decer ciegamente, pedirle permiso para hablar, debiendo responder todas sus preguntas con prontitud y respeto, por estúpidas que sean.

Para distraerme, hago sonar en mi bolsillo las cuatro monedas de mi sueldo. Cantan levemente. Hasta que nos ordenan retirarnos. Y entonces, casi sin darme cuenta, he tomado el camino de la cantina para comprar alguna bagatela que me endulce el estómago.

—¡Mario, eh, Mario!

Es la voz de Román. Está en lo alto de un tonel vacío, bebiendo una gaseosa, con la cara iluminada por un brochazo de alegría.

—¿Para qué pides café, animal? ¿No te acuerdas que tenemos sociedad para no engordar al chancho de la cantina?

—¿Qué es eso, señores? ¡Más orden, señores!—vocifera a cada instante el cantinero. Pero nadie lo escucha. El local está lleno y cada uno pide a gritos lo que necesita. Las carcajadas se cruzan como floretes. Es la alegría sana y animal que nos revienta con cual-

quier pretexto cuando respiramos aires de libertad. Hoy es día de pago y todo el mundo está alegre. Creo que el único imbécil que está triste soy yo. Merezco que me ahorquen.

* * *

Después del toque de silencio alguien empuja la puerta suavemente. Es una visita inesperada. El oficial de guardia, en su ronda nocturna, ha querido pasar a vernos. Es un teniente bajo, moreno, grueso, con rostro de araucano, enfundado en un flamante uniforme alemán. El sargento Neira acude presuroso y se cuadra ante su jefe, con el alma achatada por la disciplina jerárquica. El teniente murmura algunas palabras que no alcanzo a comprender y en seguida se pasea lentamente a lo largo de nuestra cuadra, observando los rostros de los reclutas. Todos finjimos dormir, pero cuando nos da las espaldas, abrimos los ojos y seguimos sus movimientos en silencio, acechando su actitud de puma hambriento.

El teniente parece que tiene pocos deseos de marcharse. Tal vez prefiere la atmósfera pestilente de la cuadra al aire frío y húmedo del exterior. Prolonga su paseo hasta la pieza vecina y vuelve lentamente, casi sin hacer ruido. De pronto, en el extremo opuesto de donde se encuentra, alguien desahoga el vientre en forma sonora. Se escuchan risas sofocadas.

—¡Silencio!—ordena el teniente.

El silencio es absoluto. El oficial de guardia, mudo, terco, herido, se dirige hacia el sitio de donde ha procedido la sonora detonación intestinal.

—¿Quién ha sido?—pregunta con voz ronca y rabiosa.

El silencio sigue siendo absoluto. La misma pregunta se repite dos, tres veces, cada vez más alto, con ira reconcentrada.

—¿Nadie sabe quién ha sido? Mire, sargento—gruñe, dirigiéndose a Neira—en vez de soldados tiene usted una tropa de maricones indecentes.

Se ve que quiere herirnos en el amor pro-

pio, pero sus palabras resbalan sobre nuestra sensibilidad acorazada, como el agua en el plumaje de un pato.

—¿Quién ha sido?—grita por última vez.

—¡Levantarse la compañía!

Obedecemos torpemente. Algunos ya dormitaban y se incorporan en sus lechos, mirando la escena con cara de estúpidos. No alcanzan a comprender la orden en toda su amplitud, pero imitan lo que ven hacer a sus compañeros: se levantan. Nos levantamos todos, dirigiendo al teniente miradas asesinas.

—¿Es posible—pienso—que suceda esto? ¿Es tan grave esa falta para que la compañía entera la purgue en conjunto? No importa. El teniente puede hacer lo que quiera, pero lo que nunca conseguirá de nosotros es el nombre del que cometió el "delito".

Cuando estamos vestidos, nos ordena salir al patio. Una fina garúa nos moja los rostros y las manos. Nos movemos como autómatas, sin una protesta, obedeciendo las ór-

denes del tiranuelo que nos tiene entre sus garras.

—¡Al trote, marrr!

La compañía trota a lo largo del patio, formando un círculo. Cuando nos alejamos del teniente y tenemos la certeza de que no nos puede oír, abrimos las válvulas de nuestro odio desesperado, para dejar libre escape a los insultos. Ya todos sabemos quién fué el autor: "Pampanito". El mismo lo ha confesado con remordimiento, con voz sofocada por el cansancio, mientras trotamos bajo la llovizna.

—Oigan... fuí yo... yo tengo la culpa de todo... Voy a decírselo al teniente. Oigan...

—No seas idiota—le dicen algunas voces—. Aunque trotemos toda la noche no se lo diremos al carajo.

—¡Altooooo!

La orden nos inmoviliza. Todos los pechos se han convertido en fuelles que soplan cansancio. Estamos agotados. Ahora parece que el señor teniente está satisfecho y nos or-

dena volver a la cuadra. Nos miramos los rostros enrojecidos, en los que se mezclan la lluvia y la transpiración, y buscamos los lechos mascullando nuestra impotencia.

Cuando el tiranuelo se marcha, damos un suspiro de alivio. Se oyen algunos insultos en voz baja, sincronizados con sonoros ronquidos de satisfacción. Yo sigo despierto largo rato. Todo insulto a la dignidad humana me pone violento. No lo puedo remediar.

Y, poco a poco, el sueño, sigilosamente, como una madre bondadosa, me cierra los párpados para sustraerme a la realidad.

* * *

En la vida de Román hay un pequeño misterio: la procedencia de sus cigarrillos. Todos los días se fuma una cajetilla y le sobran para repartir entre sus compañeros. Es un muchacho listo, despierto y con pocos escrúpulos. Ahora se ha conseguido una marmita vieja y ha botado el tarro de conservas como un trasto inútil, el que ha sido dispu-

tado violentamente entre dos reclutas de la segunda compañía.

Tenemos café en abundancia. Aquí estamos en un rincón del bosque. Algunas veves nos acompaña "Pampanito". fumando sus cigarrillos aromáticos. Pero luego se aburre y se marcha, disgustado por nuestro mutismo. Román habla poco y en eso nos parecemos. Ahora está frente a mí, con el cuello del capote subido para protegerse la nuca y las orejas del viento húmedo y helado que llega desde la playa, con las manos alargadas hacia la llama que crepita. Fuma en silencio, con gestos de viejo. Después de cada chupada, mira el cigarrillo y no lo arroja hasta que la colilla le quema los dedos. Entonces, inevitablemente, lo tira a lo hoguera.

Deseo preguntarle por la procedencia de los cigarrillos habanos que me obsequia, pero temo ser indiscreto. No quiero herirlo. Lo estimo demasiado para hacerle preguntas que quizás no quisiera contestarme. Es tan buen camarada, tan fraternal, que me causaría pena ofenderlo. Tiene todas las bue-

nas cualidades del hombre que ha tenido que abastecerse a sí mismo durante toda su vida. Algunas veces desaparece misteriosamente después del trabajo diario y llega cuando se acerca el toque de retreta.

—¿Dónde diablos te metes?—le pregunté en una ocasión.

Por toda respuesta me desarmó con una mirada irónica y me golpeó el hombro con fuerza, dejándome caer una de sus enormes manos proletarias. Creo que hace excursiones por las compañías vecinas, aunque nada me lo prueba. Mientras yo sea su amigo, nunca me faltará café ni cigarrillos. Y, por ahora, eso constituye toda mi felicidad.

* * *

Por fin ha llegado la fecha tan esperada. Hoy es domingo, día fijado para nuestra primera salida a la calle. Desde la diana andamos brincando de alegría, esperando la orden de vestirnos para salir. ¡Cuántas zozobras, desalientos y temores hemos tenido

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

que vencer desde nuestra llegada hasta este momento, amenazados constantemente de ser castigados con "un domingo sin salida", persuadidos de que esto significa lo más preciado para nosotros!

Nos ponemos ropa de salida, nos afeitamos y nos arreglamos lo mejor que podemos. Hay que causar buena impresión en la calle. El militar debe ser decoroso. En los últimos días se nos ha hablado bastante sobre esto y ya estamos convencidos de que nos conviene obedecer las instrucciones siempre que nos sepamos observados. Poco antes de las diez de la mañana, el sargento Neira nos llama a formar. Nunca habíamos cumplido una orden con tanta presteza. Estamos nerviosos. Montaner tartamudea sin motivo y Gana se rasca la punta de la nariz con taimada insistencia. Yo me siento ahogado e incómodo con el cuello duro de la guerrera y respiro con dificultad.

El sargento nos hace las últimas recomendaciones. El conscripto debe ser respetuoso, ordenado y serio en la calle, en los sitios pú-

blicos y en todo recinto donde se encuentre. Debe saludar correctamente a sus superiores, no debe llevar paquetes ni canastos voluminosos, excederse en la bebida ni cometer escándalos. Sobre todo, nos recomienda la puntualidad en la hora de recogida. El que llegue un segundo atrasado será penado con dos domingos sin salida. El que llegue borracho será incomunicado en el calabozo.

—Ya lo saben—termina sentencioso—. ¡Mucho cuidado con la hora de llegada!

En seguida nos lleva a la guardia, donde somos cuidadosamente revistados por el oficial de servicio, quien nos examina las orejas, las manos, los botones, buscando cualquier pretexto para llamarnos la atención. Frente a mí se detiene y me observa con insistencia. Me siento molesto con este examen mudo y prolongado. No me explico qué busca en mí; tal vez encontrará en mi rostro algún rasgo poco común; quizás le recordaré a un amigo. No. No puede ser eso. Su mirada es dura, helada, no refleja ni un átomo de simpatía. Lo miro de frente, con im-

pertinencia, con rabia sorda, para demostrarle mi rebeldía. Es el mismo teniente que nos obligó a trotar a medianoche. Por fin me libero de su mortificante insistencia y le toca el turno a Keller.

Luego, por primera vez desde que nos recogimos al cuartel, cruzamos la ancha puerta de rejas. Y ya estamos en la calle. Nos dispersamos en todas direcciones y perdemos la compostura tan recomendada. Se acerca un tranvía y todos quieren trepar sobre la marcha. En breves instantes el vehículo se ha convertido en un racimo humano y en ese mismo momento se escucha una voz autoritaria que sale desde la puerta del cuartel:

—¡Abajo todo el mundo!

Pero nadie lo escucha. El tranvía, haciendo rechinar los frenos, ha reemprendido la marcha y se aleja velozmente con su carga humana. Todos quieren llegar pronto a sus casas. Román y yo marchamos sin apresurarnos. Casi no hablamos, pero estamos contentos de estar en la calle, de ver almacenes, tiendas, carruajes, perros y gente de toda cla-

se. Como no tenemos hogar, no llevamos rumbo determinado. Pronto arribamos al Paseo Veintiuno de Mayo. Desde la altura, los barcos se ven inmóviles, sobre una tersa lámina de estaño, las gentes parecen larvas y los vehículos se arrastran perezosamente. El ascensor "Artillería" se ve ahito de uniformes. Nosotros bajamos a pie. Ni Román ni yo tenemos dinero, pero llevamos buena provisión de cigarrillos. El almuerzo no me preocupa. Estoy feliz de sentirme libre y eso me basta. Respiro hondamente, liberado de la disciplina, de los ejercicios y de los insultos del sargento Neira. Llegamos al centro de la ciudad, al barrio del puerto. El bullicio arrecia con cada vehículo que arranca haciendo gemir los motores y dejando una irritante estela de combustible quemado. De pronto Román me abandona, pidiéndome que lo aguarde. Luego retorna triunfante, agitando sobre su cabeza un boleto de agencia. Comprendo que ha empeñado algo y lo miro con estupor y alegría.

—¿Qué empeñaste?

—¡Bah! ¿Qué te importa lo que sea? Ahora nos vamos a dar un banquete. Lo merecemos de sobra después de lo que hemos pasado.

Y me arrastra de un brazo hasta un figón cercano. Comemos, bebemos y fumamos. Algunos obreros portuarios saborean grandes vasos de vino tinto. Una radio ensordece con su música, obligando a los parroquianos a entenderse a gritos. Cada plato lo saboreamos en medio de chistes y recuerdos del cuartel. No puedo dejar de nombrar al sargento Neira y de condolerme del cabo Cohan, cada día más flaco y taciturno, pero Román me detiene con una frase violenta:

—Te prohibo que nombres al indio Neira. No quiero que me indigestes el almuerzo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Después nos hemos ido a vagar por los muelles. Para distraerme, entablamos amistosa competencia recordando los nombres de los barcos anclados en la bahía y las compañías armadoras a que pertenecen, reconocién-

dolos por los colores de las chimeneas y las banderolas que ondean en sus mástiles. Cansados de mirar el mar, nos internamos entre las calles. La noche empieza a insinuarse medrosa, arrastrándose semejante a un espía avanzado, y las luces se encienden simultáneamente, como si hubieran recibido una orden militar. Los avisos luminosos guiñan desde la altura y las sonrisas de las busconas se hacen más insinuantes. Deambulamos entre el gentío. Me agrada esta promiscuidad de sexos y de clases. Miro con benevolencia todo lo que me rodea. Estoy satisfecho y de buen humor. El banquete del figón ha sido algo tan sorpresivo para mi estómago ahito de frejoles mal cocinados, que me ha hecho olvidar muchas cosas desagradables. Ahora Román es para mí un símbolo de mi buena estrella y su compañía me es preciosa, casi indispensable.

Al llegar al "Bar Naval", Román me invita a beber. Descendemos por una escala de piedra al subterráneo, y tomamos asiento frente a una mesa tatuada por manos cos-

mopolitas. Pedimos cerveza. La estancia está llena de humo espeso de pipas y cigarrillos que nos irrita los ojos, pero pronto nos habituamos al ambiente. La mayoría de los clientes son marineros y gente de a bordo, fogoneros en su mayoría, según me explica Román, que conoce al mar y sus servidores.

Un marinero rubio, de cara rojiza, se acerca hasta nosotros y nos ofrece un vaso de vino. Nos habla en su lengua nativa. Aceptamos sin comprender lo que nos dice mientras nos palmotea las espaldas con sus manazas rojas y peludas. Después se aleja vacilante y agrega su corpulencia a un grupo que bebe acodado al mesón. Así pasamos parte de la noche, charlando, bebiendo y escuchando la orquesta típica que toca en el entarimado, felices de encontrarnos fuera del cuartel. Me invade una euforia extraña. Siento deseos de cantar. La cerveza y el vino empiezan a hacer sus efectos en el obscuro laboratorio de mi organismo. Los rostros de los que me rodean me parecen borrosos y los veo que se mueven como las figuras es-

fumadas del cinematógrafo. De improviso, la estantería, las mesas, los marineros y Román empiezan a girar macabramente. Desconcertado, trato de fijar la vista en un punto cualquiera para evitar el mareo, pero todo es inútil.

—Eh, ¿qué te pasa, hombre?—me remece Román.

Su voz me llega de muy lejos y apenas puedo reconocerla entre el barullo de la gentuza que me rodea. No es mi compañero el que me habla. No. No puede ser. Es el cantinero, con su cara de boxeador, el que me remece como a un árbol. Una angustia indefinida, de barreno ardiente, se introduce dentro de mi cuerpo. Por mis venas gira una fuerza nueva y ciega, torva y homicida, dulce y transitoria, que me empuja al llanto y a la risa. Un torrente vertiginoso de recuerdos llega silenciosamente hasta el recinto de mi angustia, como bandadas de cuervos voraces a picotear en la llaga siempre abierta de mi sensibilidad. Son escenas de la niñez miserable, de escarnios y hambres silenciosas

entre gente indiferente. Y a medida que la angustia me ahoga con sus tentáculos invisibles, siento en todo mi cuerpo, hasta en la última de sus fibras, un abrumador deseo de llorar. Y me estremezco con un sollozo extraído desde el fondo de mi ser.

—¡Ja, ja, ja! ¡El milico la pescó llorada!

—¡Eh, pásenle la mamadera para que no llore la guagua!

—¡Ja, ja, ja! ¡Aquí tengo un chupete para el milico!

Y un borracho, indecente y lascivo, agita entre sus dedos su piltrafa sexual. Las risas me desconciertan. Poco a poco vuelvo a la realidad. Me doy cuenta de que estoy borracho y que estoy dando un espectáculo lastimoso, que soy el bufón de la concurrencia. Ahora lo único que deseo es dormir y no le pido permiso a nadie para hacerlo. Hundo la cabeza entre las manos y me dispongo a descansar, pero una mano ruda me sacude violentamente y no me deja tranquilo hasta que abro los ojos.

—Eh, vamos, hombre, tenemos que volver al regimiento.

—¿Qué me importa a mí tu regimiento? No voy a ninguna parte—tartamudeo, mientras trato de vaciar mi último vaso de vino. Quiero seguir bebiendo hasta reventar, pero aquí está este maldito Román cuidándome como nodriza y aullando como un perro para condenar mi intemperancia.

—Ya está bueno, hombre, no tomes más —repite, quitándome el vaso de la boca.

Luego, me arrastra hasta la puerta. Ya en la calle me apoyo en su brazo y me dejo conducir como un fardo. La cabeza me da vueltas y las piernas se niegan a mantenerme vertical. Pero aun me queda un pequeño resto de buen juicio y reniego en alta voz contra mi maldita intemperancia. Cada vez que bebo me emborracho como un animal. Eso es. Soy un animal y el que diga lo contrario está estúpidamente equivocado. Nos sentamos en un escaño de la plaza Echaurren para descansar un rato y procurar que se me despeje la cabeza. Román corre a un café cer-

cano y me da de beber un brebaje insípido, diciéndome que con eso me sentiré mejor. Comprendo sus aflicciones derivadas de nuestra amistad. No puede abandonarme. Su nobleza se lo impide, pero no quiero que lo castiguen por mi culpa. Reflexiono sobre esto y acudo a toda mi fuerza de voluntad para dominar mi borrachera.

Por fin estamos frente a la ancha puerta del cuartel. Nos presentamos a la guardia y continuamos en dirección a nuestra cuadra. Creo que somos los últimos en llegar. El cabo Cohan nos acoge en silencio y anota la hora de llegada frente a nuestros nombres. En seguida, como un sonámbulo, busco mi lecho y me arrojo de bruces en él, como a una tabla de salvación Antes de dormirme siento aún la fraternal mano de Román que me acomoda la cabeza. Después me aplasta un sueño pesado como un planeta, como si hubiera descendido a una tumba.

* * *

Despierto sobresaltado. Una mano me sacude violentamente. Es Román que hace esfuerzos por espantar mi modorra ocasionada por la borrachera. Me levanto con torpeza y espero turno para lavarme, apoyado en el muro. Me duele la cabeza y siento náuseas. Algunos compañeros me miran con malicia y se complacen en mortificarme.

—¿Quién adivina cuántos litros se tomó Medina anoche? Vamos a ver, señores. Es un problema muy sencillo. Basta mirarle la cara.

—¿Es obligación celebrar la primera salida con una borrachera semejante?—me pregunta Tudela, con la cara nimbada de oculta picardía.

—Qué curadera te pegaste, hombre! Pareces bodega.

—¡Déjenlo tranquilo, carajo!—interviene Román a mi favor.

El cabo Cohan repara en mí, sonríe levemente y me pregunta por la calidad del tin-

to. Lo miro sin comprender. Debo tener una mirada embrutecida. Un malestar general me corre por el cuerpo y sospecho que voy a desfallecer.

—Apúrate, hombre. Lávate luego. Eso te hará bien—me aconseja Negri, mientras me empuja hacia un lavatorio.

La orden de salir a formar me sorprende a medio vestir. Soy el último en abandonar la cuadra, cuando la compañía estaba formada. En castigo, debo lavar la fuente y barrer la cuadra durante una semana. Aprovecho la ocasión para insultarme:

—Lo mereces, borracho abominable.

* * *

Cada día que transcurre, la disciplina es más severa. Se nos exige el máximo de esfuerzo y los castigos menudean. Todas las mañanas nos llevan al parque para aprender el manejo de la carabina y la ametralladora, y cualquiera negligencia en el cumplimiento de las órdenes es motivo para que el sar-

gento nos dispare sus andanadas de insultos. Nos ha puesto tímidos. Le tememos, y en su presencia, aunque estemos en descanso, evitamos charlar o reírnos. A mí, especialmente, me mira con malos ojos. Para evitar que descargue su furia contra mí, me esfuerzo en hacer los ejercicios con presteza y corrección, pero es inútil que pretenda eludir las descargas de su mal humor. Busca o inventa los pretextos más pueriles para justificar sus insultos.

—Mira tú, imbécil. ¿Por qué no llevas la carabina al hombro en la forma ordenada por la directiva? El pulgar debe ir detrás de la correa, haciendo presión hacia adelante. Para que no se te olvide, te voy a recetar un remedio que no se encuentra en las boticas: treinta flexiones con la carabina al frente.

Y flexionando las piernas hasta tocar las nalgas con los talones, debo subir y bajar como un émbolo treinta veces, bajo la mirada complacida del sargento.

Los ejercicios con carabina nos mortifican

gran parte de la mañana. Tenemos las manos heridas y el manejo del arma se nos hace difícil. En el amplio parque de Playa Ancha se oyen gritos, órdenes y carreras de hombres uniformados que se tienden, se arrastran, se levantan, como si se hubieran vuelto locos. Algunos curiosos, hombres y niños, miran las escenas con gestos risueños. En el fondo, todo esto tiene algo de semejanza con lo que sucede en la pista de un circo. El domador, fusta en mano, ordena, grita, exige. El animal, aparentemente dócil, vencido, obedece. El público, ignorante de la tragedia, aplaude.

Más allá, al otro extremo del parque, hay también otros soldados que corren, saltan y se arrastran. Son los marineros de la "Artillería de Costa". Tenderse y levantarse todo el día. Sudor, tierra, lodo y cansancio. Eso es nuestra vida.

* * *

Envueltos en el relente de la madrugada, ascendemos lentamente la colina que nos

conduce al campo de tiro. El sol todavía no alumbra y el frío nos muerde las carnes. Algunos campesinos descienden hacia el puerto conduciendo leña en sus borricos, agobiados bajo el peso de la carga excesiva.

—Mira—me dice Negri, indicándome a los asnos con un leve movimiento de cabeza—. Esos son más felices que nosotros, por muchos palos que les den. Van tan cargados como cualquier recluta, con la pequeña diferencia de que ellos son animales y nosotros somos hombres.

Vamos en columna de marcha y podemos charlar. Pero casi nadie lo hace. En las primeras horas de la mañana estamos malhumorados. Las palabras más frecuentes son los insultos. A Gana ya no le recuerdo el metal de voz. Hace tantos días que no lo escucho, que temo se haya quedado mudo. En los ratos de descanso se aleja de todos y se horizontaliza en tierra, cara al cielo, con las manos en la nuca, hasta que nos llaman a formar. Nadie lo molesta y él parece ignorar nuestra presencia. Negri se aburre un

poco más cada día que transcurre. Mientras ascendemos la empinada colina, oigo su voz fatigada, protestando con intermitencias:

—Esto es una idiotez. Todos los días lo mismo. ¿Qué desean de nosotros? Yo no quiero matar a nadie. ¿Para qué me enseñan a apuntar a un blanco? ¿Para matar palomas? Tampoco me gusta la caza. Es una crueldad innecesaria.

Como nadie contesta sus preguntas ni le hacemos caso a lo que dice, su conversación es un monólogo. Vamos demasiado preocupados de respirar, de nuestro cansancio, para entablar conversación con alguien. Al llegar a la cumbre, a terreno plano, nos sentimos más livianos y ágiles. Las lenguas se empiezan a soltar y algunos aventuran chistes que apenas nos hacen alargar la boca con una risa frustrada. Román extrae la "galleta" de su bolsillo y me alarga la mitad. Comemos a grandes mascadas, como si hiciera un mes que no probáramos bocado.

Pronto llegamos al campo de tiro. Se colocan los blancos sobre el foso y empezamos

a disparar por turno en dirección al mar que nos sale al encuentro con su sábana encrespada. Los disparos suenan huecos, débiles, en la amplitud del campo. Algunos reclutas dormitan mientras aguardan su turno. Las indicaciones son precisas. Los instructores procuran que el recluta haga siempre impactos en el blanco. Un bonito deporte que ha dado espléndidos resultados en Europa y Asia: millones de muertos, lisiados y locos.

Mi puntería, felizmente, no es ejemplar y no hago ningún esfuerzo por mejorarla; hay algunos tiros fuera de blanco y algunos impactos tan alejados de la "fama", que tienen la facultad de desatar la furia del sargento Neira, que vocifera a mis espaldas:

—¡Estás perdiendo municiones, marmaja! ¡Si en vez del blanco hubiera un enemigo que quisiera aportillarte el pellejo, ya lo habría conseguido sin peligro! Apunta, idiota, como te han enseñado. Los dos codos pegados a la tierra, la culata apretada contra el hombro. Con fuerza, marica.

Apunto con cuidado, pero el pulso me

tiembla de indignación y sólo atino a apretar el gatillo del arma para escapar pronto a esa tarea. Una ligera nubecilla de tierra que se levanta frente al blanco, indica que mi tiro ha quedado demasiado corto.

—¡Idiota!—ruge el sargento, dándome un puntapié en los riñones.

Me levanto y tomo colocación en las filas pensando que no tengo ni tendré más enemigo que este rufián que me insulta sin motivo.

* * *

Hoy ha llegado la caballada y los mulares que estaban a talaje. Esto significa para nosotros un aumento de trabajo, pues debemos forrajear, asear el ganado y limpiar las caballerizas. También esto significa que pronto empezarán los trabajos en el terreno con las ametralladoras. Nos han ordenado traer las mulas. El sargento Neira hace desfilar los animales frente a la tropa, indicándonos el nombre de cada uno y sus señales más notorias, para que podamos identificar-

los en cualquier momento entre los mulares del regimiento.

—Tengo el agrado de presentarles a un hermano de ustedes. Se llama "Fausto"—nos dice el sargento con sorna—. Fíjense bien: tiene una mancha negra en la frente.

—Este macho se llama "Canelo". Es el único de este color en todo el regimiento. Se necesitaría ser un imbécil para no reconocerlo a una cuadra de distancia. Además, si eso no les basta, pueden ver que tiene cuatro patas.

—Esta mula se llama "Pepa". Los que nunca hayan recibido una patada de mula, tienen ahora muchas probabilidades de recibirla. Es especialista en despabilar tontos.

—Este macho se llama "Perico", campeón del mordisco del regimiento.

Y así los nombra a todos, ocho en total. A la tercera pieza, a la que pertenezco, son destinados la "Pepa" y el "Canelo". Dos nuevos camaradas, según el chiste hiriente del sargento. Para familiarizarnos con ellos, el instructor nos obliga a que les toquemos

los cascos y el lomo y a que pasemos rozando sus patas. "Pepa" es arisca y como no le agradan mucho los manoseos, amusga las orejas en señal de impaciencia y mueve el rabo nerviosamente. "Canelo", en cambio, es un mulo amistoso, tranquilo, y parece estar muy a gusto mientras lo escobillo y le aseo los cascos, en cuyas ranillas el lodo empieza a descomponerse.

Bien, "Canelo". Seremos amigos. Espero que durante todo el tiempo que permanezcamos juntos, no me des ninguna patada, lo que significaría la ruptura de nuestras relaciones iniciadas en tan buena armonía y en una tarde tan bella y tranquila de este invierno riguroso. "Canelo" parece comprender mis pensamientos y no se resiste a que lo mantenga largo rato en tres patas, mientras aseo sus pezuñas.

De improviso, siento un alboroto a mis espaldas. La "Pepa" ha lanzado una coz que no ha dado en el blanco. Los reclutas se han distanciado, temerosos, y la mula está sola en medio del círculo, con gesto indiferente,

tranquila, sin dar importancia a su falta de cortesía.

—¡Cobardes!—grita el sargento—. ¿Qué hacen ahí parados como imbéciles? ¡Continuar el aseo!

Keller se acerca cautelosamente y coge la pata de la mula, venciendo el miedo que se le refleja en el rostro.

—¿Qué ha ocurrido?—inquiere el teniente Candia, de nuestra compañía. Es un hombre joven, que habla tranquila y claramente. El sargento le explica lo sucedido. El teniente lo escucha sonriendo y en seguida sigue hacia el grupo comandado por el cabo Jara.

* * *

El cabo de servicio nos despierta con cautela. Nos levantamos en silencio, para no despertar a los compañeros que aun duermen, y abandonamos la cuadra tibia para sumergirnos en una niebla espesa que nos oculta el camino y nos moja los rostros soñolientos. Avanzamos a través de la niebla,

sintiéndola a nuestro alrededor, penetrándonos con su húmeda presencia, rompiéndola con nuestro cuerpo. Es una atmósfera de pesadilla, en la que somos fantasmas silenciosos en el umbral del amanecer. La niebla cuelga gotitas de agua en las pestañas, se pega a las cejas y resbala suavemente por las mejillas ateridas.

Vamos a forrajear el ganado y a limpiar las pesebreras, cumpliendo nuestro turno. Marchamos en silencio. Román me precede. Lo reconozco en el modo de andar. A los demás, algo distanciados, no logro distinguirlos. El cabo Cohan enciende una linterna, en cuyo foco danzan millones de partículas de agua que forman la niebla. Frente al cuarto de forraje, nos ordena hacer alto. Después continuamos hacia las pesebreras, portando el pasto oloroso y la cebada crujiente y dorada. Las mulas se inquietan con nuestra presencia y se escuchan ruidos de coces y mordiscos, disputándose los sitios predilectos. Debemos penetrar a las caballerizas para repartir el forraje en los pesebres. Es

una tarea peligrosa. Escasamente iluminados por una linterna, nos escabullimos entre las grupas de los mulares. El lodo acuoso penetra por las suelas gastadas de mis botas y siento los pies húmedos y fríos.

En nuestra caballeriza hay cuatro mulos que no están domesticados. Son agresivos, violentos. Chillan y cocean sin descanso. Atolondrados, temerosos, trepamos a los pesebres para no ser pisoteados. El cabo Cohan, desde el lado afuera de la empalizada, hace girar el disco luminoso de su linterna para facilitarnos la tarea, mientras lo sacude una tos seca y frecuente. Desde las letrinas cercanas llega un insoportable olor a excremento humano que se revuelve con el ácido olor de las pesebreras. Las mulas pisotean sobre el estiércol y hunden sus pezuñas en un lodo negro y acuoso que salta a la ropa y a la cara del que se acerca.

—¡Carajo!—explota Román.

Su voz violenta llega hasta mí como una llamarada. Ha resbalado y se ha hundido en el fango pestilente, exponiéndose a las co-



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

ces de las bestias. Lo ayudo a incorporarse. Está tan excitado que me rechaza con violencia, como si yo fuera el causante de su desgracia.

—¡Carajo, qué porquería!—repite para desahogarse, mirándose el capote chorreante de lodo.

El cabo Cohan parece no darse cuenta de la escena. Sigue tosiendo intermitentemente, enfundado en su capote y en su poncho de castilla, enfocándonos con su linterna. Hemos terminado la tarea. Los mulares se desayunan vorazmente, haciendo crujir las mandíbulas y disputándose la ración a dentelladas. Una difusa claridad rompe la espesa niebla. Está amaneciendo. En este instante el corneta de guardia toca diana, que esta vez nos encuentra trabajando. Volvemos a la cuadra en silencio, malhumorados y sucios. El lodo acuoso suena dentro de mis botas. El cabo bosteza. Román maldice su suerte. Y en cada uno de nosotros, crece la certidumbre de nuestro desamparo.

* * *

Tarde de domingo. Montaner y yo estamos arrestados. Montaner por presentarse borracho al cuartel y yo por responder en forma "inconveniente" al sargento Neira. Y aquí estamos mirando la lejanía del mar, los remolcadores que esquivan los obstáculos con lentos esguinces y las gaviotas que vuelan en el cielo gris de esta tarde de invierno.

Con Montaner no se puede hablar mucho. Su tema más socorrido es la borrachera, los barrios bajos, las pendencias nocturnas y el recuerdo de su amiga Rita, asilada en un prostíbulo de la calle Márquez. La recuerda únicamente como hembra, por el placer que le ha concedido, sin que tenga una palàbra de cariño hacia ella. A través de sus relatos, he llegado a formarme un retrato mental de la muchacha: es blanca, simpática, ojos enormes, tiene un pequeño lunar en la mejilla izquierda y, sobre todo, tiene un cuerpo ad-

mirable. Conoce todos los secretos del amor carnal. En un tiempo perteneció a una casa reservada para oficiales y funcionarios, pero ahora ha descendido hasta la calle Márquez.

Para espantar mis pensamientos sombríos, enciendo un cigarrillo, me retrepo en el muro y permanezco así largo rato, mirando la copa de los árboles. Y me evado de la realidad. Desde la lejanía, desde un montón de tierra, me llega la voz pálida y sin perfiles de Montaner. Pero yo no lo escucho. No comprendo lo que me dice. Con las alas abiertas, vago en el maravilloso país de los sueños, donde la fantasía erige un santuario en cada esquina y el corazón es una pandereta azul batida por los dedos del silencio.

* * *

Hoy ha venido el capellán a bendecir las armas. Es un sacerdote robusto, alto, colorado, de voz vibrante y potente, que tiene fama de orador sagrado. Sus arengas son inflamadas y dirigidas directamente a robuste-

cer el amor patrio entre los conscriptos. No es, precisamente, un emisario de paz.

Premunido de una pequeña jofaina y de un hisopo, va arrojando agua bendita sobre los fusiles y carabinas colocados en largas mesas en el amplio patio del cuartel. Yo lo observo con franca curiosidad. Es un espectáculo digno de atención, por lo contradictorio. Algunos conscriptos comentan en voz baja que las armas son benditas para que, en un caso dado, Dios proteja a las armas chilenas y nos den la victoria. Pero, lo malo es que en todos los países hacen lo mismo, con lo que deben poner en duros aprietos a Dios, si es posible que se preocupe de estas cosas terrenales.

Después de la ceremonia, el capellán nos arenga, inflamándonos de espíritu guerrero. Nuestros ojos brillan de entusiasmo y nuestros nervios vibran de contenida emoción. Si en estos momentos nos ordenaran cargar contra un enemigo, lo haríamos sin vacilar, con gusto, con rabia, con soberbia grandeza. Por mi parte, mi estado de ánimo es como

para hacer papilla a culatazos al primer enemigo que se me ponga al frente.

Nuestro capellán es un gran orador.

* * *

Cada día soy más amigo de "Canelo". Me reconoce a la distancia y cuando está a mi lado, busca en mis bolsillos el pan que le pertenece y que saborea como un manjar, cogiéndolo con sus belfos tibios y suaves y mirándome con sus grandes y húmedos ojos agradecidos. Lo aseo, le doy agua limpia y le reviso los cascos, no porque esto sea mi obligación, sino porque encuentro placer en ello. Es el trabajo que más me agrada.

Ahora, "Canelo" está gordo y reluciente. Creo que es el mulo mejor cuidado de la compañía. Estoy satisfecho de nuestra amistad y así se lo hago comprender, golpeándole las tablas del cuello y pasándole la mano extendida sobre el lomo. El me comprende y trata de aliviar mi tarea levantando el rabo para que le coloque el aparejo y ajuste

la baticola, y apretando la barriga cuando le ciño la cincha del albardón. Jamás lo golpeo con la fusta. No me lo perdonaría si lo hiciera. Creo que no lo haría aunque me crucificara con una coz en un arranque de animalidad incontrolada.

* * *

La lluvia cae desde hace cinco días, inundándolo todo, formando pequeños riachuelos en los declives del terreno y borrando la visualidad con su celosía de agua. El mar apenas se divisa. Los barcos parecen esfumados, como si habitáramos un país de fantasía. El faro de "Punta de Angeles" hace girar sus reflectores nocturnos y no cesa de bramar sordamente. Por las noches siento el martilleo de la lluvia sobre las calaminas y me es difícil conciliar el sueño.

Todos andamos malhumorados, con las ropas mojadas y los pies húmedos, a pesar de nuestras botas nuevas, de buen cuero, con una pequeña herradura de cobre en los taco-

nes, que nos han repartido a comienzos de la semana.

El invierno—despiadado enemigo—nos tiene recluídos en la cuadra, frente al atardecer que galopa hacia la noche. Esta es la lluvia más larga de mi vida. Parece que cada gota de agua golpea en mi corazón.

* * *

Negri me ha llevado a comer a su casa. El padre es un anciano afable que no puede hablar sin acariciarse la barba. La madre nos atiborra de dulces, mermeladas y vino añejo. Como con glotonería, sin despegar los labios. ¡Qué diablos! Estos banquetes no son cosa frecuente y hay que aprovecharlos. Se ve que Negri vive con holgura. Sobre los muebles modernos hay vajilla en abundancia, limpia y reluciente y se nota la ausencia de todo indicio que delate aprietos económicos.

El anciano me mira complacido mientras trago ávidamente todo lo que ponen a mi alcance y me ofrece repetir los platos servi-

dos. Pienso aceptar su ofrecimiento, pero de pronto encuentro los enormes ojos verdes de Elba y me desconcierto. Sólo puedo murmurar una excusa de agradecimiento. El padre insiste y su gentileza se estrella nuevamente con mi terca negativa. No me atrevo a mirar a Elba. Adivino que me observa y tal vez se mofa de mi estúpida conducta.

Termina la comida. Salimos al jardín. Allí he conversado con la muchacha. Su mirada limpia y candorosa me ha inspirado confianza y he perdido mi timidez Me habla con cariño de algunos libros que ha leído, de sus estudios de música y de su ambición de llegar a ser una buena concertista. Al escucharla, me parece que Elba es distinta a los millones de mujeres que viven la mitad de su vida frente al espejo y la otra mitad en frivolidades semejantes. Le digo que me agradaría escucharla al piano. Acepta sonriendo y me lleva al salón.

Sus dedos ágiles y ejercitados recorren el teclado arrancando melodías de Beethoven. La escucho con arrobación. La música ha

ejercido siempre en mí una extraña influencia y desata en mi alma contradictorias cabalgatas de alegría, pena, ira y vehemencias que no logro comprender. Creo que amo a Elba desde que la conocí en el cuartel. Ahora la amo más por estos instantes de felicidad que me ofrece con la música. Me ha conducido a un mundo nuevo, irreal y bello. Quisiera besarle las manos blancas, pálidas y finas. ¡Qué lejano me parece el cuartel con sus abominables toques de corneta y los gritos histéricos de sus instructores!

Hay un corto silencio mientras Elba busca y hojea entre los montones de música impresa que tiene a su alcance. En seguida toca algo de Schubert. De pronto el padre irrumpe en el salón y nos hace compañía. Escucha en silencio la ejecución de Elba y al terminar le pide que toque algo de un autor cuyo nombre no alcanzo a comprender. Dice ser su compositor favorito.

El tiempo se desliza furtivamente, y pronto me doy cuenta de que es hora de retornar al cuartel.

—¿Y Hugo?—pregunto al padre de mi compañero.

—Salió hace rato sin despedirse. Es un tunante. No sé lo que le ocurre y no me explico su cambio de conducta, pero puedo decirle, mi amigo, que me tiene aburrido con sus groserías.

Elba me alarga la mano y he tenido la audacia de retenérsela algo más de lo necesario. Con ese ligero contacto quiero decirle que la amo, quiero expresarle mi gratitud por todas sus palabras y por la blanda mirada de sus ojos verdes. Te amo, Elba—repito mentalmente por el camino hacia el cuartel. —Te amo, Elba—me digo en el ascensor del cerro—. Te amo, Elba—rezo al acostarme.

Presiento una felicidad desconocida, súbita y consoladora. Su nombre me envuelve silenciosamente, suavemente, y fluye hasta mis labios desde el fondo de mí mismo, como asciende un limpio cubo de agua pura hasta el brocal de un pozo iluminado.

* * *

—Eh, Mariooo! ¡Eheeee!

La voz suena a mis espaldas. Es Román que me llama desde un extremo del bosque, agitando el brazo sobre su cabeza.

Me dirijo hacia él.

—¿Por qué no habías venido? Tengo el café listo. Falta el azúcar.

En verdad, había olvidado el convite de Román. No sé qué responderle. Me siento en la tierra, sobre un montículo, y alargo las manos hacia la llama amable y viva mientras mi compañero vierte el café en los jarros de aluminio. Le cuento mi encuentro con Elba en casa de Negri, mi deslumbramiento ante su belleza y espiritualidad y le confieso que estoy enamorado, que vivo como si esperara que el mundo estalle de repente, en un angustioso estado de ansiedad.

—¿Le has dicho que la quieres?

—No. No tuve ocasión de decírselo. Es decir, no me he atrevido.

—Idiota. ¿Y para qué tantos argumentos y tanta poesía si ni le has dicho que te gusta? Y ahora andas vagando por el bosque con cara de susto. ¡Ja, ja, ja!

—¿Te causa risa lo que me pasa? Es que tal vez nunca has estado enamorado o soy un idiota como dices.

—No te enojes, hombre. Es una broma. ¿Te imaginas que te pueda decir eso en serio? Es que a mí no me preocupan las faldas. Cuando estaba fuera del cuartel era demasiado pobre para que las mujeres se fijaran en mí. Y todas son unas cochinas interesadas. Si no te ven un par de pesos en los bolsillos, arriscan la nariz y arrancan como si hubieran visto al diablo Ninguna se entrega por amor. Grito y plata.

—Pero eso es absurdo. ¿De qué clase de mujeres me estás hablando?

—Creo que en la especie humana hay una sola clase de mujeres. ¿No es eso?

—Bueno, hombre. Tal vez tengas razón. Es mejor que hablemos de otra cosa.

Me siento arrepentido de haber confesado

este cariño. Debería haber guardado mi secreto celosamente. Sorbo mi café sin encontrarle sabor. Estoy irritado conmigo mismo, por mis pueriles arranques comunicativos y me hago la formal promesa de no hablar a nadie sobre este asunto.

* * *

A medida que se acerca septiembre son más frecuentes los ejercicios de presentación. Por las mañanas nos llevan al parque y debemos marchar durante largo tiempo a paso de parada. Parecemos gansos amaestrados. Todas las piernas se levantan a un mismo compás, a la misma altura y los brazos oscilan rítmicamente, como si fuéramos muñecos mecánicos.

El teniente Candia marcha a nuestro flanco derecho, gritando excitado porque no encuentra correcto el desfile. Debemos repetirlo diez, veinte veces. Nos duelen las plantas de los pies y gruesos hilos de transpiración se nos escurren por la frente. ¿Para qué es

esto?, me pregunto intrigado. No debe ser para defender la patria. Para eso están los fusiles y las ametralladoras. Hago conjeturas acerca de este largo aprendizaje que no conduce a nada práctico. ¿Será para divertir al público? ¿Para que se endurezcan las plantas de los pies? ¿Para simular?.. ¡Eureka! Creo que lo he encontrado. Debe ser, seguramente, para aumentar los deberes de los señores galoneados e imponernos a nosotros más trabajo.

El parque se llena de gritos y de órdenes. Nos cruzamos con algunas compañías que marchan en dirección opuesta a la nuestra y vemos a nuestros compañeros pasar gallardos y enhiestos a pesar del cansancio.

El mayor Sierralta ha venido a presenciar la instrucción. Apenas los instructores divisan su silueta a caballo, se impacientan como si los hubiera picado un bicho venenoso. Aumentan los gritos histéricos y las órdenes bruscas como latigazos nos taladran los oídos. Parecen atemorizados ante la presencia

de su jefe o lo hacen, simplemente, por simular más celo en la instrucción.

El mayor es un soldado sencillo, cordial a pesar de su aparente austeridad, y jamás se deja llevar por la cólera. Nadie lo ha oído gritar o alterarse por razones de servicio. Es un verdadero militar, es decir, un hombre uniformado que no se ha erigido en amo ni se arrodilla ante sí mismo. Pasa a caballo cerca de nosotros y nos mira complacido. El teniente Candia se acerca a él para dar cuenta de su tarea, de acuerdo con los reglamentos, pero el mayor lo detiene con un gesto, llevándose la mano a la visera.

En seguida continuamos marchando, haciendo resonar la tierra, sudorosos y agotados. ¿Para qué?

* * *

Desde la escena de la lección de canto, siento viva simpatía por Gana. Me duele verlo aislado. Varias veces he intentado entablar conversación, pero he debido desistir. Me

responde con monosílabos o frases evasivas y termina por guardar silencio. Es un muchacho raro. Tal vez lo mina alguna enfermedad oculta además de su innata timidez que lo hace enrojecer por cualquier motivo.

Ahora está sentado sobre una piedra, masticando lentamente con los ojos cerrados. Un sol débil, que a ratos se oculta detrás de negros nubarrones, le besa las mejillas pálidas y descarnadas, como un padre bondadoso.

—¡A formaaar!

La orden reune a los conscriptos en dos filas compactas. La compañía está lista para el aseo matinal de los sectores que nos corresponden. El sargento Neira escudriña con sus ojos duros mientras se rasca las ingles con insistencia delatora, y en seguida imparte las órdenes con frases breves y cortantes.

—Primera escuadra, barrer el patio. Segunda escuadra, a limpiar las pesebreras y el ganado. Tercera escuadra, aseo de la cuadra y lavatorios. Cuarta escuadra, barrer el comedor y dependencias.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Después de un corto silencio, emite algunos nombres.

—Conscriptos Gana, Marín y Medina, un paso al frente.

Obedecemos automáticamente. Me pregunto a mí mismo qué es lo que desea de nosotros. No me creo merecedor a ningún castigo. Nada he hecho y nada temo. No tenemos mucho que esperar para disipar nuestras dudas y aventar nuestras conjeturas.

—A ver, ustedes, les tengo reservada una tarea agradable. Van a matar tres perros sarnosos de la Sección Comunicaciones. Están amarrados en el fondo del patio, a la izquierda. Deben traerlos al basural y matarlos en ese sitio. Deben demorarse lo estrictamente necesario y cumplida la misión deben presentarse para el aseo de las dependencias. Eso es todo.

—Permiso para hablar, mi sargento—solicita Marín.

—Hable.

—¿Cómo tenemos que matarlos?

—¿Cómo vas a matar a un perro? ¡Con

las manos, habiloso! Agarras una piedra grande y le das en la cabeza hasta que deje de chillar. ¡Andando!

Partimos en silencio. Nos internamos en el bosque y nos dirigimos hacia el fondo del patio, donde se escuchan leves aullidos. Atados a los troncos de los árboles, hay tres perros pequeños, arrancados a las tetas de sus madres. Son pequeñitos, débiles, inofensivos. Al vernos llegar cesan en sus gemidos y nos saludan con torpes movimientos de sus colas jóvenes, levantando sus hociquillos agudos para examinarnos.

Tienen los ojos acuosos por la ausencia de sus madres. Han estado amarrados toda la noche para evitar que propaguen la sarna entre los perros sanos, y el hambre los hace esperar un mendrugo de nuestras presencias. Nosotros observamos sin hablar. Los tres pensamos en lo mismo: es una crueldad matar a estos animalitos. ¿Por qué nos ha escogido a nosotros el sargento Neira? Sospecho que lo hizo premeditadamente. Nos adivina

compasivos, blandos, y quiere educar nuestros sentimientos a su manera.

—¡Pobres perros! — murmura Gana, mientras coge la cuerda del más cercano y lo atrae hacia sí.

Cortamos las amarras y cada uno arrastra a su respectivo perro. Los cachorros se enredan en nuestras piernas, saltan alegres y casi nos impiden caminar. Damos traspiés para evitar pisotearlos. Sus movimientos graciosos nos causan risa. El que me ha tocado a mí es un pequeño policial de ojos vivos e inteligentes, con el lomo afeado por una costra sanguinolenta, causada por la sarna. Emite pequeños ladridos, balbuceos de lactante que empieza a sentirse vigoroso. Llegamos al basural. Pero nadie hace amago de matarlos. Nos duele cumplir esta misión denigrante. Me siento cobarde frente a esta pequeña víctima indefensa. Si fuera un hombre que se pudiera defender... Pero es un perrillo, una cosa insignificante y desvalida. Marín es el primero en hablar:

—Bueno, ¿qué esperamos?

Pero nada hace. Permanece inmóvil, con la cuerda floja en una mano, mientras el perro que custodia hurga con el hocico entre las basuras, buscando algún trozo de hueso.

—¡Apurarse!—grita el sargento, desde el umbral del bosque, dirigiéndose a nosotros.

Y esa voz potente y agria nos hace actuar como autómatas. Marín se encorva, coge una piedra y la arroja con todas sus fuerzas contra la cabeza del perro que le pertenece. Con un ojo fuera de la órbita, el animal se queja lastimeramente. Entonces Marín coge la piedra con nerviosa rapidez y la descarga repetidas veces en el cuerpo del perro, hasta que deja de alentar. Yo hago lo mismo. Trato de dar el primer golpe con todas mis fuerzas para evitar la agonía, pero me falla el pulso. No hago sino golpearlo brutalmente, sin conseguir aturdirlo. El perro aúlla y se retuerce en el suelo, tratando de escapar, pero yo obro como un martinete despiadado. La piedra se me cae de las manos, la vuelvo a coger y continúo golpeando. El perro agoniza, arrojando sangre por la boca. Enton-

ces, torpe y cobarde, trato de estrangularlo con la misma cuerda para acelerar la muerte y, al hacerlo, un pequeño chorro de sangre salta del hocico y me mancha ambas manos y el puño de la blusa blanca. Por fin lo he matado. A mis pies yace el pequeño cadáver con las patas rígidas, magullado por los golpes. Y, sin poder evitarlo, siento que mis ojos se humedecen. Me siento ridículo y manchado, como si todo el regimiento fuera testigo de mi infamia, de este ultraje a la naturaleza. Y sólo entonces reparo en mis compañeros. Marín, con aspecto sombrío, observa a Gana, que permanece aún con el perro cogido por la cuerda, sin decidirse a matarlo.

—¿Qué esperas?—pregunta Marín, con una voz amarga que no le conocía.

—No puedo matarlo.

—¿No puedes matarlo, hombre? Tienes que hacerlo. Esa fué la orden que nos dieron.

—No puedo matarlo—repite Gana, con los ojos bajos, mirando al basural.

—Si llegas con el perro vivo donde el sar-

gento, te van a matar a ti—comenta Marín, con una mueca que quiere ser sonrisa.

Gana nos mira alternativamente y adivino que desea pedirnos algo. El tiempo apremia y termina por decidirse.

—No puedo matarlo. No sé por qué, pero no puedo. Es tan inofensivo, tan poca cosa. Mátalo tú, si quieres, Marín.

—Bueno. Ya cometí un crimen. Con uno más creo que la pena será igual. De todos modos me voy al infierno.

Y Marín se encorva con repugnancia y golpea al perrillo hasta matarlo. Luego, arroja la piedra y escupe raspando su garganta, como si quisiera arrastrar algo que la obtura. Los tres cadáveres quedan sobre el basural y nos alejamos en silencio, torvos y sombríos, disgustados con nosotros mismos, conscientes de que hemos sido instrumentos sumisos. Y una voz interior, isócronamente terca, me repite a cada paso:

—Cobarde, cobarde, cobarde.

* * *

Este domingo he pasado todo el tiempo junto al mar, sin más compañía que mi propia sombra. Román está arrestado por contestar en forma violenta al sargento Neira. He vagado por las rocas de la playa, he sentido el agrio azote del mar contra ellas y he contemplado el horizonte con una franca alegría de sentirme libre. Pero no he estado solo. Nadie puede estar solo en el mundo. Me han acompañado las gaviotas, bulliciosas y hambrientas, los peces ocultos, tímidos y veloces, y los moluscos inmóviles, pegados a las rocas cubiertas por una masa gelatinosa de huiros y sargazos.

Me saturé de optimismo frente a la inmensidad del mar. Me cautiva su fuerza de toro provocado, de potro indómito que curva su lomo vigoroso para arrojarse de bruces sobre la playa negra. Al atardecer regresé al puerto y vagué por las calles empinadas de los cerros, sin rumbo fijo, hasta que se acercó la hora del retorno.

Cerca de la medianoche me encaminé al cuartel. El centinela, un muchacho alto y flaco de la primera compañía me mira con gesto de complicidad. Cree, tal vez, que vengo de alguna francachela. Al entrar a la cuadra me asalta el olor de los treinta hombres curvados bajo las frazadas. Es un olor acre, de cuerpos sin lavar y sudores fermentados que se percibe al penetrar desde el patio, donde el aire puro y limpio, impregnado de estrellas, lava los pulmones ávidos de vida. El olfato se aclimata pronto. La hedentina no se percibe después de respirar un rato la pestilencia del ambiente. Y esto, claro, es una garantía para todos.

El cabo Cohan reposa con la cabeza apoyada entre los brazos, de bruces sobre la rústica mesa de álamo que le sirve de escritorio. Lo contemplo en silencio, sin atreverme a despertarlo. Por largo rato permanezco de pie frente a él, triturando mi duda, sin decidirme. Debo presentarme para que me anote la hora de llegada, pero temo que se irrite con mi presencia por haberlo sorpren-

dido. Duerme plácidamente. No puedo ver su cara, oculta entre los pliegues de la manta. Me resigno a esperarlo hasta que despierte y me apoyo en el umbral de la puerta. El sueño me pesa en los párpados, me diluye las ideas y pronto se me hace tan insoportable que me acerco al cabo y le toco en el hombro para despertarlo. Apenas siente el roce de mi mano se yergue sobresaltado y me queda mirando con extrañeza, con los ojos nublados por el sueño. Comprendo. Ha creído que soy un oficial, y al constatar su error no sabe si alegrarse o mostrarse enfadado por mi atraso. Está intensamente pálido, con ojeras de mal agüero. Consulta su reloj y arruga el ceño con gesto de disgusto.

—Las doce y media. ¿No sabe la hora de llegada?

—Sí, mi cabo.

—¿Por qué llega a esta hora, entonces? ¿Quiere quedarse dos domingos sin salida o hacer servicio de caballada durante el resto del mes?

—Me entretuve con algunos amigos, mi

cabo—le miento. No quiero que se dé cuenta que lo he sorprendido durmiendo y que he estado largo rato ahí, frente a él, por no perturbar su sueño.

—Bueno—me dice, levantando las cejas con su gesto de habitual benevolencia, mientras coloca un número doce en la columna "hora de llegada".

—Ahora, váyase a dormir y no se olvide la próxima vez de ser puntual en la hora de recogerse—agrega a media voz, para no molestar a los que duermen.

—No, mi cabo. No se me olvidará.

Y el cabo queda ahí, solo, pálido, cansado, sobre el asfalto frío del pavimento que le muerde los pies para acelerar su caída.

Y me acuesto con el mar en las pupilas.

# SEGUNDA PARTE

## CIRCULO DE LA ESPERANZA

Se acerca la primavera. En las ramas de los árboles hay brotes prematuros. De la tierra se eleva un aroma profundo y penetrante. Ahora, en cada amanecer, tenemos una diana de pájaros. Ya no permanecemos recluídos en la cuadra o cobijados en los pabellones en construcción. Después de nuestras tareas, vagamos por el bosque en alegres bandadas, con los músculos endurecidos por el ejercicio cotidiano y por las caminatas, respirando a pleno pulmón el aire impregnado de yodo y de humus vegetal.

El sol canta entre las ramas desnudas y se desliza a lo largo de los troncos de los árboles, resbalando por las cortezas ásperas, saturadas de vida. Se diría que el bosque entero es una sola sinfonía, verde y azul, en el umbral de la primavera. Nunca había visto a Dios tan cerca de mi corazón y de mis ojos. Aquí está su presencia, en el vello del

musgo que trepa por las tapias, en las yemas hinchadas de los árboles, en el leve zumbar de los insectos, en la tibieza del aire transparente y en cada cosa donde fije mis miradas.

Ahora, ya somos soldados. Así nos ha dicho el capitán Pineda después de la revista de reclutas, en una arenga patriótica, en la que cada palabra era una llamarada flotando en el espacio. Se notaba que el discurso lo traía ensayado, pero la memoria no lo acompañaba, y esto parecía irritarlo. Terminó su arenga, rojo y violento, con la nariz brillante de transpiración. En esos momentos es peligroso. Cualquier pretexto le da ocasión para vaciar su furia. Ya lo conocemos. Creo que si estuviera más satisfecho y seguro de sí mismo, sería un hombre bueno.

Ya se ha terminado el fatigoso aprendizaje del manejo de las armas y ahora los instructores sólo se preocupan de enseñarnos a desfilar correctamente, con paso alemán, para la próxima revista del Dieciocho de Sep-

tiembre. Cada mañana nos llevan al parque para ensayar. Los músicos soplan sin descanso, mientras marchamos airosos, haciendo temblar la tierra con nuestras piernas de veinte años. En los rostros de los jefes hay reflejos de complacencia interior y dejan adivinar que están satisfechos de nuestro aprendizaje, pero se guardan de manifestarlo. Antes de hacerlo se dejarían cortar la lengua. Al recluta nunca se le dice que ha hecho algo en forma correcta. La aprobación está abolida. Si ejecuta bien una orden, el instructor debe guardar silencio. Si lo hace mal, debe ensordecerlo a gritos.

Necesitamos muy poco para ser felices. Ha bastado un día de sol de primavera anticipada y una promesa de futuro descanso, para que la alegría nos estalle por todos los poros y nos haga correr como liebres y cantar bajo el rumor del bosque henchido de brotes que empiezan a reventar. Y, sobre nosotros, como una inmensa pantalla azul, el cielo diáfano y transparente, es una muda respuesta a nuestras miradas interrogantes.

* * *

—¡Plan, plan, rataplán, plan, rataplán, plan, plan!

Los tambores de la banda de guerra taladran el aire puro y transparente de esta mañana primaveral, mientras nos dirigimos al parque para ser revistados por las autoridades. Ha llegado por fin el día esperado. La ciudad está de fiesta. Las banderas y los estandartes ondean jubilosos, azotados por el viento sur que sopla desde el mar. Flota en el ambiente una alegría contagiosa, algo que nace de la tierra misma, de la savia fragante de los árboles y de los jardines floridos.

Por las calles circula una multitud que se detiene a mirar nuestro paso y se descubre respetuosa ante la enseña de la patria. Todas las banderas del mundo son hermosas cuando flamean sobre el júbilo de los pueblos en paz.

Estamos vestidos de gala. Para el desfile nos han repartido cascos, uniformes y botas

nuevas. Serios, mudos, tiesos, marchamos mirando la nuca del compañero que nos precede, de acuerdo con lo ordenado. En esta forma evito también ver el rostro del sargento que marcha a nuestra izquierda. Sobre los cascos de los fusileros los máusers brillan heridos por el sol. Es un espectáculo que contagia. Muchos de los espectadores, muchachos y hombres maduros que no conocen la vida de cuartel, tal vez nos envidian y desearían estar en nuestro lugar. Por mi parte, no tengo ningún inconveniente en cederle mi puesto a cualquiera. Me sentiría mucho más cómodo como espectador. La mochila me empieza a molestar y el casco de acero me presiona la frente.

Avanzamos en medio de una doble fila de espectadores. A medida que nos acercamos al parque, la multitud se hace más compacta. Los tranvías y autobuses vomitan gente de toda clase. Las mujeres del pueblo se han puesto sus mejores percalas y los hombres lucen un sombrero, un pantalón o un pañuelo nuevo. Todos con una alegría inu-

sitada asomada a los rostros, como si hubiera llegado la hora de la liberación universal.

Ya llegan hasta nosotros los vibrantes acordes de las cuecas que saltan desde las fondas hacia la amplitud del parque. Guitarras y acordeones hacen oír sus sones criollos que se mezclan con el zapateo frenético de los bailarines y los aullidos de los espectadores. El pueblo se emborracha libremente, estúpidamente, sin preocuparse del significado de la fecha que celebra. ¿Qué le importa al pueblo todo eso? Esta es una ocasión para beber sin riesgo de ir a parar al calabozo, y hay que aprovecharla.

Los fotógrafos de la prensa nos asedian con sus máquinas. Después hablarán en su jerga periodística de la disciplina y marcialidad de la "brillante y fuerte juventud chilena". Es increíble lo que mienten los periodistas. Algunas veces pienso que nos toman el pelo. Por ejemplo, cuando aseguran que somos de "hierro" y que formamos la grandiosa reserva de la raza chilena. No, señores. No es para tanto. El idioma es rico

en vocablos, pero no hay que abusar de ellos. Somos de carne y hueso y estamos aquí cumpiendo una ley con tan buena voluntad como el contribuyente que llega a entregar sus billetes a la caja fiscal.

Largo rato debemos maniobrar antes de tomar colocación definitiva para iniciar el desfile. Una enorme multitud llena el parque y los aledaños, dispuesta a divertirse. Nosotros somos parte de la diversión del público. Muchos nos vienen a mirar y después se retiran a sus casas con la complacencia de haber asistido a un espectáculo gratuito.

Por fin se inicia el desfile. Lo encabeza la banda de guerra que toma colocación frente a la tribuna oficial; casi en seguida la banda instrumental del regimiento rompe con la marcha escogida para este acto, la que a fuerza de oírla todos los días y a toda hora desde que empezaron los ensayos para la presentación, se nos ha pegado en los oídos con la insistencia de una idea fija.

Marchamos a paso de parada frente a las autoridades. Esto dura tres o cuatro minutos

escasos. Ya nuestra compañía ha pasado el límite señalado por el último guía y podemos dar por terminado el desfile.

Y, ahora, el regreso al cuartel, seguidos por una bandada de muchachitos que alargan el paso grotescamente para llevar nuestro compás.

* * *

El mar azul, suave o violento. Eso es todo lo que he visto durante estos días en compañía de Román. Tenemos una semana de descanso después de un mesurado elogio de nuestro comandante, relacionado con nuestra presentación en público, y decidimos pasar todo el tiempo fuera del cuartel, regresando solamente a dormir. Hemos vagado por todas las playas, escuchando la sinfonía del mar. Ahora vagamos por el bosque de pinos que cubre la colina. Hay en el aire un olor penetrante a resina, a tierra húmeda, a mar, a hojas podridas.

Cuatro muchachas juegan en el bosque, persiguiéndose y lanzando agudos gritos de

felicidad espontánea. Las observamos complacidos. En este momento somos dos machos jóvenes, con una gotita de sangre del Dios Pan. Las muchachas reparan en nosotros. Nos observan, conversan en voz baja y emiten risitas nerviosas con manifiesta picardía. Es un recurso común en las hembras cuando están en mayor número que los machos. Román apoya las espaldas en un árbol y permanece en silencio con las manos hundidas en los bolsillos de su capote. Yo, respiro hondo el violento perfume de los pinos. Nuestra larga continencia nos ha vuelto rijosos. Cruzamos nuestras miradas y hacemos un guiño de inteligencia.

—Lástima que sean cuatro—me dice Román, con voz velada.

Las muchachas siguen corriendo, nos miran burlonas y agigantan nuestros deseos con el visible temblor de sus senos erectos y de sus gruesas pantorrillas. Largo rato dura esta escena, hasta que un pequeño accidente nos presenta la ocasión de hacernos amigos. Una de las muchachas, morena, bien forma-

da y hermosa, ha perdido un broche. Las cuatro se encorvan sobre la hierba húmeda y buscan con exagerado interés el objeto perdido. La dueña se lamenta a menudo:

—Es un regalo de mamá. No puedo perderlo.

Y reanudan la búsqueda con mayor tesón. Román y yo nos acercamos. Ahora son doce ojos que escrutan la hierba, ansiosos de ser los primeros en encontrar el broche. Las muchachas, al encorvarse sobre la tierra, dejan ver los muslos rollizos, blancos o morenos, emergiendo de las limpias telas de sus prendas más íntimas. Esto me desconcierta. El macho se ha despertado en mí con violencia. Siento un imperioso deseo de saltar sobre la más cercana y tumbarla en el suelo para satisfacerme en este mismo instante. Para calmarme, me alejo del lugar en que se encuentran.

—No, por ahí no—me advierte una de las muchachas.

Pero no hago caso y sigo mirando la tierra en el mismo sitio, con la imagen de las car-

nes blancas o morenas de las muchachas incrustadas en mis pensamientos. De pronto, sin sospecharlo, descubro el broche extraviado, casi oculto entre la hierba.

—¡Aquí está!

Las cuatro muchachas corren hacia mí y me rodean, jadeantes y coloradas. La dueña me lo arrebata de las manos.

—¡Qué bueno! ¡Muchas gracias!—murmura, mirándome a los ojos con visible agradecimiento.

Román se acerca a nuestro grupo, se alegra del hallazgo y pide el broche para examinarlo.

—Hay que darle un premio al que lo encontró—dice en tono de broma.

—De veras—gritan las muchachas—. ¡Un premio, un premio! Se lo tiene que dar la dueña. ¿Qué premio le vas a dar, Marta?

La aludida ríe confusa y dice que no tiene nada que darme. Pero las muchachas insisten y gritan sin cesar, mostrando sus dientes sanos y blancos, con las mejillas rojas por el calor y la agitación. A una de ellas, una

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

chica viva y simpática, de nariz respingada, se le ocurre gritar de improviso, golpeando las manos de alegría:

—¡Tiene que darle un beso de premio!

—¡Un beso, un beso! Eso es, Marta. Tienes que darle un beso de premio.

Se forma un alboroto. Marta protesta débilmente. Sus compañeras la asedian. Por fin, en un rasgo de buen humor, se decide a darme un beso. Se acerca a mí, coloca sus manos en mis hombros y empinándose para alcanzar mi boca, me besa suavemente. Las muchachas chillan y ríen como locas. Marta se ruboriza y yo siento que la sangre se me agolpa en las mejillas y que mi corazón acelera sus latidos como un tambor al iniciar el traspaso. Después se marchan alegres, corriendo como cuatro mariposas, pisando levemente sobre la hierba húmeda del bosque. Yo, inmóvil, las miro partir. En mis labios perdura el dulce sabor del beso de Marta y me persigue el perfume de su cuerpo joven y robusto.

—Vamos—me llama Román.

Y yo lo sigo con la vista fija en las muchachas, que ya han llegado al límite del bosque y atraviesan la calzada a saltitos, como pájaros nuevos.

* * *

El cuartel, en estos días de licencia general, está desierto, silencioso, sin alma. De los conscriptos de nuestra compañía, sólo hemos quedado Román y yo, por no tener parientes en la ciudad. En las noches, nuestra cuadra se ve triste y desierta con los lechos vacíos, helados, lisos. Román empieza a preocuparse de su vestuario, a medida que se acerca la fecha de licenciamiento. Su voz me llega desde la litera de abajo, con ese tono algo cansado del hombre que se aproxima al sueño:

—Esto se está poniendo feo—me participa—. Hasta ahora no he podido ahorrar ni "cobre" y no tengo ni un taparrabos de mi propiedad.

—No deberías haber quemado tu ropa—le respondo con suavidad.

—¿Mi ropa? ¡Ja, ja, ja! Estaban hirviendo de piojos esos trapos viejos. Nunca había estado tan pobre. Los piojos me tenían enfermo, te lo juro. Por eso los condené a la hoguera.

—A pesar de todo—continúa Román—estoy satisfecho y no me aflijo gran cosa. Confío en que algún compañero me preste un pantalón y una chaqueta. En último caso un pantalón. Cualquiera puede andar en la calle sin chaqueta, pero nunca habrás visto a un prójimo sin pantalones.

Después hace proyectos y me promete que no me perderá de vista cuando salgamos licenciados. Le propongo que nos "enganchemos" para las salitreras. Pero no me responde. Se ha quedado dormido repentinamente. Siempre le ocurre lo mismo. Algunas veces el sueño lo sorprende hablando y sus últimas sílabas vienen empapadas con una extraña niebla de misterio.

* * *

"Canelo" está enfermo. Esta mañana se ha negado a recibir mi pan y tiene los ojos tristes, semicerrados, como si dormitara. Se lo hice notar al sargento Neira, pero no se preocupó del asunto. Me dolía colocarle el albardón sobre sus lomos y amarrar la ametralladora a sus soportes. Pero he tenido que hacerlo. Esa es mi obligación. ¡Pobre "Canelo"! No me juzgues mal. Yo no tengo la culpa de esto. Soy el encargado de cargarte, apretar tu vientre y conducirte por cerros y quebradas, pero esa no es mi voluntad. Acaso tú no lo comprendas nunca. Yo, en este recinto, desempeño el mismo papel que tú. A ti te ponen la ametralladora sobre tus lomos y a nosotros nos cuelgan una mochila, cantimploras, fusiles, palas y correas y nos ordenan marchar, correr, arrastrarnos y otras cosas que tú no puedes hacer.

Ahora ascendemos la colina y el esfuerzo de "Canelo" es notorio. Deja escapar algunos

quejidos sordos y resopla con los ollares desmesuradamente abiertos A pesar de mis esfuerzos, no encuentro medio de aliviarlo. Para reconfortarlo, le golpeo el cuello a menudo y le acaricio las quijadas duras. "Canelo" parece comprenderme. En el primer descanso, después que descargamos las ametralladoras y las cajas de municiones, le he vuelto a ofrecer pan, que guardo en mi morral, pero rehusa aceptarlo. Esto me aflige. Si yo fuera veterinario, "Canelo", sabría lo que tienes y trataría de aliviarte, pero soy tan ignorante que estoy aquí, a tu lado, contemplándote como un estúpido, sin saber qué hacer, madurando mi congoja.

* * *

Estamos en el umbral de la casa de Negri. Hace algunas semanas que no me invitaba, y ahora me siento feliz de poder charlar algunos momentos con Elba. Las palabras de Román me han hecho meditar y he llegado a comprender mi estúpida conducta

frente a mi problema sentimental. Debo expresarle mis sentimientos en la primera ocasión que estemos solos. Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Qué palabras debo usar? ¿Y si me rechaza? Estas preguntas aceleran los latidos de mi corazón y me hacen temblar las manos. Es algo difícil declararle el amor a una mujer.

—Entremos—me invita Hugo.

Nos recibe el padre, acomodándose los lentes sobre la nariz para reconocerme.

—Ah, es usted, señor Medina. Hace mucho tiempo que no venía a vernos. ¿Ha estado enfermo?

—No, al contrario, señor. Me siento perfectamente bien.

—Ah, bien, bien. La salud es un gran tesoro. No hay que desperdiciarla ni abusar de ella. Yo siempre digo que la moderación es el mejor medio para vivir sano. Bien, mi amigo. ¿Por qué no había venido a vernos entonces?

—Tuve algunos inconvenientes de cuartel, señor.

—Después me los contará. Pasemos mientras tanto al comedor.

La madre se acerca a saludarnos y nos ofrece vino. Mientras bebemos, Negri se dirige a su padre.

—Mira, padre. Medina no ha podido salir porque estaba *apañado*. Figúrate que es tan *baratoso* que pasa *fondeado* en las pesebreras o en el cuarto de forraje. El otro día no quiso comerse una *tumba*, porque...

—Un momento. Pero, ¿qué jerga es ésa? ¿Quieres decirme qué jerga es ésa?—pregunta el padre, excitado, acariciándose su barba con dedos nerviosos para frenar su ira contenida.

—Eso es, sencillamente, lenguaje de cuartel.

—Yo se lo explicaré en pocas palabras, señor—intervengo conciliador—. El sargento me sorprendió durmiendo a la hora de aseo en las pesebreras y me arrestó con dos domingos sin salida. Eso es todo.

—Ah, eso es castellano. Eso lo comprende cualquiera. Pero tú, ¿de dónde has sacado

esas palabras estúpidas y esos ademanes de bajo fondo?

—Lo he sacado todo del cuartel, padre, ya te lo he dicho.

—Eres un necio. El hombre inteligente puede estar en el lodo, pero no se mancha.

—¡No es cierto! Te manchas aunque no lo quieras, aunque trates de evitarlo. Te manchas a despecho de todos tus esfuerzos por mantenerte puro.

—¡Silencio, idiota! ¿Qué sabes tú de la vida? Eres un niño, apenas eres un niño que fuma y bebe para asemejarse a un hombre. Te he educado con esmero, te daré luego una profesión lucrativa y ahora vienes con palabrotas, hablando una jerigonza estúpida y hediendo a tabaco ordinario y a vino de taberna.

—Bueno, vamos por partes. Si soy un niño como dices, ¿por qué me obligan a estar en el cuartel en lugar de estar estudiando en la universidad? Vamos, no te inquietes. Pero tienes que saber todavía algo más: ahora sé cómo se mata a un hombre. Estoy

aprendiendo a matar. Verás que magnífico cirujano seré cuando haya terminado el servicio. Sé apuntar con un fusil a las partes vitales de otro hombre y sé cómo se entierra una bayoneta, sin peligro de que quede clavada entre los huesos de la víctima. Así se hace.

Negri ha cogido un plumero y lo utiliza como si empuñara una bayoneta. Avanza, retrocede, salta hacia los lados y por último se abalanza contra su padre y lo golpea suavemente en la barriga.

—¡Estúpido! Estás borracho. Cada vez que vuelves al hogar estás más detestable.

—No. No estoy borracho. Te lo juro, padre.

—Pero estás diferente. Hablas estupideces y tienes gestos de hampón. Cada día te pones más majadero, más sucio en el lenguaje, más... Tal vez entre tus compañeros puedas comportarte en esa forma, pero entre nosotros, delante de tu madre y de tus hermanos menores, es intolerable.

—Es que traigo un pedazo del cuartel cuando regreso a casa.

—¡Basta, idiota! El cuartel es el cuartel y el hogar es el hogar. ¿Entendido?

Negri se encoge de hombros con gesto despectivo, coge una de las botellas que tiene a su alcance y vierte vino en su vaso. Luego se dirige a mí.

—¿Quieres un trago?

Vaciamos nuestras copas y volvemos a beber. Mientras bebo pienso en Elba. ¿Dónde estará? No la he visto desde que llegamos, pero no quiero delatar mi interés preguntando por ella. Su ausencia me hace permanecer ausente de las rencillas familiares y de los ruidos domésticos que llegan hasta el comedor a través de los muros. El temor, la ansiedad y la impaciencia se confabulan en mi contra. Es inútil luchar contra los sentimientos. Y entonces, agobiado por la espera, bebo otro vaso. El padre nos observa con repugnancia, haciendo girar sus ojillos detrás de sus lentes, como si examinara a dos bichos raros. Comprendo que nuestra actitud le desagrada, pero no puedo dejar de vaciar las copas llenas de este delicioso vino añejo que

me calienta la sangre, me abrillanta las pupilas y me ayuda a soportar la ausencia de Elba.

—La juventud está perdida, estúpidamente perdida—murmura el anciano, conversando consigo mismo, expresando su pensamiento en voz alta. Y en seguida se aleja hacia las habitaciones interiores.

—¿Qué te parece el viejo?—me dice Negri, con gesto satisfecho—. Lo he hecho pasar un mal rato y todavía tengo que seguir dándole con lo mismo.

—Dime, ¿qué es lo que te propones?

—¿No lo has adivinado? Quiero demostrarle los "progresos" que he hecho en el cuartel. Cuando le dije que no tenía deseos de hacer el servicio, que deseaba seguir estudiando, que un año entorpecería mis estudios de leyes, se enfureció como un toro provocado. Me dijo que la patria necesitaba a todos sus hijos en tiempos de paz o de guerra, que tenía demasiado tiempo para estudiar y que se consideraría un padre deshonrado si yo rehusaba cumplir con mis debe-

res de chileno. Es decir, me largo un discurso de choclón. Pero parece que ya va comprendiendo. Me esmero en hablarle en jerga de cuartel y en insultar a mis hermanos menores cuando no cumplen las órdenes que les doy. Para ellos, a ratos, soy una especie de sargento Neira. Y bebo y fumo en su presencia. Creo que con todo esto no le hago daño alguno. Sólo quiero hacerle una demostración práctica de mis nuevos conocimientos. Antes le hablaba de leyes y filosofía. Ahora le hablo del cuartel.

—Lo estás martirizando, hombre.

—¿Y el martirio nuestro? Quiero que mi padre comparta conmigo su entusiasmo por los uniformes.

Al retirarnos, nos encontramos en la puerta con Elba, acompañada de un hombre alto, esbelto, sonriente y obsequioso, que saludó a Negri con un suave y familiar palmoteo en las espaldas. Elba apenas me vió. Iba casi colgada del brazo de su acompañante. Al verla he quedado con una extraña sensación de vacío interior, como si me hubieran

sometido a una operación neumática. Camino del cuartel, se va apoderando de mi sangre una extraña euforia de furor, pena y humillación. Quiero preguntar a Negri quién es el hombre que acompañaba a su hermana, por qué iba ella colgada de su brazo y por qué su cara resplandecía de felicidad. Pero no puedo hablar. Sé que si hablo me denunciaría el temblor de la voz. Hago esfuerzos por serenarme y lo consigo a medias.

—Oye, Hugo.

—¿Qué? ¿Me estabas hablando?

—Sí. Quería hacerte una pregunta sin importancia.

—Bueno. Habla.

—Se trata de que... es decir... de tu hermana.

—Caramba que te estás poniendo misterioso. ¿Qué diablos te pasa?

—Nada, hombre, nada. Quería preguntarte sencillamente que quién es el hombre que iba con tu hermana.

—Ah. Eso era todo. Se llama Efraín Romera. ¿Lo conoces?

—No. ¿Es amigo de tu hermana?

—Un poco más que amigo: su novio. Se van a casar en diciembre.

Si hubiera explotado una bomba cerca de nosotros, no habría sufrido una conmoción tan fuerte. Exteriormente no he perdido mi serenidad al escuchar la noticia. Mi drama es interior. Hugo nada sabe de esto. El derrumbe de mis ilusiones ha sido total y he quedado entre los escombros con los puños en alto, en un mudo gesto de impotencia desesperada.

Llegamos al cuartel. Presuroso, busco refugio en mi lecho de paja. Allí, de espaldas, las pupilas se me humedecen. Siento asco de mí mismo. Me desprecio por mi sensiblería, por esa blandura que me ha hecho enrojecer cientos de veces ante ojos escrutadores. Pero de pronto me impregno de una honda y pura serenidad. Me ha bastado mirar hacia el cielo a través de las junturas de las tablas y descubrir el centelleo de una estrella tan distante, tan lejana para mi ansiedad, que me hace consciente de mi infinita pequeñez.

* * *

Las marchas se han hecho cotidianas. Ahora, después de ascender y descender un cerro, avanzamos por un largo camino polvoriento, a una considerable altura sobre el mar, cuya cinta azul divisamos a ratos entre los árboles que jalonan el camino, como centinelas sin reemplazo, vigilando el horizonte.

Montaner cojea todo el tiempo y se queja de un pie herido. A cada paso la boca se le desfigura en una mueca y blasfema en voz baja, mirando siempre hacia el suelo. Algunas gotas de sudor se le escurren por la frente y el cuello y dejan estelas de barro que le estrían la cara grotescamente.

—Me tiro al suelo y no me mueve nadie —amenaza Montaner. Pero continúa cojeando, contrayendo la boca con un rictus doloroso y vomitando insultos desde el fondo de sus entrañas.

Todos vamos agobiados bajo el peso del equipo completo de campaña. Las correas se

incrustan en la carne de los hombros y las espaldas transpiran tan copiosamente que los uniformes se ven mojados al quitarnos las mochilas. No hay viento y el polvo forma un halo asfixiante sobre la tropa en marcha, penetrando por las narices y agrietando los labios. El agua de las cantimploras está tibia y algunas ya están vacías, sin que sus dueños tengan ocasión de llenarlas. La mía, por supuesto, está seca, estrujada. Mi imaginación exaltada, me hace delirar sin fiebre. Veo, dentro de mi cabeza, riachuelos cantarines, acequias rumorosas, cantaritos de agua fresca, ríos melodiosos, pequeñas cataratas que caen en la distancia, más allá de mi boca ardiente y desesperada. Es todo un delirio líquido que me hace creer lo que en un tiempo me pareció exagerada mentira: que nuestros abuelos, al atravesar el desierto de Atacama en la Guerra del Pacífico, se bebían sus orines calientes, como si fuera el más delicioso néctar de la tierra. ¡Lo creo, lo creo, lo creo!

Un calor sólido, enervante, ocupa el espa-

cio entre la tierra y el cielo, quemando el pasto de las colinas y azotando las filudas aristas de las rocas. Algunos cactos yerguen su fiereza frente al sol que los calcina. Sus raíces resecas, deben buscar ávidamente el húmedo frescor que se oculta bajo la áspera y ardiente corteza de la tierra. En silencio, la tropa serpentea por el camino, asciende, baja, vuelve a subir y continúa sobre la carretera ondulante, dejando una estela de cansancio y de acre olor a cuerpos sudorosos.

Desde que comenzaron las marchas el cabo Cohan decae visiblemente. Se ve que el ejercicio excesivo lo debilita. Ha enflaquecido y se le han acentuado las ojeras bajo sus ojos claros, que ahora miran como si contemplaran un paisaje inasible. Habla muy poco y da las voces de mando con tono cansado. Pero jamás se queja. Ni una palabra de agravio o desaliento ha salido de sus labios desde que estamos en el cuartel, soportando estoicamente su cansancio y el avance de su mal. Cuando se nos ordena hacer alto, es el primero en alegrarse y por su rostro demacra-

do cruza un relámpago de franca simpatía. Todos lo estimamos. A menudo le ofrecemos frutas o cigarrillos que rehusa sonriendo, agradecido. No toma nada de nosotros, pero cuando puede nos obsequia cigarrillos "Reina Victoria", que para los reclutas significa un refinamiento casi olvidado. Con los ojos bajos, marcha ahora sonambúlicamente, pero cada veinte o treinta pasos sacude su mochila con un movimiento brusco de sus hombros y de los músculos de la espalda, para aliviar la presión de las correas que se le incrustan en las clavículas flacas y desprotegidas.

Los oficiales marchan a caballo a nuestro lado, indiferentes y silenciosos. El capitán Pineda, rojo como camarón cocido, va embadurnado de grasa derretida que le fluye por los poros bajo la rigidez de su uniforme. Una rabia sorda se asoma a su rostro congestionado. El calor lo sofoca. Creo que cantaría de felicidad si pudiera quitarse la guerrera. Pero la disciplina (¡ah, terrible disciplina!) se lo impide y debe resignarse.

El teniente Candia nos mira sonriente y nos hace algunas bromas para mantener el buen humor. Pero sus propósitos no surten efecto. Estamos demasiado cansados para celebrar chistes.

—Ya no puedo más—murmura Negri con acento desgarrado.

—La señorita Negri ya no puede más hace mucho rato—comenta el sargento Neira, con ironía—. Vamos a ver si es cierto cuando subamos aquel cerrito.

Miramos hacia nuestra izquierda y vemos una colina parda y árida, por cuya ladera asciende el camino en espirales. Las protestas surgen sin palabras en la dura expresión de las pupilas y el desaliento se nos cuelga de las espaldas y nos aplasta los hombros.

—No es posible. No. No es posible—pienso mientras avanzamos en dirección a la colina. Confío en que nos darán un descanso antes de efectuar la ascensión, y esta idea es tan fuerte en mí que se convierte en certeza. Avanzamos, acercándonos cada vez más a la colina. Ya estamos frente a ella. Espero de

un momento a otro la ansiada voz de alto. Pero mi esperanza es inútil. Ya la cabeza de la columna empieza a ascender y podemos distinguirla perfectamente, curvada por el esfuerzo.

—No. No es posible—pienso—. Esto es demasiado. Caminamos desde el alba y ya debe ser cerca de mediodía.

Resignados, ascendemos la colina lentamente, curvados y silenciosos. La fatiga, como un inmenso y grotesco pájaro, va extendiendo sus alas invisibles sobre el regimiento en marcha, debilitando las voluntades obstinadas en no ceder. Con las miradas bajas o extraviadas, mirando sin ver, la tropa camina mascullando maldiciones. Una rabia sorda y primitiva se adivina en todos los rostros marcados por una expresión colectiva de cansancio. Sólo se escucha el rumor de las caramayolas y el plaf-plaf apagado de la marcha sobre la tierra blanda. Al llegar a la cumbre, nos recibe un viento fresco, saturado de yodo y de sal, que nos trae canciones submarinas hurtadas en la distancia, más

allá del círculo verde que aprisionan las pupilas.

—¡ALTOOOOOO!

La orden nos tumba en tierra y nos deja inmóviles y en silencio sobre la colina, de cara al cielo puro y azul. De espalda, la mochila por almohada, no veo más que eso: cielo, simplemente cielo. Y al contemplarlo asombrado, estoy a punto de olvidar mi cansancio.

* * *

Hoy encontré a Elba entre el bullicio de la calle Prat, colgada del brazo de su flamante esposo. En la cara reflejaba la felicidad de la mujer que ha dejado de ser virgen. Para que no me viera me acerqué a un escaparate y pegué mi nariz a los cristales. Cuando se alejaban, la seguí con la vista. Debe ser feliz. Se deja ver que quiere ser un solo cuerpo con el de su marido, quiere fundirse, unificarse con él, alargando el paso, lo que la hace contorsionar las caderas, ridícula, llevando el compás de marcha de

su hombre, dejándose arrastrar por esa sublime y pueril ansiedad femenina de asemejarse a las modalidades del sujeto amado. No sé si me habrá reconocido. Creo que no me ha visto. Iba ciega, con ojos sólo para él, para el idiota elegante que la posee y que la seguirá poseyendo hasta en sus arranques seniles.

Este encuentro me ha enturbiado el alma. Siento que corre por mis venas una energía salvaje mezclada con angustia. Podría dar de puñetazos a un hombre hasta destrozarlo o podría aullar como un perro abandonado. Me encamino con lentitud hacia el barrio del puerto y desciendo como un autómata la escalera de piedra del "Bar Naval", donde me emborraché con Román el primer día que nos dieron franco en el cuartel. Me dirijo hacia la misma mesa tatuada que usamos aquella noche, enciendo un cigarrillo y me hago servir una botella de vino tinto.

Mientras bebo examino los burdos tatuajes de la mesa. Está cubierta de cicatrices que le han hecho los marineros y clientes que se

han sentado frente a ella para dejar una perenne estela de su paso. Leo algunos nombres de ciudades exóticas y observo con interés los endiablados signos chinos, japoneses, turcos o egipcios. Si el planeta sufriera un cataclismo y esta mesa quedara sepultada y transcurridos varios siglos fuera reintegrada a la superficie, en duros aprietos se verían los arqueólogos del futuro para descifrar esta amalgama de fechas, nombres de ciudades, monogramas, dibujos y palabras cruzadas. Leo un nombre de mujer: Joan. Nada más que eso. Ni una fecha, ni una indicación. ¿En qué tierra helada o llena de sol vive Joan, o ya no existe en este preciso momento que leo su nombre? ¿Quién la recordó junto a esta mesa basta y carcomida en este último rincón del mundo? Tal vez aun espera el regreso del amado. Tal vez lo haya engañado. Quizás si sólo ha sido un sueño en el alma de un hombre.

El vino, en vez de alegrarme, me pone triste. Esto no tiene nada de extraño: siempre me sucede lo mismo. Además, no soy el

único que tiene el vino triste. A la segunda botella tengo los ojos acuosos y sostengo mi cabeza con los puños cerrados. El nombre de Elba gira en mi cerebro como un remolino de angustia y soledad. La amo. No es verdad: la amé. No es cierto: la odio. Pero, ¿por qué la odio? Esto es absurdo, estúpidamente absurdo. No se puede odiar a una persona que nada malo nos ha hecho, que no nos ha causado ningún daño. Elba fué siempre amable conmigo. Toleró mi presencia con sincera cortesía. Y eso fué lo que yo interpreté como reciprocidad de sentimientos. He sido un imbécil que me forjé ilusiones sin consultarla. Pero, ¿cómo pude aspirar al amor de una muchacha como Elba? ¿Es posible coger una estrella con la mano? Lo que yo merezco es una ramera de última categoría.

Como no tengo con quién entablar conversación, monologo interiormente y me excito hasta ponerme trémulo. Levanto la vista y veo a una pareja de obreros que me observan con una sonrisa que interpreto por desprecio. La taberna está casi vacía. A esta



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

hora los clientes están sudando en los muelles, cargando bultos, manejando grúas, tarjando mercaderías en las lanchas o a bordo de los barcos que aun no terminan sus faenas de embarque y desembarque.

Cancelo el consumo y abandono el local con paso inseguro. Me siento ebrio, desconcertado, irritado conmigo mismo. En la calle me confundo con el río humano que corre sin descanso y ya no soy más que una simple pajuela arrastrada por el torrente de la vida.

* * *

—Acaso tú no me comprendas—me confiesa Gana, en uno de sus raros momentos de expansión—pero yo vivo como un sonámbulo. Créeme, algunas veces no oigo las voces de mando, pero ejecuto los movimientos y ejercicios sin equivocarme Es algo extraño. Otras veces no recuerdo lo que acabo de hacer. Por ejemplo, tú me regalas un plátano o una naranja y yo me la como, te doy las gracias y sólo después me doy cuenta de

tu acción y trato de recordar el gusto de lo que he comido. No sé si me comprendas, pero esa es la verdad.

Enmudece bruscamente, enciende un cigarrillo y luego continúa desgranando confidencias de su infancia, con los ojos semicerrados, la voz pálida y lejana, como si auscultara en esa forma los laberintos de su mundo interior.

—La casa donde vivíamos era demasiado grande para tres personas. Era una existencia odiosa. Lo que me liberó de esa situación fué la avaricia de mi padrastro, que siempre andaba buscando ocasiones para hacerme notar que comía demasiado, que gastaba mucho en ropa y que el deber de todo hijo era el de ayudar a sus padres. A los catorce años me colocó de mesonero en una panadería. El patrón era un hombre rudo, grueso, grosero. Y allí empecé a sufrir. Cada comprador que se acercaba al mesón era un martirio para mi timidez. Me equivocaba en el cambio, no atinaba a hacer los paquetes y despachaba el pan cambiado. Pero

cada equivocación me costaba un puntapié del patrón y pronto fuí un dependiente modelo. No sé por qué te cuento esto. A lo mejor no te interesa. A nadie le interesa la vida ajena.

Permanecemos en silencio. Gana mira las copas de los árboles, tendido sobre la tierra removida del bosque y yo permanezco con las manos cruzadas por frente de mis piernas, en actitud de aparente indiferencia.

—¿Qué piensas hacer cuando salgas licenciado?—le pregunto, sin mirarlo.

—No sé qué haré, pero puedo asegurarte una cosa: no pienso volver a la panadería ni a la casa de mi padrastro.

—¿Pero por qué no vuelves a tu empleo de la panadería? ¿Crees que es muy fácil encontrar una colocación en otra parte?

—No me interesa. Es un trabajo muy sacrificado. Figúrate: estás rodeado de pan por todos lados y no puedes coger ninguno cuando tienes hambre. Por otra parte, se venden pasteles y empanadas y debes conformarte con tomarles el olor. Eso no es para hom-

bres. Deberían existir dependientes mecánicos para vender artículos alimenticios. Sería más humano.

Gana, el silencioso, me ha hablado largamente. Esto es asombroso. A fuerza de no escuchar su voz casi la habíamos olvidado. Ya estamos habituados a su silenciosa presencia. Ahora me siento más cerca de su alma.

* * *

Con la llegada del verano las pulgas se han multiplicado prodigiosamente y nos mantienen despiertos y malhumorados gran parte de la noche. ¡Malditos bichos! Siento que me recorren el cuerpo con un ligero cosquilleo y chupan mi sangre. No me importaría que me extrajeran hasta la última gota y dejaran mi esqueleto vacío Lo que me molesta es la irritante picazón que se prolonga por largo rato hurtándonos el merecido descanso y estropeando nuestros nervios con la falta de sueño.

Pero, a pesar de todo, me siento alegre y

optimista con la llegada del verano. Ya no resbalamos en el barro, ni el agua se nos cuela por las suelas de los zapatos y han desaparecido las manos amoratadas y los rostros pálidos. Ahora el sol nos ha teñido las carnes y hay algunos que parecen soldados de chocolate. Keller es un cangrejo cocido, Román parece haber tomado carta de ciudadanía etíope y yo he cambiado el pellejo totalmente, trocando mi tez pálida por un acentuado color violáceo. A todos nos ha ocurrido lo mismo, menos al sargento Neira, negro por naturaleza y, por lo tanto, imposible que cambie de color, aunque se derrita bajo el sol de Africa.

* * *

En esta cálida tarde de fines de diciembre nos han traído a bañarnos a la playa. Desnudos y ágiles, correteamos a la orilla del mar sobre la arena negra y reluciente. La alegría nos revienta por todos los poros. Nos golpeamos mutuamente, gritamos y nos perseguimos hasta caer agotados, para luego vol-

ver a empezar. Algunos intentan nadar mar adentro, pero la voz enérgica del teniente Candia los detiene y los obliga a regresar.

En nuestros cuerpos desnudos, las olas rompen y resbalan hacia la playa. El sol juega con el mar y en la distancia cabrillea el agua de un azul intenso, mientras las gaviotas vuelan chillando sobre nuestras cabezas.

El sargento Neira también corre con nosotros como un trozo de carbón labrado. Ríe silenciosamente y la cara se le ilumina con el brochazo blanco de la dentadura. Desnudo, sin el uniforme militar, se ha humanizado y ha perdido el aspecto temible que le confieren sus jinetas amarillas. Ahora, corriendo a nuestro lado, no es nada más que un hombre alegre de vivir frente a la inmensidad del mar. "Pampanito" danza inconscientemente, haciendo cabriolas a lo largo de la playa o se inmoviliza en un escorzo de su alegría escotera. Román se zambulle como un pato y me llama jubiloso. Marcoleta arroja puñados de arena mojada al cuerpo de Marín, que se defiende haciendo esguinces

de esgrimista avezado. Sólo Gana permanece aislado, sonriendo levemente con el gesto inconfundible de un hombre que se aburre ante un espectáculo que no lo divierte.

El teniente Candia nos contempla, rojo de calor. Se ve a las claras que le agradaría estar con nosotros y sumergirse en el mar, pero lo detiene la disciplina, y ahí está, mojada la frente en transpiración, vigilando el baño de la tropa. Chorreantes de agua, nuestros cuerpos jóvenes y sanos, de músculos endurecidos, armonizan sus movimientos plásticos con el amplio escenario que nos circunda. Respiro a pulmón lleno el aire impregnado de yodo. Me siento ágil, fuerte y sano. Trepo a una roca escarpada tomándome de las aristas salientes, apoyando mis pies en pequeñas hendiduras, venciendo los obstáculos por el placer de hacer un esfuerzo, por simple deseo de trepar, dejando obrar libremente a mis impulsos.

Desde lo alto de la roca oteo el mar y los contornos. Una embarcación a vela navega cerca de la costa, a peligrosa distancia de los

arrecifes. Un pañuelo blanco saluda, desde la lancha, batido por una mano de mujer, y yo contesto agitando mis manos sobre la cabeza. El viento me envuelve y una ola violenta se estrella ruidosamente contra la roca en que me encuentro y me salpica con una fresca lluvia de agua viva. Y ahora soy sólo un hombre frente al mar.

* * *

Al abandonar la taberna, la calle nos recibe con su bullicio nocturno y el implacable guiño de sus avisos luminosos. Tudela y yo hemos bebido sin medida, como animales, fumando cigarrillos baratos en el sótano del "Bar Naval", cuyo dueño ya me saluda levemente cuando se percata de mi presencia. Me gusta ese ambiente, donde se hablan lenguas extrañas y los hombres parece que llevan en sus pupilas un exótico pedazo del planeta.

En el "Naval" me siento a mis anchas. Los parroquianos son rudos, groseros, huelen mal, se emborrachan y cantan sin que nadie se escandalice por ello. Las disputas o los in-

sultos suelen liquidarse con un puñetazo, sin que esto produzca chillidos histéricos como ocurre en otros sitios más refinados.

Al desembocar en la plaza nos encaminamos hacia la calle Márquez. Ascendemos por una acera empinada. La torre de la matriz, entre el fragor del puerto y el bullicio nocturno, es un habitante exótico en aquel barrio de vida y de pecado. Tudela canta con voz ronca. Se ha puesto violento y es peligroso contradecirlo. A un marinero de la Armada le ha largado un insulto a quemarropa con el visible deseo de entablar pendencia. El marinero, sorprendido, esquiva el bulto y me dirige una rápida mirada de comprensión.

—¡Eh, marinero, eh, gallina!—lo increpa mi compañero, pero el ofendido se aleja impasible, haciendo ondear sus anchos pantalones con ese ligero balanceo característico de la gente de mar.

—Pstt. Pstt.

El llamado nos llega desde una puerta entreabierta. Por el pequeño espacio alcanza-

mos a distinguir un rostro de mujer. Estamos en el barrio de las rameras. Nos encaminamos hacia la puerta y nos recibe una muchachita flaca, pintada como una muñeca, que nos invita a entrar, cerrando la puerta tras de nosotros. Penetramos a una sala pobremente amoblada. El tapiz de los muebles está desgastado y descolorido por el tiempo y el papel de las paredes ostenta jirones colgantes, desprendidos por la humedad de infinitos inviernos. La mujer da cuerda a una victrola gangosa y toca un tango de moda. Nos mira sonriente, con las manos cruzadas sobre el regazo.

—¿Qué se sirven, chiquillos?

Pedimos vino. Es lo más barato. Bebemos largos sorbos del líquido rojo y adulterado que nos enturbia las pupilas y embrutece el cerebro. Tudela corea el tango mientras baila con la muñequita pintada:

—Paaa-tooooo, que peinás a la gominaaapatooooo, milonguero y compadrón.

Yo los observo desde un ángulo de la pieza, hundido en un sillón desvencijado, aspi-

rando el humo de un "Yungay" hasta el fondo de mis pulmones. La puerta que da a la pieza vecina se abre y en el hueco negro aparece una muchacha alta, hermosa y delgada, que se sienta a mi lado.

—Qué solo te han dejado, chiquillo—me dice sin ceremonias.

—Mejor—respondo, sin fijarme en lo que digo.

—¿Te molesto, entonces? ¡Milico idiota! ¿Para qué vienes a esta casa, entonces?

—¿Qué para qué vengo a esta casa? Vaya una pregunta. Supongo que vengo a hacer lo mismo que todos los hombres cuando traen dinero suficiente.

—Mira, no me hagas caso. Algunas veces no me doy cuenta de lo que digo. ¿Bailemos este tango?

Le advierto que no sé bailar. Entonces mi vecina aproxima su silla a la mía y quedamos en íntimo contacto de piernas.

—Vamos a ver, mi general—me dice con sorna—. ¿Por qué tiene ese aspecto tan idiotizado?

—Tengo un carrousel en la cabeza.

—¡Qué cómico, un carrousel adentro de la cabeza! Ja, ja, ja. Oye, Pola, dice que tiene un carrousel adentro de la cabeza...

Observo que mi compañera tiene la risa fácil. Parece que ha bebido más de lo conveniente y persiste en seguir bebiendo. Coge algunos vasos y los vacia por turno en su garganta ávida que se hincha en la base al dejar pasar el líquido. Al quinto vaso sus movimientos son torpes y sus ojos adquieren una estúpida expresión de animalidad. Luego, la acomete una repentina alegría que se esfuerza en expresar.

—Ah, mi generalito. ¡Qué triste estás! ¡Alégrate, baila conmigo!

Se incorpora y trata de levantarme. Me resisto. Protesto inútilmente porque mi compañera se empeña en que dance con ella y me obliga a dar algunas vueltas.

—Ah, pícaro, decías que no sabías bailar, cargante. Todos estos milicos son falsos, mentirosos, hipócritas.

Y me rechaza bruscamente, con un odio imprevisto que le enciende las pupilas.

—¡Todos son iguales, hipócritas, falsos!—repite convencida, y de pronto rompe en una histérica crisis de llanto que la hace ovillarse sobre el sofá desvencijado, con la cara oculta entre las manos trémulas. La muñeca pintada se liberta de las manos de Tudela y corre hacia su compañera.

—¿Qué tienes, niña, qué te han hecho?—pregunta sin obtener respuesta.

—¿Qué le hiciste, animal, qué le hiciste?—me increpa, furiosa, con los ojos llameantes de cólera.

No sé qué responder. No me explico el violento cambio de mi compañera y estoy admirado de que la dulce muñequita pintada que nos sonreía hace un momento, pueda demostrar tanta ferocidad por una causa tan insignificante.

—Déjala. Está borracha—interviene Tudela, tratando de quitar a la muñeca pintarrajeada de los brazos de su amiga, pero

la muchacha se agita como una gata y le grita furiosa, escupiendo las palabras:

—¡Déjate, imbécil, o te rompo el hocico!

Después de un breve momento mi compañera se tranquiliza, se enjuga las lágrimas y pide de beber. Le alcanzo un vaso de vino que escancia de un largo sorbo, y luego rompe a cantar como si nada hubiera ocurrido. Tudela se apodera de su muñeca pintada y yo quedo nuevamente solo. Pero nada más que por un momento. La muchacha repara en mí y se sienta en mi falda, mimosa y sumisa para hacerse perdonar, con los párpados enrojecidos por las lágrimas.

—Perdóname, no me hagas caso. Te he hecho sufrir esta noche, mi generalito, pero te voy a premiar. Sí. ¡Te voy a premiar! No me digas que no, mi lindo, no quiero que me digas que no.

Me apreta la cabeza y me besa en la boca. Me inunda su aliento cálido, afiebrado. Bajo sus ojos hay dos sombras azules disimuladas por los polvos baratos. El rojo falso de los labios y las mejillas no son suficientes

para darle aspecto de salud. Tudela, completamente borracho, baila casi recostado sobre su compañera. De pronto, en un rapto de lujuria incontrolada, tiende a la muchacha sobre un sofá que rechina con el peso de los cuerpos, y le alza las faldas posando sus manos ávidas en las nalgas desnudas de la ramera.

—Animal, bruto—protesta la muñeca pintada, pero se ve que no le disgustan las caricias del macho.

En ese mismo instante aparece en la puerta de la sala una mujer alta y hermosa, avanza con estudiada afectación, nos mira con picardía y comienza a quitarse las ropas mientras emite una risita nerviosa y de un timbre agudo que se corta para volver a empezar.

—¿Quién es esa mujer?—averiguo a mi compañera.

—Es la señora Chinda, la dueña de casa. Vas a divertirte un rato. Ese es el trabajo que hace todas las noches que hay clientes: desnudarse. Nosotras hacemos el resto.

Mis ojos no se apartan del cuerpo de la mujer. Veo cómo se quita la blusa, la falda, las medias, las prendas más íntimas, hasta quedar magníficamente desnuda. Luego avanza hasta el centro de la pieza, ufana de su impudor y permanece allí un momento incitándonos con su muda presencia. Miro sus senos enormes, apetitosos, sus nalgas opulentas y sus piernas prodigiosas. Siento que por mis venas corre lava ardiente. Mis veinte años aúllan por una hembra. La bestia salta en mi sangre, enciende mis pupilas y endurece mis músculos como un tigre dispuesto a lanzarse sobre su presa. Es el instinto desatado frente a una hembra desnuda. Y entonces, enloquecido de deseo, arrastro a mi compañera hasta la alcoba vecina. Antes de cerrar la puerta alcanzo a ver a Tudela que galopa sobre la grupa de la muñeca pintada, pues no ha querido perder el espectáculo de la dama desnuda, y ha optado por saciarse en el mismo sitio en que se encuentra.

Al amanecer, ebrios y agotados, abandonamos el local. Con el apetito sexual satisfecho,

nos sentimos derrotados, empequeñecidos, exhaustos. En el umbral de la puerta nos despedimos. La muchacha me pide que vuelva a visitarla. Su tono de voz es opaco, monótono, abatido. Se conoce que repite una lección. Ese es su oficio.

—Oye—me dice de improviso—. ¿Conoces a un soldado que se llama Raúl Montaner?

—Claro que lo conozco. Es de nuestra compañía.

—Dile que me venga a ver. No te olvides. Que me venga a ver, por favor.

Ahora comprendo. Es Rita, la amante de Montaner o, más bien, la que en un tiempo fué amiga de nuestro compañero, y para probarlo, ahí está el lunar pequeño en la mejilla izquierda. Me siento sucio y esto me desagrada y me irrita conmigo mismo. Me persigue un penetrante perfume a polvos de arroz, que me repugna. Tudela, que marcha a la zaga, se ha detenido a vomitar al borde de la acera. ¡Qué asco! La vida es una porquería. No es cierto. Estoy estúpidamente

equivocado. La vida es hermosa pero nos esforzamos por convertirla en una porquería.

El alba asoma más allá de los cerros y el puerto empieza a despertar acariciado por el abanico del viento sur. La sirena de un barco rompe el silencio como un anuncio de vida en las faenas del puerto. Los prostíbulos han enmudecido. Se han apagado sus faroles rojos y el dolor, celosamente, se ha refugiado detrás de sus puertas entornadas.

* * *

Aun no amanece cuando el regimiento abandona el cuartel. Nos han ordenado levantarnos de noche para ultimar los preparativos y nos hemos echado a la espalda el equipo completo, más las pequeñas cosas de nuestra propiedad, que pensamos nos serán útiles en la vida de campaña. Las mochilas pesan demasiado. Creo que "Canelo", al que llevo de la brida, debe estar más satisfecho de su suerte, pues la ametralladora es para él, en proporción, un peso menor que el que

nosotros debemos soportar con nuestro equipo completo.

Marchamos sobre el pavimento limpio de las calles, golpeando isócronamente el asfalto con las gruesas suelas de nuestras botas. Cuando miro los cascos pequeños y duros de "Canelo" que caen y se levantan con su paso menudo y rápido, me desconcierto y pierdo el compás de la marcha.

En toda fuerza armada las bestias gozan de más libertad que los hombres. Sobre ellas no se puede ejercer un control absoluto y en esto nos aventajan. Por ejemplo, se rascan o sacuden las orejas para espantar algún bicho que les molesta, aunque en ese momento las esté revistando un general. Cuando el comandante manda "firme" al batallón, "Canelo" alarga el cuello para rascarse un remo delantero o bien se desahoga ruidosamente si la circunstancia coincide. Y nadie lo insulta o arresta.

Algunos obreros se detienen a mirarnos pasar. En la penumbra del amanecer todos los rostros tienen un extraño velo de miste-

rio, con las facciones diluídas y los gestos ausentes, como si un pintor neurótico hubiera extendido un brochazo de sombra sobre el aguafuerte de la calle. En algunas ventanas se agolpan rostros de niños soñolientos, pegadas sus naricillas a los cristales, atraídos por la vibrante marcha que ejecuta la banda. Atravesamos todas la ciudad hasta alcanzar el campo, y ahora marchamos sobre la carretera pavimentada que serpentea a la orilla del mar. Ya la mochila se nos va haciendo insoportable y siento unos imperiosos deseos de arrojarla lejos para liberarme de su odiosa compañía. Eso lo pienso pero no lo hago. Marcho en silencio, como el resto de mis compañeros, aparentemente resignado, con los ojos bajos, ajeno al paisaje, pensando cuánto tiempo faltará para el primer descanso. Ya el sol empieza a martirizarnos, haciendo correr hilillos de sudor por los rostros malhumorados que hacen visajes de cansancio.

A nuestra izquierda queda el mar. Miro hacia atrás y veo el puerto empequeñecido,

pegado a los cerros ocres en los que se destacan los brochazos verdes de los eucaliptos y observo los barcos inmóviles con sus proas dirigidas hacia la playa, fumando su pipa vagabunda. Cerca de la costa hay un velero abandonado que apunta hacia el cielo con su bauprés podrido. Esta visión me distrae por un instante, pero ya estoy de nuevo con los ojos fijos en la carretera y el cansancio me tuerce la boca con un rictus de impotencia.

El cabo Cohan trata de distraernos nombrándonos los parajes de los aledaños. Pero nadie lo escucha. El continúa, alargando su brazo en dirección a las colinas cercanas, citando nombres y fechas en que las ha conocido, y observándonos que en esta ocasión se ha elegido el mejor camino para efectuar el trayecto.

—¿Pero no piensan darnos descanso?— interroga Román, con visible malhumor.

—Claro. Habrá descanso a su debido tiempo—responde el cabo, con arrogancia, molesto por haber sido interrumpido en su disertación técnica.

Y seguimos marchando durante largo rato, lo que nos indica que aun no es su "debido tiempo". Deben esperar que nos caigamos de extenuación o que arrastremos los pies para creer en nuestro cansancio. El sargento Neira no pierde oportunidad para zaherir a la tropa, y advierte a Román que ya es tiempo que llame a una nodriza para que le cambie los pañales. Román se muerde los labios. Creo que lo escupiría si pudiera hacerlo. Además del cansancio, debemos soportar las frases hirientes y el rencor que emana de las miradas del sargento.

Una de las compañías de fusileros que nos precede entona una canción guerrera, obligada tal vez por algún oficial con el ánimo de infundir entusiasmo a la tropa que empieza a dar visibles muestras de cansancio. Los fusiles van colocados a discreción, buscando cada soldado un pequeño alivio para sus miembros cansados, y las mochilas son sacudidas constantemente para aliviar los hombros de la presión dolorosa de las correas. Las voces del canto caen desmayadas y van

perdiendo fuerza hasta que sólo se escucha una sola voz de bajo profundo, de algún galoneado tal vez, que termina por callar avergonzada. Estas no son horas para cantos. Estas son horas para marchar en silencio, esperando la mágica palabra que nos libre de la fatiga que nos abate.

"Canelo" avanza, quejándose y abandonando las orejas que oscilan por la marcha. Preocupado de mi propia fatiga me había olvidado de él, a pesar de conducirlo de la brida y de sentir el roce de sus belfos en el dorso de mi mano derecha. Bestias y hombres experimentamos el mismo agotamiento. Parece que a todos nos hubieran cortado la lengua. Marchamos mudos y hoscos. Marín, el charlatán de la compañía, hace largo rato que no habla; tiene el rostro congestionado, la gorra echada hacia la nuca y marcha encorvado como un sauce, arrastrando los pies adoloridos.

Nos aproximamos a una aldea. Las primeras casas nos salen al encuentro. En algunas puertas y ventanas se agitan pañuelos

de bienvenida. Esto nos alegra y nos hace olvidar en parte nuestro cansancio. Algunos muchachitos de pies desnudos nos siguen y caminan a nuestro lado, con gestos de pueril y cómica admiración. Nos hacen preguntas que no respondemos. Al entrar a la aldea, la banda rompe a tocar y entonces alzamos la cabeza y el ritmo de la marcha se hace isócrono y duro. Marchamos en medio de una nube de polvo que nos ciega. Las calles de la aldea no son más que una prolongación del camino que se bifurca en tres o cuatro ramales con edificios bajos, rústicos y humildes. De todas las puertas salen hombres, mujeres y niños, con los ojos preñados de curiosidad. Algunas ancianas lloran a nuestro paso. ¡Pobres! Han llorado durante toda su vida, golpeadas por la miseria y por los hombres y aun les quedan lágrimas para nosotros.

Un muchachito moreno, canijo, de larga cabellera hirsuta, con apariencias de animallo silvestre, corre a nuestro lado y nos ofrece una sandía. Vacilamos en recibirla. El pe-

queño insiste, trotando para seguir nuestra marcha. Tudela hace ademán de coger la fruta de manos del niño, pero se lo impide la violenta voz del sargento Neira.

—¡Eh, recluta! ¿No sabes que estás en las filas o te imaginas que andas de paseo, idiota?

El niño se desconcierta, vacila, y la sandía rueda golpeándose en las piedras sueltas de la calle. Con el golpe se abre y su pulpa roja y fresca se enloda con el polvo. Tenemos la garganta seca y la rápida visión de la fruta nos violenta la sed, haciéndonos más penosa la angustia por su pérdida. Atravesamos la aldea y seguimos por el camino. El convoy de las cocinas portátiles y los camiones de subsistencias pasan a nuestro lado, envolviéndonos en una espesa capa de polvo que nos ciega.

—¡Altooooo!

Es el primer descanso de la jornada. Nos detenemos agotados y nos apresuramos a descargar las mulas. "Canelo" se sacude y respira profundamente, liberado de la ametra-

lladora que le hunde los lomos. Después nos arrojamos de espaldas sobre el camino, con las mochilas por almohada, o adoptamos las posturas más extrañas para descansar nuestros músculos estropeados. Algunos beben el agua tibia de sus cantimploras. El sargento Neira es el último en sentarse. Debe tener una vitalidad asombrosa o disimula su cansancio para hacernos sentir su resistencia física. Se sienta con calma, coloca su mochila a un lado, con parsimonia, y nos contempla con una enigmática sonrisa que interpreto por desprecio.

Mientras descanso, observo que Montaner entrega su caramayola al mismo muchachito de la sandía, con el que ha sostenido un misterioso diálogo. El descanso es largo. Nos han repartido el rancho y ahora devoramos nuestra ración de frejoles bajo un sol que nos calcina.

El teniente Candia se acerca a nuestra compañía y desde los lomos de su caballo mulato nos ordena prepararnos para partir. Cargamos la ametralladora, nos echamos la

mochila a la espalda y esperamos la orden de marchar con obligada resignación.

Ya el regimiento está de nuevo en marcha, hollando la carretera que se alarga como una cinta tortuosa hacia el horizonte lejano. En la distancia, el cerro "La campana" se empina hacia el cielo, destacándose en la plenitud candente del paisaje. Ahora, a ambos lados del camino se alzan viñedos y marchamos a la sombra de largas alamedas regadas por acequias rumorosas. El paisaje ha cambiado pero el cansancio es el mismo. El cabo Cohan empieza a dar visibles muestras de agotamiento que no se cuida de ocultar. Tiene el rostro desencajado. Los huesos de la cara se le notan bajo la piel terrosa y los labios descoloridos y agrietados se le entreabren y se le tuercen intermitentemente con una mueca de cansancio. Sus espaldas estrechas están ocultas por la mochila. Dejo de mirarlo y bajo la vista a la tierra suelta del camino. Ya el paisaje no me preocupa. Creo que aunque estuviéramos rodeados de campos maravillosos, en medio de una flora y

fauna desconocidas, no veríamos nada. La marea espesa del cansancio asciende dentro de nuestra sangre, ablanda nuestros músculos con sus martinetes de silencio y nos torna ciegos al exceder nuestra resistencia física.

De improviso Montaner empieza a vacilar. Da un traspié y lanza un juramento. Keller lo sostiene de un brazo y le murmura algo al oído, pero Montaner lo rechaza y sigue avanzando torpemente, como un hombre herido, con aspecto idiotizado.

Desde que abandonamos la aldea, Montaner ha empinado el codo con insistencia, y alguna vez creí percibir un inconfundible aroma de aguardiente. Pensamos que será difícil sustraer a nuestro compañero a las miradas de cualquier oficial y empezamos a temer por su suerte. Ahora avanza apoyado en los brazos de Keller y Tudela, con la cabeza colgante y los miembros fláccidos, semejante a un muñeco de cera ablandado por el sol.

Inesperadamente se suelta de los brazos

que lo sostienen y se deja caer de bruces, sin que Keller ni Tudela puedan evitarlo. Lo levantan y lo arrastran en un último esfuerzo por evitar que se den cuenta los oficiales. Pero todo es en vano, porque el capitán Pineda ha visto el alboroto desde lo alto de su caballo y se acerca a nuestra escuadra con la mirada dura, inquiriendo el motivo de la caída.

—¿Qué pasa en su escuadra?—grita, dirigiéndose al sargento Neira.

—No sé, mi capitán. Voy a averiguarlo.

—¿Qué le pasa, conscripto Montaner?

—¿Qué le pasa a éste?—repite el sargento, irritado, sin dirigirse a determinada persona.

Nadie le responde.

—Suéltenlo—ordena el capitán.

Montaner vacila y avanza haciendo zigzags. Requerido nuevamente, tartajea su respuesta:

—No sé qué me pasa... el calor tal vez...

Pero el sargento ya sabe a qué atenerse. Ha olido el tufo de Montaner y no le cabe

la menor duda acerca de la verdadera causa de su malestar.

—Está borracho, mi capitán—pronuncia con firmeza y en voz alta, para causar sensación.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué dice, sargento? ¿Borracho en las filas?—inquiere el capitán en el colmo de la excitación, con los ojos relampagueantes, mientras su puño izquierdo apreta nerviosamente el mango de la fusta.

—Sí, mi capitán. Está borracho.

—¡Y usted, sargento! ¿En dónde está que no vigila a la tropa? Dígame con absoluta franqueza. ¿En dónde está? ¿Es usted ciego, vamos a ver?

—El conscripto Montaner ha bebido a escondidas, mi capitán—se disculpa el sargento.

—Bueno. A ese conscripto me lo pone de guardia nocturna durante el resto de la campaña, ¿entendido?

—Sí, mi capitán.

—Y si esto se repite en mi compañía, to-

maré medidas disciplinarias en contra suya. ¿Entendido?

—Sí, mi capitán.

—Usted me responde de la disciplina de la tropa. No necesito instructores que viajan por la luna en plena campaña.

—A su orden, mi capitán.

—Borracho en las filas. Parece mentira— refunfuña el capitán, rojo por la cólera y excitado por el calor.

Termina el chubasco. Por suerte para Montaner, el capitán las emprendió contra el sargento y fué benévolo en la aplicación del castigo, pero todos sabemos que está condenado a ser el blanco del malhumor y de la saña del sargento Neira durante el resto de la campaña.

* * *

Al anochecer acampamos en un potrero perfumado a menta. Después del toque de silencio cesa todo rumor y estiro mis miembros adoloridos y agotados por el largo esfuerzo, con un placer que nunca había expe-

rimentado. Tendido sobre la tierra dura, envuelto en mi manta, contemplo el firmamento salpicado de infinitas estrellas. A mi lado duerme Román. No lo veo, pero siento su presencia por el olor acre de su cuerpo embadurnado de transpiración seca. Respira acompasadamente. Cerca de nosotros, atados a sus respectivas estacas, están las mulas de la compañía. Oigo el rumor de las mandíbulas mordiendo el trébol fresco que arrancan sin descanso. Aprovecha, "Canelo", este inesperado banquete de pasto tierno y oloroso. Llena la barriga, que mañana tendrás que ayunar.

Con el alba reanudamos la marcha. Ahora el camino se nos hace más penoso. Algunos tienen grandes ampollas de sangre en los pies o se quejan de peladuras o heridas causadas por el constante roce de las botas. Tudela y Marín cojean todo el tiempo. Están de un humor temible. Montaner se queja de sed. Ha vaciado su cantimplora y pide de beber a los compañeros que tiene a su al-

cance. El aguardiente le ha quemado las entrañas y necesita refrescarse por dentro.

El cansancio ha vuelto a extender sus alas negras sobre la tropa en marcha. "Canelo" se queja en silencio, resignado. Ah, "Canelo", ¡qué desgraciados somos!

* * *

Por fin hemos levantado nuestro campamento. Las carpas simétricas están diseminadas bajo los árboles o en amplios espacios libres. Las de los oficiales, cónicas, altas, con una banderola en el tope de una pequeña asta, a discreta distancia de las nuestras. A nosotros nos ha tocado un sector cubierto de alta hierba que debemos cortar previamente antes de levantar nuestro campamento. Pero tenemos una ventaja sobre las demás compañías: hemos quedado más próximos al río y esto nos facilita las tareas del riego y de abrevar el ganado.

Con Román aprovechamos los ratos libres para corretear por el campo, siguiendo la ca-

rretera que conduce a la ciudad. A hurtadillas penetramos a los viñedos y nos hartamos de uva dulce y jugosa, escogiendo los racimos más hermosos, blancos, rosados, bermejos. También hemos encontrado huevos de perdiz y de gallina. En cada excursión volvemos con el estómago satisfecho y los bolsillos repletos de provisiones. Román, con su ejemplo, ha desvanecido mis escrúpulos primitivos.

—No seas idiota—me dijo un día—. Si tú no lo tomas, lo toma otro. Y esto no le hace falta a nadie. ¿Qué significan diez racimos de uva en una viña como ésta? ¿Y quién puede ser dueño de una perdiz silvestre?

Claro que Román, en su razonamiento, olvidó mencionar los huevos de gallinas que no eran silvestres. Pero los campesinos, a su vez, hacen buen negocio con nosotros.

Avanzamos por la carretera con precauciones. Se nos ha prohibido traspasar los límites del campamento y para conseguir un trozo de pan fresco y oloroso, debemos ir a comprarlo a un pequeño almacén situado a

la orilla del camino, a cinco o seis cuadras del campamento. Mientras caminamos, Román hace proyectos, apoyado en la esperanza.

—Estoy ahorrando plata para comprarme un sombrero, un pantalón, un par de zapatos usados y un cinturón. Con eso me basta. Y si me sobra plata, nos damos una "farra" en el "Naval". ¿Qué te parece?

—Macanudo. Hablas como un millonario.

De improviso Román corre encorvado a esconderse en los arbustos que bordean el camino, al mismo tiempo que me advierte a media voz:

—¡Cuidado!

Lo imito sin averiguar la causa de su huída. Ya ocultos, Román me explica con tono tranquilo, velando las palabras con sordina de prudencia:

—Es el sargento Neira con el cabo Jara. Vienen del almacén.

Luego escuchamos las voces de los que se acercan. Conversan animadamente y ríen con

fuerza. Para ocultarnos mejor nos aplastamos contra la tierra. No queremos ser sorprendidos y pasar arrestados el resto de la campaña. El sargento y el cabo pasan a nuestro lado haciéndose bromas y celebrando chistes. Me causa sorpresa descubrir este nuevo aspecto del sargento Neira. Este hombre amable, jovial, con la cara iluminada por una risa franca y espontánea, que se tutea con su camarada de graduación inferior, ¿es el mismo sargento de aspecto duro, autoritario, grosero y gruñón que se complace con nuestro agotamiento? Quedo desconcertado. Siento unos irresistibles deseos de salir de mi escondrijo y llamarlo:

—¡Eh, sargento, aquí estoy yo, el conscripto Mario Medina, de la tercera escuadra!—con el solo fin de admirar la cara que pondría. Pero todo, naturalmente, no pasa de ser más que un fugaz deseo que se ve aplastado por una montaña de razonamientos en contra.

Cuando las dos siluetas grises desaparecen de nuestra vista en un recodo del camino, sa-

limos de nuestro escondite a paso de lobo y seguimos caminando, volviendo la cabeza, para asegurarnos de no ser descubiertos, como si fuéramos asesinos o ladrones huyendo de la justicia.

* * *

—Mira "Canelo". Cuando me licencien, me gustaría llevarte conmigo. ¡Qué buenos amigos continuaríamos siendo! Aunque no me lo creas, yo tengo alma de campesino. En lugar de una ametralladora, te pondría sobre los lomos una olorosa carga de peumos o pellines, de boldos o canelos, de maquis o eucaliptos, y te conduciría del ronzal por los polvorosos caminos de mi tierra colchagüina. En los veranos, te largaría en un verde potrero de tréboles y alfalfas, y en los inviernos estarías cobijado en una cuadra tibia, masticando la avena dorada o las rubias mazorcas de maíz. ¿Te agrada, "Canelo", lo que te digo?

* * *

Las dianas de los tres regimientos acampados en la vecindad del nuestro, mezclan sus notas alegres y agudas en la leve claridad del amanecer. Gritos, órdenes y carreras apresuradas se escuchan y se ven por todos lados.

—¡Apurarse! ¡Apurarse!

Las carpas vomitan soldados encorvados, soñolientos, con la mochila a rastras, que se dirigen a la margen del río para lavarse y equiparse, fustigados por los gritos de los instructores. Nos faltan sólo escasos días para empezar las maniobras que pondrán fin al año militar, y se nos exige el máximum de sacrificio, como si estuviéramos esperando una ofensiva verdadera. Al otro lado de los altos cerros que cierran el horizonte, a varias leguas de distancia, hay otra división de ejército esperando también la fecha en que nosotros iniciemos el avance a una hipotética capital, para cerrarnos el paso.

Con ese encuentro, que servirá a los generales para ejercitarse en el manejo y distribución de grandes masas de hombres y poner en práctica sus conocimientos de táctica guerrera, nosotros terminaremos nuestro año militar. Todos deseamos que esto termine pronto. Estamos hartos. Estoy aburrido de todo esto. ¿Y bien, qué? ¿Debo estar obligatoriamente conforme con esta clase de vida que no me agrada? ¿Debo mentir sin motivo? El soldado debe decir siempre la verdad, según el sargento Neira. Y yo digo la mía.

Para darnos una idea más exacta de los riesgos de una guerra moderna, durante los ejercicios y las marchas nos vemos asediados por aviones de exploración que espían nuestros movimientos y no nos dejan tranquilos. Apenas se escucha en la altura el rezongo de un motor, el capitán ordena imperativo:

—¡Ocultarse!

Y debemos arrojarnos a tierra, mimetizarnos en los arbustos y ocultar las cabalgaduras. "Canelo" parece no darse cuenta de la causa de nuestra prisa y se obstina en seguir

paso a paso, aunque yo tire de las bridas con todas mis fuerzas. Esto me irrita, porque su parsimonia desata el furor del capitán y soy yo el que sufre las consecuencias. Pero no puedo usar la fusta. No dejaremos nunca de ser bisoños, "Canelo". Para nosotros, tendrá siempre más importancia la hora del rancho o del descanso, que el momento de correr a ocultarnos de esos pajarracos de acero, inofensivos y ruidosos, que evolucionan en la altura.

Todo esto nos dicen que es para darnos una vaguísima idea de los peligros de una tropa en marcha, en caso de un conflicto armado. No quiero imaginarme lo que sería de nosotros si tuviéramos que avanzar entre bombas que explotaran a nuestro lado, abriendo vientres y reventando cráneos. No quiero pensar en eso. Prefiero jugar a las guerras con balas a fogueo hasta el fin de mis días antes de verme envuelto en una vorágine de horror y de metralla verdadera.

Avanzamos ciegos, sin saber a dónde vamos. El capitán les ha indicado el rumbo a

los jefes de secciones y éstos nos guían como lazarillos entre cerros, arbustos y senderos estrechos bajo un sol de horno incandescente que nos quema sin piedad. Entre algunos boldos pequeños distingo la cabeza oscilante de "Pampanito", sobresaliendo del resto de la tropa. Es un campanario. Si toda esta farsa fuera realidad, el enemigo lo descubriría de lejos y le mandaría un cariñoso recado de plomo para agujerearle el pellejo. El cabo Cohan, pequeño y nervioso, corre como una rata y se arroja de cabeza en cualquier arbusto para ocultarse en cumplimiento de las órdenes, o bien se arrastra sobre el vientre, como un gusano, con la vaga esperanza de que le agreguen una nueva jineta roja en la bocamanga de su uniforme.

Román protesta a mis espaldas, mascullando blasfemias. Se ha pinchado un brazo al chocar contra la salvaje actitud de un cacto, y no encuentra otro medio para desahogar su ira que vomitar injurias, maldiciendo su suerte. Después de largo rato, aun sigo es-

cuchando su voz agria y dura, de varón sin domar.

La ascensión de un cerro cubierto de espinos se nos hace penosa. La fatiga nos desalienta y el calor nos sofoca. Pero ahora siquiera tenemos una diversión: el capitán debe acompañarnos, y en la imposibilidad de trepar el cerro en los lomos de su caballo, como habrían sido sus deseos, debido a la peligrosa pendiente y el enjambre de arbustos que nos rodea, debe hacerlo a pie. Jadea rojo de calor y se detiene a cada instante. La grasa, acumulada durante largo tiempo frente a una mesa bien servida, se le derrite y le embadurna el rostro que brilla como un trozo de tocino caliente.

Para aliviar las molestias de la excesiva transpiración, se ha desabrochado el cuello del uniforme y ha pasado un pañuelo de fina batista entre la piel y el género. ¡Caramba, mi capitán, que va cambiando de aspecto! Ya se le ha olvidado su máscara de carcelero y se va humanizando poco a poco, a medida que ascendemos. A la mitad de la pen-

diente ya no es más que un hombre preocupado de su propio cansancio. Tiene el mismo gesto de desaliento que el resto de la tropa, y la ascensión se le hace más penosa por la falta de entrenamiento. Avanza doblado, con el trasero en alto, tocando el suelo con las manos, aferrándose desesperadamente a los arbustos y arañándose la cara en las ramas erizadas de los espinos. Igual que nosotros. Al verlo así, sudoroso y agotado, lo ascendemos de capitán a compañero.

El cabo Cohan se arrastra penosamente. Ya no le quedan energías. La fatiga le brota por los poros y se escurre a lo largo de sus mejillas descarnadas. La compañía entera es una masa de carne humana, sudorosa y jadeante. Con los dientes apretados, seguimos ascendiendo en silencio, hasta alcanzar la cumbre. Ya hemos conseguido el objetivo. Bueno. ¿Y ahora, qué? Aquí estamos, cara al cielo maravillosamente azul, respirando a pleno pulmón. Pero esto, claro, no puede durar. Es el umbral de un paraíso que no nos pertenece. Se recibe un mensaje por semá-

foras, en el que se ordena a nuestra compañía que cambie de posición sin tardanza y que ocupe la falda del cerro que queda a nuestra izquierda. Esto es demasiado. Las bestias están mejor que nosotros: han quedado en la base del cerro, en un refugio. Las ametralladoras las hemos subido desarmadas y tenemos que caminar con ellas a cuestas hasta alcanzar la nueva posición. Y hacia allá vamos, en silencio.

* * *

Terminado el tedioso aseo del armamento, que es una magnífica trampa para recibir un insulto a quemarropa, nos han traído a bañarnos bajo la vigilancia del teniente Candia. Alegres, arrojamos las ropas sobre la hierba seca y nos metemos al agua turbia y violenta, saltando y haciendo cabriolas. Los cuerpos pigmentados y enjutos de la tropa, liberados del uniforme y de la odiosa mochila, se deslizan ágiles nadando contra la corriente o sumergiéndose a la orilla. Los que no sabemos nadar avanzamos lentamente,

con prudencia, rompiendo el agua opaca. Nos amedrenta el aspecto amenazador del río que choca contra las piedras extendiendo abanicos de espuma, y pronto nos detenemos vacilantes por el violento azote del agua en nuestras piernas. El sargento Neira nos estimula con su característica grosería, atiplando la voz para irritarnos:

—¡Eh, no se vayan a resfriar las señoritas a la orilla de la playa! ¡Al agua, maricones, aprendan a ser hombres!

"Pampanito" está sumergido hasta el cuello en un remanso y sólo veo su cabeza pequeña y su rostro alegre sobre la bandeja líquida del río. Se me imagina que lo han guillotinado. No se mueve de aquel sitio y parece sentirse satisfecho, lo que me hace envidiarlo. Intento algunos pasos en la dirección en que se encuentra, pero me detiene el temor de ser arrastrado por la corriente.

—¡Mariooo! aquí está buenooo! ¡Ven, idiotaa!

Pero es inútil. El misterio del agua turbia me causa pavor y permanezco inmóvil, con

los pies firmemente asentados sobre el lecho pedregoso del Aconcagua. De pronto, escucho la recia voz del teniente a mis espaldas:

—¡Eh, conscripto Román, eh! ¿Sabe nadar?

Giro la cabeza y veo a Román que se debate cerca de la orilla, próximo a un pequeño remolino. Se hunde y vuelve a aparecer con los ojos desorbitados por el terror, tratando de asirse desesperadamente de un sostén imaginario. No me muevo de mi sitio, petrificado, mirando a mi compañero, incapaz de ir en su ayuda. El teniente, nervioso, se desabrocha la guerrera y la arroja lejos, mientras repite la pregunta:

—¡Eh, Román! ¿No sabe nadar?

Pero Román no oye. Se hunde, asoma a la superficie por última vez y desaparece definitivamente. Lo último que veo es su mano crispada en un mudo gesto de desesperación. Después, nada. La superficie del río se cierra como una losa líquida y todo queda igual. Yo permanezco inmóvil, mirando el sitio donde ha desaparecido mi compañero. Es-

toy aturdido. Me parece esto tan extraño que llego a dudar de lo que he visto. No. No puede ser. Román no puede haber desaparecido. Debe estar en alguna parte y todo no debe ser más que una broma para alarmarnos. Ya aparecerá gritando con la misma alegría de hace un momento cuando se metió al agua haciendo cabriolas como un colegial en día de asueto.

—¡Acá la compañía!—grita el teniente, corriendo por la orilla del río con las manos en alto. Su actitud desolada me hace comprender lo irreparable.

—Esto es absurdo—pienso—. No puede ser—me repito a mí mismo, aferrado a una última esperanza.

La mayoría de nuestros compañeros se encuentran en la ribera opuesta del río y al escuchar la orden se arrojan al agua sin saber de lo que se trata, nadando vigorosamente hasta llegar donde nosotros.

—Formar cadena con las manos a lo ancho del río—ordena el teniente.

—El conscripto Román se ha ahogado—

explica en estilo telegráfico, violento, nervioso.

Obedecemos mudos, rápidos, alarmados. Un trágico soplo de muerte ha caído sobre nosotros y en todos los rostros hay una angustia reprimida. Todo es en vano. Media hora de inútil búsqueda, de escudriñar el río en todas direcciones y de palpar el fondo con los pies en las partes bajas, nos convencen de que nada podemos esperar. Nos ordenan salir y vestirnos. El capitán vocifera por la poca vigilancia y la imprudencia de la tropa:

—¿Es posible que suceda esto? ¿Y usted, teniente, no vigila a la tropa durante el baño?

—Sí, mi capitán.

—Necesito franqueza, teniente. Me repugna la mentira. Dígame, ¿vigila a su tropa o la deja abandonada?

—Sí, mi capitán. La vigilo.

—¡No es cierto!

—Sí, mi capitán. La vigilo.

—Y si la vigila, ¿por qué hay un hombre muerto? ¿Por qué?

—Un accidente imposible de evitar, mi capitán.

—Esa es una evasiva que no lo libera de responsabilidad. Vamos a ver qué dice el comando sobre eso. Apenas salimos a campaña perdemos uno, dos, tres hombres. Esto ocurre todos los años. ¡Todos los años, carajo!

A mi lado está el montón de ropas de Román, inmovilizada en una inútil actitud de espera. Los calcetines zurcidos burdamente por su dueño, permanecen donde los dejó, como un mudo grito de miseria. Estoy aturdido. Siento un nudo en la garganta. Me visto maquinalmente, sin apartar los ojos del uniforme de mi compañero, y sigo viendo su mano crispada agitándose por última vez. Ahora, camarada Román, ya no tendrás que comprarte un terno y un sombrero. Todo te es igual. Ahora marchas, sin mochila y sin fusil, por los luminosos caminos del cielo, bañados de infinito.

El sargento Neira, conmovido, se quita la gorra y permanece unos instantes frente al equipo de Román. En seguida, se encorva y

recoge todas las prendas, con los ojos húmedos de emoción, para conducirlas a la carpa. Al alejarse, sus trancos tienen una extraña laxitud, como si llevara entre los brazos a un niño dormido.

* * *

En el silencio de la noche evoco a mi camarada muerto. A mi lado está su lecho vacío, amontonado su equipo y dobladas las frazadas que le pertenecían. Aun siento el olor acre de su cuerpo embadurnado de sudor después de las caminatas. No puedo conciliar el sueño. Debe ser medianoche y sólo escucho la respiración de mis compañeros y la eterna canción del Aconcagua.

Avanzo por las subterráneas galerías de mis recuerdos, deteniéndome en los escenarios conocidos y en los caminos que recorrí junto con Román. Recuerdo su ingreso a nuestra compañía, la escena de la incineración de su ropa, nuestro banquete el primer día de salida y la borrachera en el "Bar Na-

val". Percibo nítidamente el rostro y los gestos de mi compañero y me duele su angustioso destino. Como no declaró parientes ni domicilio al ingresar, no se le podrá avisar a nadie de su muerte.

Duermo, tengo pesadillas atroces y despierto. El alba me sorprende así, soñando y recorriendo los caminos del recuerdo. Antes de la diana, ya está el caramillo de las diucas anunciando el nuevo día, volando sobre las carpas o trepadas en los árboles que nos rodean. Desde el río llega una brisa fresca que hace temblar el techo de las carpas.

Cuando la diana toca una marcha alegre para hacernos saltar de nuestros lechos, obedezco como un autómata. Siento la cabeza hueca por la falta de sueño y abandono la carpa ebrio de angustia. Se renueva la agitación, se repiten las órdenes y se mascullan blasfemias, igual que todas las mañanas. Este es un nuevo día, semejante a los demás, que lo empiezo con un cansancio intenso, como si ya lo hubiera terminado. Algunas estrellas aun titilan en la altura, indecisas, pa-

lideciendo ante la claridad rubia que se insinúa más allá de la cordillera. Amanece.

* * *

Hemos recogido el campamento y avanzamos entre cerros, por senderos intransitables, bajo un sol de mediodía que nos calcina. Este es el esfuerzo máximo que se nos exige. Vamos en busca de la división roja. Con esa "batalla" debemos poner término al año militar. Jadeantes, malhumorados, marchamos en medio de una naturaleza hosca y bravía, erizada de espinos y de cactos desafiantes. La hierba seca nos hace resbalar, dificultándonos la marcha, y la ausencia de agua aumenta nuestro desaliento. Del resto de las unidades no sabemos nada. Nosotros sólo sabemos de nosotros, de nuestro propio cansancio.

Negri y Gana avanzan a la zaga, penosamente, arrastrando los pies y encorvados como viejos. Es increíble que Gana pueda mantenerse en pie con su mochila a la espalda

después de haber andado treinta kilómetros por caminos ásperos y escalando cerros. Pero ahí está, pequeño, pálido y canijo, marchando a nuestro lado con su eterna cara de estupor. Hasta el sargento Neira da visibles muestras de agotamiento que manifiesta con sordos juramentos.

Con la muerte de Román falta un hombre en nuestra escuadra, lo que nos hace más duras las tareas. Keller, el más robusto, es el que se encarga de portar el fusil de la ametralladora, y yo, además de cuidar de "Canelo", que cada día se pone más remolón a causa del excesivo trabajo, debo arreglármelas con el trípode, el que debo llevar a cuestas por cerros y quebradas o arrastrarlo en los senderos peligrosos. Nadie sabe a dónde nos conducen. Avanzamos en silencio, con precauciones inútiles, trepamos cerros para descenderlos por el lado opuesto y seguimos avanzando como autómatas. ¿Para qué todo esto? ¿A qué conduce todo esto? Somos una raza pacífica. Habitamos con holgura dentro de nuestra hermosa tierra. No tenemos

pretensiones de conquistas territoriales. América es grande y rica. Todos somos hermanos. ¿Para qué todo esto, entonces, para qué, Dios mío?

Al atardecer, ya agotados, hacemos alto en la cumbre de un cerro. Se nos ordena descanso inmediato. Nos arrojamos a tierra sin haber bebido una gota de agua durante el día. En la boca siento sabor a barro. A medianoche nos despiertan. El sargento Neira y los cabos Jara y Cohan van de hombre en hombre remeciéndolos y repitiendo la orden en voz baja:

—¡Levantarse! Arriba todo el mundo. ¡Levantarse!

Algunos protestan, pero sabemos que todo es inútil. Hay que obedecer. Nos levantamos y nos ordenan colocarnos el equipo y atalajar las mulas para disponernos a la marcha. Pronto estamos listos y avanzamos entre las sombras, por caminos desconocidos, tropezando con las piedras y arañándonos en los arbustos. Sólo distinguimos las siluetas de los

que nos preceden y nos reconocemos por el metal de voz.

—No nos dejan ni dormir—protesta Tudela, bostezando.

Gana enciende un cigarrillo, pero la voz agria y ronca del capitán lo hace desistir.

—¡Eh, ese recluta que va fumando! Bota el cigarrillo, estúpido, y aplástalo con el pie que puedes provocar un incendio. ¿No sabes que es prohibido fumar en campaña? Con gente así el enemigo nos aniquilaría. ¿Quién es, vamos a ver, quién es el del cigarrillo?

Pero nadie le responde. No somos tan estúpidos para no sacar provecho de la obscuridad. Gana se escurre a mi lado, favorecido por las sombras y el capitán comprende que nada averiguará y desiste de su malhumorado empeño en descubrir al autor de la violación de los reglamentos. Por nuestra parte, no le damos ninguna importancia al "enemigo" que buscamos y sólo nos preocupa nuestro cansancio.

Después de media hora de marcha a través de la noche, llegamos a un desfiladero

por cuyo cauce húmedo avanzamos con dificultad, ascendiendo siempre lentamente, deteniéndonos a ratos sin causa justificada para nosotros, pero que nos sirven de fugaz descanso. En algunas partes el desfiladero es tan estrecho que las mulas quedan aprisionadas entre las paredes de piedras y tenemos que quitarles una parte de la carga para poder continuar la marcha. Las órdenes se transmiten de boca en boca a lo largo del regimiento que avanza de a uno en fondo, lo que no deja de ser una diversión.

—Ya nos falta poco—escucho que comenta el teniente Candia, en voz baja, como si temiera ser oído por algún enemigo oculto.

Ellos toman la cosa en serio y lo hacen todo como si en realidad estuviéramos a punto de librar una batalla. Nosotros, en cambio, sólo pensamos en que nos den pronto un merecido descanso y acariciamos en silencio la idea de que dentro de una semana todo esto habrá terminado y transcurrido un mes, estará archivado en los anaqueles vivos de nuestros recuerdos.

A pesar de la hora, por el desfiladero corre un aire tibio, enrarecido, que nos causa ahogos y malestar. El esfuerzo es superior a nuestras fuerzas y al pasar casi diluídos en las sombras, hemos visto a algunos compañeros, retrepados en el talud del desfiladero en aquellas partes que su anchura lo permite, esperando reponer sus fuerzas para continuar la marcha. Son soldados de las compañías de fusileros que nos preceden. Uno de ellos resopla como un fuelle, con la blusa abierta y la cabeza echada atrás con gesto desesperado. Al pasar junto a él, siento su mano crispada sobre mi brazo y escucho su voz implorante:

—¡Agua!

Pero no puedo detenerme. Es imposible detenerse en este instante en que todo el regimiento está en marcha.

Ya nadie habla ni para protestar. Sólo se escuchan los ruidos de la noche, el rumor de algún hilillo de agua que se escurre de la altura o el lejano y medroso ¡huac! ¡huac! de un zorro que merodea entre los cerros.

Amanece cuando recibimos la voz de alto. Hemos salido del desfiladero y cada compañía se reune para tomar posiciones o avanzar cautelosamente. Así caminamos media hora. De pronto nos sorprende un violento tiroteo en la vanguardia. El capitán salta como si lo hubiera picado un bicho venenoso y reparte las secciones de su compañía.

—Ya tomamos contacto—nos dice el sargento con alegría, y nos ordena avanzar por entre los matorrales a todo escape, para tomar posiciones en un prominencia del terreno. Desde allí hacemos fuego con la ametralladora, sin ver a nadie, a pesar de esforzarnos por descubrir una figura humana en el amplio panorama de arbustos que tenemos delante.

El sueño me pesa en los párpados. Cierro los ojos y poco a poco me voy sumergiendo en un brumoso letargo. Me parece que los disparos llegan desde lejos y que se distancian más a cada momento, hasta que termino por no oírlos, defendido por las más ín-

timas fibras de mi cuerpo cansado y anhelante de reposo.

* * *

En sueños veo que de todos los caminos de la tierra salen muchachos y hombres maduros, agobiados bajo el peso de su equipo, al hombro los fusiles opacos cuyas bocas apuntan hacia el cielo azul, como un anuncio de muerte. Inundan las carreteras, cubren los cerros, atraviesan aldeas y ciudades en medio de un silencio absoluto, siguiendo la ruta que les indica un enorme pájaro negro que bate lentamente las alas, a la cabeza de la columna.

Todo lo que abarca la vista está cubierto de hombres y fusiles que oscilan al compás de la marcha. Ni un toque de tambor acompaña a esos hombres a su destino. Avanzan mudos, resignados, temerosos, empujados por un trágico soplo de destrucción. Son de todas las razas y todas las latitudes. Hay negros, amarillos, rubios, aceitunados y pálidos, revueltos, confusos y amalgamados. Es la hu-

manidad entera que avanza a su destrucción. Nosotros también vamos entre ellos. Román camina a mi lado. Me mira y sonríe dulcemente, igual que cuando marchábamos a la orilla del mar. "Pampanito", Keller, Negri, Tudela, Gana, Montaner y Marcoleta me rodean. Vamos todos aquí, aunque a los demás no los vea, siguiendo al guía negro y fatídico que aletea en la altura.

El cielo tiene un color ambiguo que desconcierta y el sol alumbra escasamente, como si el espacio se hubiera vuelto opaco. El tiempo y la época son imprecisos. Puede ser el alba o el atardecer de ahora o de un siglo más, pero la humanidad es la misma, son los mismos rostros de ahora y de siempre, los mismos cuerpos simples que esconden almas complejas, los que avanzan en torno a nosotros.

Luego, el panorama cambia. Los árboles se marchitan y sus hojas caen en espirales o son arrebatadas por el viento hasta quedar desnudos, heridos por un invierno repentino en mitad del estío. El paisaje se torna deso-

lado. El campo es un erial y de la tierra entera parece evadirse un agrio grito de desolación. El silencio es absoluto. Nuestras pisadas ya no se escuchan, como si marcháramos sobre caminos de algodón. Miro a mis compañeros. También nosotros hemos cambiado. Me veo rodeado de esqueletos uniformados que caminan en silencio, en pos del ave negra que aletea sobre un cielo turbio, salpicado de sangre.

Nada me causa asombro y sigo marchando sin sentir el peso de la mochila. Miro hacia adelante y veo oscilar millones de cruces blancas al compás de la marcha. Somos la humanidad entera, deshecha y crucificada.

Ya no distingo a mis compañeros. Somos todos iguales. Los negros de las colonias, los amarillos del Asia y los complejos americanos, al ser despojados de sus carnes, han quedado codo a codo con los arios europeos. En las cuencas vacías que miran el misterio, no hay estupor ni alegría. Sólo en las mandíbulas desnudas y en los dientes descarnados de

las calaveras baila una mueca horrible y una muda y perpetua carcajada.

El pájaro negro y fatídico ha desaparecido. Pero no ha muerto con nosotros. Se ha ocultado sigilosamente en el fondo del alma de los niños y en el óvulo de las hembras que aun no han sido fecundadas. Ahí está, agazapado, disuelto, confundido con otros sentimientos, circulando por la sangre, presto a escuchar las voces de la muerte para echarse a volar.

* * *

Por un largo camino polvoroso volvemos al cuartel. Ya todo ha terminado. Ahora, cada cual volverá a su casa—el que la tiene—y los demás ya encontrarán donde albergarse. Hay portales, atrios y kioskos que esperan a los desamparados. Afuera la vida también es dura. Ya hemos purgado nuestra condición de hombres.

Marchamos alegres, puros, sin rencores. A ratos entonamos canciones militares y a todos los rostros se asoma la esperanza. Va-

mos hacia la liberación. Sin embargo, nos duele separarnos. Presentimos que nos sentiremos solos y desorientados sin la brújula de nuestra amistad. Pero antes vivíamos sin conocernos. Ahora también vivimos. Y tendremos que continuar viviendo y luchando. Pienso en Román y me duele que no nos acompañe en esta hora de liberación jubilosa. La luz vivísima del sol me hiere las pupilas. Cierro los ojos por un instante, mientras marcho sobre la tierra blanda del camino, pero los abro sobresaltado. Sí. Lo he visto nítidamente a la cabeza de la columna, con sus alas negras y extendidas, volando lentamente. Era el mismo pájaro del sueño.

BLIOTECA NACIONAL
SELECCION ADQUISICION Y CONTROL
14 OCT 1997
SECC. CHILENA